

DESPLGADO

ABRIL
1932

CURSOS y CONFERENCIAS



SUMARIO: José GONZALEZ GALE — EL PROBLEMA DE LA POBLACIÓN: VI. *Malthus y sus contemporáneos.*

Luis REISSIG — ANATOLE FRANCE: V. *Mme. Arman de Caillavet* — *Influencias reales e imaginarias en la obra y en la vida de France.* VI. *"Le Lys Rouge"*. *El poder de la voluptuosidad.*

Francisco ROMERO — INDICACIONES AL MARGEN DE UN CURSO SOBRE EL PROBLEMA DE LOS VALORES EN LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA.

Juan MANTOVANI — INTRODUCCIÓN FILOSÓFICA A LOS ESTUDIOS PEDAGÓGICOS: VI. *Concepción mecanicista del hombre y la pedagogía empírico-naturalista-experimental.*

Aníbal PONCE — PSICOLOGÍA DE LA ADOLESCENCIA: IX. *La gracia.* X. *El idealismo social.*

AÑO. I
NUM. 10

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.abira.com.ar
Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

SECRETARIA: BELGRANO 1732

BUENOS AIRES

DESPLGADO

CURSOS y CONFERENCIAS

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores
Aparece el 30 de cada mes

La revista publicará las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dicten en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los profesores mismos.

En su sección de comentario a libros y revistas procurará reflejar, además, cuanto aparezca de significativo en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

Suscripción anual, 12 \$ — Número suelto, 1\$50
Exterior, anual, 1 libra esterlina o 5 dólares

Dirección y Administración: Belgrano 1732.
Buenos Aires - Argentina

COLÉGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

La formación del COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Contará con un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudios universitarios, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad, y a las personas que, fuera de la Universidad, se han destacado por su labor personal. También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquella sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

El problema de la población

Por JOSE GONZALEZ GALE

VI

MALTHUS Y SUS CONTEMPORANEOS

I

Un economista inglés — James Bonar — autor de uno de los libros más agudos que se han escrito sobre Malthus, explica la extraordinaria resonancia alcanzada por el “Ensayo” diciendo que daba la sensación de *poner orden en el caos*.

Otros — al decir de Bonar — habían dado respuestas más o menos satisfactorias acerca del problema de la población de los pueblos antiguos o de las Poor-Laws (leyes de pobres). Sólo Malthus supo vincular ambas cuestiones y ver su interdependencia. Apuntaba a Godwin y a Condorcet, pero hacía blanco en el ministro Pitt que, para remediar la miseria, proponía la reforma de las leyes de pobres en el sentido de dar mayores socorros a los que tuviesen más hijos. Es decir, que la parte *política* del ensayo primó sobre la meramente *económica*.

Por lo demás, Malthus lo dice claramente: “El objeto de este libro no es tanto proponer nuevos planes para mejorar de la sociedad, como inculcar la necesidad de contentarse

“ con aquellas mejoras que ya vienen actuando, en parte, como dictadas por la misma naturaleza, sin obstruir los progresos que, en tal camino y por otros medios, lleguen a hacerse”.

“Sería, indudablemente, muy ventajoso que todas nuestras instituciones positivas y el tono mismo de nuestra conducta hacia los pobres cooperasen activamente en esta lección de prudencia, impartida por el curso normal de los acontecimientos humanos, y que, si nos encargamos de mitigar los castigos naturales de la imprudencia, podamos compensarlo aumentando las recompensas de la conducta opuesta. Mucho se conseguiría si las instituciones que tienden directamente a alentar el matrimonio fueran modificadas gradualmente y cesáramos de circular opiniones y de inculcar doctrinas que quebrantan, positivamente, las lecciones de la naturaleza”.

“El bien limitado que, a veces, estamos en condiciones de hacer se pierde, a menudo, por querer hacer demasiado . . .” “Yo espero haber evitado ese error en la aplicación práctica de los razonamientos de este libro . . .” “Que la principal y más permanente causa de pobreza tiene escasa o ninguna relación directa con las formas de gobierno, o con la *desigual división de la propiedad*, y que, como los ricos no tienen, en realidad, *poder* para hallar empleo y *sustento* para los pobres, éstos no pueden, en la naturaleza de las cosas, *tener derecho* a reclamárselo, son verdades importantes que fluyen del principio de población el que, cuando se explica convenientemente, no resulta, en manera alguna, superior a la más vulgar capacidad”.

Se concibe sin esfuerzo la sensación que tales conceptos, tan crudamente expresados, habían de causar. Los que seguían enamorados de las ideas liberales, puestas en acción por los prohombres de las revoluciones americana y francesa, se sintieron heridos en sus más caros sentimientos. Los que no podían borrar de su retina las espantables escenas del terror; los que veían en Bonaparte — hechura de la revolución — una grave amenaza para la prosperidad — y hasta para la vida misma — de la Gran Bretaña; los hombres que, en todo tiempo y lugar, se declaran defensores del orden y de la tranquilidad, recibieron las doctrinas de Malthus como una bendición.

Y se empeñó la polémica.

En la semana santa del año 1800, un ministro protestante, el Dr. Samuel Parr, pronunció un sermón en el Hospital de Cristo de Londres, cuyo tema era un versículo de la Epístola de San Pablo a los Gálatas (Cap. VI, 10) que dice "Así que; entre tanto que tenemos tiempo, hagamos bien a todos y, mayormente, a los domésticos de la fé". Censuraba en él las exageraciones de los filántropos que, por querer llegar demasiado lejos, descuidaban la asistencia debida a sus amigos y vecinos, y, con ello, malograban todo esfuerzo.

Era un ataque directo a Godwin y a los que como él pensaban. Y la multitud de citas — sacadas del "Ensayo de Población" — que le agregó, en forma de notas, al publicarlo, pusieron más de manifiesto tal propósito.

Ya antes, en 1799, Sir James Mackintosh, un antiguo amigo y aliado de Godwin, se había pronunciado contra él en un "Discurso sobre la Ley de la Naturaleza y las Naciones".

Godwin no tardó en contestar, y en 1801 publicó, con el título de "Pensamientos sugeridos por la lectura del Sermón del Dr. Parr", un libro en el que hacía frente a sus tres antagonistas. Se declaraba sorprendido por el ultrajante desdén con que afectaba tratarle su ex-amigo Mackintosh y por el *veneno* que destilaba el Dr. Parr.

En cuanto a Malthus su actitud es otra. Es una ideología contraria a la suya la que se le opone, no una agresión personal. Acepta algunas de las ideas del Ensayo, pero le reprocha que tenga un concepto demasiado pobre de los recursos del intelecto humano. Y no dar suficiente peso al hecho de que en Inglaterra, por ejemplo, la prudencia y el orgullo impiden los matrimonios prematuros. Cuando el mundo progrese suficientemente ése será un sentimiento general.

Malthus tuvo conocimiento de estas observaciones, antes de su publicación en el volumen mencionado, por una carta del propio Godwin, fechada meses después de la aparición del ensayo, y a esas observaciones replicó extensamente haciendo notar que la *prudencia* induciría a cada cual a asegurarse *algo más* del mínimo indispensable, y presentaba a Godwin este dilema. "Si Vd. lo evita ¿dónde queda la libertad? Si lo consiente, ¿qué se ha hecho de la igualdad? La simple admisión de que se requiere prudencia para evitar la miseria que implica un exceso de población, *transfiere* a la conducta in-

“dividual, las censuras hechas a las instituciones públicas. Tan
 “cierto es ello que, casi bajo la peor forma de gobierno, don-
 “de haya apenas una tolerable libertad de concurrencia, basta
 “que los trabajadores no se casen, y dejen, por lo tanto, que
 “disminuya su número, para que mejore en el acto su situa-
 “ción. En cambio, si bajo el mejor de los gobiernos se casan
 “y su número aumenta con exceso, empeorará inmediatamen-
 “te su condición”.

Como hace notar Bonar, el argumento esgrimido contra Godwin se volvía contra Malthus, cuyo ensayo no tomaba en cuenta la *prudencia*. La *moral restraint*, introducida a raíz de la segunda edición, es, pues, en cierto modo, debida a Godwin.

Otros muchos filósofos y literatos combatieron a Malthus. El poeta Shelley — yerno de Godwin — escribió en el prólogo de su poema *La sublevación del Islam* “La metafísica
 “y las investigaciones llevadas a cabo en el campo de las cien-
 “cias políticas y morales han quedado reducidas, sencillamen-
 “te, a vanas tentativas para revivir inertes supersticiones, o
 “sofismas como los de Malthus, destinados a adormecer a los
 “opresores de la humanidad en la seguridad de un triunfo
 “perdurable”.

Un ejemplar de la segunda edición del Ensayo — que se conserva en el Museo Británico — perteneció al poeta Coleridge y está lleno de anotaciones marginales en tinta y en lápiz. Son observaciones ásperas: algunas hasta injuriosas. Una se reduce a un simple monosílabo: *ass* (asno).

La mayor parte de esas notas figuran transcriptas, palabra por palabra, en una crítica firmada por Southey y publicada en la Revista Anual de Aitken, tomo II, correspondiente al año 1803.

William Cobbet, escritor político y ensayista, es el autor del mote “*Parson*” (clérigo) que algunos aplicaron despectivamente a Malthus. El pasaje en que lo usó por primera vez se hizo popular; es el siguiente.

“—Cuántos hijos — dije — calcula Vd. tener, por lo menos?

“—No me cuido de calcularlos — contestó el hombre
 “— Dios nunca manda bocas sin mandar alimentos.

“—¿Oyó Vd. hablar, alguna vez — pregunté — del clérigo Malthus?

“—No señor.

“—Si hubiera oído él sus palabras se habría sentido agraviado; por que él pide una ley del Parlamento para impedir que los pobres se casen jóvenes y tengan tales lotes de hijos.

“—¡Qué salvaje! — exclamó la mujer, mientras el marido reía creyendo que yo bromeaba”.

De seguir citando habría que mencionar a todos los hombres de espíritu liberal. Veían en Malthus, no al creador de una teoría económica, más o menos bien fundada, sino al defensor de los viejos privilegios de casta; al apóstol de la injusticia social. Por eso lo atacaban tan rudamente.

II

En cambio, Malthus había conseguido la adhesión definitiva de las clases dirigentes.

Hombres como Pitt, Copleston y Whitbread, entre los políticos; Paley, James Mill, Hallan, Brougham y Mackintosh, entre los filósofos, ensayistas e historiadores; Ricardo y Senior, entre los economistas, estuvieron desde un principio con él, o se pasaron a su partido, después, con armas y bagajes.

De las dos grandes revistas de su tiempo: la *Edinburgh Review* y la *Quarterly*, la primera se puso desde el principio al lado suyo; la segunda empezó combatiéndolo con violencia (1812); amainó luego su oposición (1813 y 14); manifestó dudas más tarde (1816), y concluyó por entregársele por completo (1817).

Por eso, al publicar en ese último año, la quinta edición de su libro, pudo Malthus sentirse magnánimo y escribir: “Siempre estaré dispuesto a borrar de mi obra todo aquello que los jueces competentes crean capaz de producir un efecto contrario y de perjudicar a los progresos de la verdad. Por deferencia hacia tales jueces, he hecho desaparecer a todos los pasajes que más objeciones habían suscitado, y, sobre todo en esta edición, he introducido cambios de tal género que me lisonjeo de haber, con ellos, mejorado la obra sin alterar el principio. Pero, antes o después de tales cambios, todo lector ecuánime debe reconocer — así lo creo — que el objeto práctico ambicionado por el autor sobre toda otra cosa, y, sea cual sea el error de juicio en que haya po-

“dido caer, fué sólo el de mejorar la suerte y aumentar el bien-estar de las clases inferiores de la sociedad”.

No cabe mayor moderación.

¡Cuán lejos estamos de las páginas apasionadas del primer ensayo!

Bien es verdad que ni el autor ni la época eran los mismos.

El autor pasaba del medio siglo y era un personaje considerable. Los tiempos eran de calma y de reposo. Napoleón se consumía prisionero en Santa Elena; el Congreso de Viena había rehecho las fronteras de Europa; la Santa Alianza velaba, arma al brazo, para que los masones y los carbonarios no fueran una amenaza para la paz del mundo, y, de aquella hoguera voraz que empezó a arder en París en 1789 y amenazó en un momento dado consumir todo lo existente, no quedaban, al parecer, ni cenizas.

III

Se conoce con el nombre de *malthusianismo* — o, mejor aún, de *neomalthusianismo* — un sistema teórico que proclama la necesidad de *regular* el número de los nacimientos y da, a la vez, los *métodos prácticos* para conseguirlo.

En realidad — digámoslo cuanto antes — Malthus no tiene nada que ver con tales *doctrinas*.

Su autor es Francisco Place, un contemporáneo de Malthus que, nacido en las más inferiores capas sociales, logró alcanzar en su edad madura una posición económica desahogada y una cierta consideración intelectual. Había dedicado una buena parte de su vida a la realización de obras tendientes a elevar el nivel moral y material de los trabajadores y no se desinteresó jamás de tales problemas.

La lectura de los libros de Godwin y de Malthus le dejó insatisfecho. Las esperanzas del primero le parecieron utópicas; las conclusiones del segundo demasiado duras. Además, en su juventud había estado a punto de ver malograda su vida por culpa del triste ambiente que le rodeaba. Su casamiento en edad temprana, con una joven llena de altas cualidades morales, le salvó. Aceptaba, sin esfuerzo, lo fundamental de la doctrina de Malthus, pero no la conveniencia de *retardar* los casamientos. Esas reflexiones le llevaron a buscar para el pro-

blema otra solución. Y así nació el libro que, con el título de "Ilustraciones y pruebas del Principio de Población" publicó en 1822 y en el que se sugerían, por primera vez, las prácticas que constituyen lo que se conoce con el nombre de malthusianismo.

No es posible dudar de la buena fe de Place al escribir su libro. Hombre moral, sano de espíritu y lleno de simpatía hacia sus antiguos compañeros, los trabajadores, buscaba, sinceramente, la solución de un problema angustioso para la clase obrera. Por eso, después de analizar minuciosamente los argumentos de Godwin y de Malthus, expone su propia solución, en el Capítulo VI de su obra. Digamos, antes de continuar, que Godwin en su segunda respuesta a Malthus — respuesta desgraciada en todos sentidos — insinuaba, como posible remedio de la superpoblación el *infanticidio*, alegando, entre otras razones, que ya en tiempos pasados se había recurrido a él.

Place adopta otra posición. Reconoce que el mercado de trabajo se desvaloriza cuando hay una oferta excesiva de brazos y que ésta se producirá fatalmente si no se pone coto al crecimiento de la población. Pero él piensa que "si — sobre todo — "se entendiese claramente, una vez por todas, que no "es desdorado para los casados tomar aquellas medidas de "precaución que, sin ser dañosas para la salud ni atentatorias "contra la delicadeza femenina, evitan la concepción, se tendría, al fin, un obstáculo suficiente para evitar que la población creciese más allá de los medios de subsistencia". Recuerda, más adelante, que, según Malthus, no es posible esperar ninguna mejora permanente en las condiciones de los pobres, mientras no se refuercen los obstáculos *preventivos*, y agrega, por su parte, que nada es más cierto, pero que el método por él propuesto elimina toda discusión acerca de si son o no conducentes o crueles el infanticidio y la supresión de la ayuda parroquial para los niños.

Y añade poco después: "Es *infantil* abstenerse de proponer o desarrollar un medio cualquiera, por repugnante que nos parezca a primera vista; lo único que debe preocuparnos, al eliminar un peligro, es no suscitar otro mayor" . . . "El remedio más eficaz contra los amoríos ilegales es el matrimonio" . . . "Si se adoptasen los medios para evitar el na-

“cimiento de un número de hijos mayor que el que una pareja
 “desea tener, y, si la clase trabajadora pudiera mantenerse,
 “así, por debajo de la demanda, los salarios subirían lo bas-
 “tante para que todos tuviesen asegurada una vida conforta-
 “ble y todos se podrían casar”.

Tal es la génesis del *malthusianismo*.

Hay, sin embargo, quienes lo hacen derivar de James Mill, padre del famoso economista Juan Stuart Mill y economista él también, aunque de menor envergadura. En el artículo “Colonia”, publicado en el suplemento de la Enciclopedia Británica de 1818, expresa la opinión de que *si las supersticiones de la nursery no lo impidiesen* sería fácil hallar los medios de cegar una de las fuentes más abundantes de malestar. Y en los “Elementos de Economía Política” publicados tres años después — uno antes de la aparición del libro de Place — al hablar de la población, recomienda *prudencia* para que los matrimonios “No lleguen a tener hijos más allá de un cierto “número”: Y, más adelante, agrega: “El gran problema práctico estriba, por lo tanto, en hallar la manera de limitar el “número de los nacimientos”.

Se ve, por estas citas, que no tenía ideas precisas al respecto, o que, si las tenía, no se atrevía a exponerlas — como Place lo hizo más tarde — con toda claridad.

Un año después de publicado el libro de Place, a mediados de 1823, se inició una activa campaña en favor de las nuevas doctrinas.

A manos del Director del “Manchester Guardian” llegaron unas circulares para ser entregadas a cierta señora Fildes, que consagraba gran parte de su tiempo al ejercicio de la caridad. Eran unos consejos “a los casados de ambos sexos”. La señora Fildes, al principio, se sintió molesta y llegó a quejarse ante las autoridades judiciales. Más tarde se convirtió en una entusiasta propagandista de las nuevas prácticas.

Las “*circulares diabólicas*” — así se las llamó — eran anónimas y estaban redactadas en tres formas distintas destinadas, dos de ellas, a los casados de ambos sexos pertenecientes, respectivamente, a las clases obreras y a las clases acomodadas. Los destinatarios de la tercera eran “los lectores maduros de ambos sexos”. Nunca pudo saberse a ciencia cierta quien

era su autor, aunque hoy parece lo más probable que fuera el propio Francisco Place.

Iniciada, así, la campaña no faltó quien la prosiguiera con entusiasmo. Richard Carlile, conocido por sus ideas avanzadas, publicó en París, en 1825, "El Libro de toda Mujer" cuyo título es de por sí bastante expresivo, que constituye el primer tratado de *ciencia* (?) anticoncepcionista, y del que, en ocho meses, se vendieron más de cinco mil ejemplares.

Roberto Dale Owen, hijo del conocido escritor socialista Roberto Owen, quiso dar bases morales a la doctrina y publicó en Nueva York, en 1830, su "Moral Fisiológica" que alcanzó, en menos de un año, cinco ediciones.

Y un médico americano, el Dr. Carlos Knowlton, editó en Boston, en 1833, una obra "Los Frutos de la Filosofía" escrita con todo desenfado y entera libertad de pluma.

Pero la campaña anticoncepcionista fué de escasa duración. La creciente prosperidad de Inglaterra se reflejaba inevitablemente en las clases obreras que, al ver mejorada su situación económica, perdían todo estímulo para entregarse a prácticas que, en el fondo, las gentes del pueblo consideraban poco decorosas.

En 1854, veinte años después de la muerte de Malthus, el Dr. Jorge Drysdale inicia una nueva campaña en pro del neomalthusianismo publicando un grueso volumen titulado "Elementos de Ciencia Social", en el que plantea la inquietante cuestión de si es posible o no lograr, a la vez, pan y amor. Y la resuelve afirmativamente, dando al efecto toda clase de minuciosas indicaciones. Más tarde organizó la "Liga en pro del malthusianismo", que llegó a tener ramificaciones en toda Europa.

Los trabajos de la Liga tuvieron poca resonancia hasta que, en los años 1876 al 78, una mujer extraordinaria la señora Annie Bessant, y el leader obrerista Carlos Bradlaugh, iniciaron una nueva y violenta campaña. cuya arma principal era la difusión del opúsculo del Dr. Knowlton. Los propagandistas fueron perseguidos por atentado a la moral pública y, aunque al final fueron absueltos, la señora Bessant concluyó por abandonar la empresa para dedicarse a la teosofía. La época *Victoriana* — una de las más prósperas de Inglaterra — no era propicia para campañas de esa índole. Sin embargo, el

terreno estaba preparado y no tardaría mucho en dar sus frutos. Hoy la propaganda *neomalthusianista* se hace pública y libremente por médicos, sociólogos y economistas. La bibliografía es cada vez más copiosa; se establecen clínicas especiales; se celebran congresos de carácter internacional...

¿Y Malthus? Malthus no aceptó jamás la doctrina que lleva su nombre. Nunca preconizó otra cosa que la contención moral: la *moral restraint*. Ni siquiera admitió — como lo hace la Iglesia Católica — la continencia dentro del matrimonio. Para él no hay términos medios: o no casarse, imprudentemente, antes de tiempo; o aceptar, sin protestas, las consecuencias lógicas de la imprevisión.

ANATOLE FRANCE

Por LUIS REISSIG.

V

Mme. Arman de Caillavet — Influencias reales e imaginarias en la obra y en la vida de France — ¿Qué escribió Mme. Arman de Caillavet y firmó Anatole France?

Se tenían en vida de France noticias firmes y pruebas claras de su laboriosidad de estilista. No eran pocos aquellos que lo veían con frecuencia y sabían que Madame Arman de Caillavet era algo más en la vida de France que un afecto, que una compañera que asistía a la elaboración de sus obras capitales: las crónicas del diario "Le Temps", agrupadas en parte en los 4 volúmenes de "La Vie littéraire" y su "Histoire Contemporaine", que comprende también 4 volúmenes: "L'orme du mail", "Le mannequin d'osier", "L'Anneau d'améthyste" y "Monsieur Bergeret a Paris".

Pero cuando Jean Jacques Brousseau publicó, a poco de morir France, su libro "Anatole France en Pantoufles", muchísimos de sus adoradores quedaron desencantados: creían que France poseía su hermoso estilo por inspiración divina, al volar de la pluma. Habían saboreado la miel tomándola del frasco, pero ignoraban la elaboración que realiza la abeja. Del desencanto pasaron a la sorpresa al enterarse cómo France, re-

cortando aquí y allí en los periódicos, había compuesto un artículo para "Neue Freie Presse" de Viena. El ídolo se deslucía, se achicaba. Había, además, confidencias, indiscreciones que revelaban al lector menos avisado que France, el dios France, era también un hombre.

Visto el éxito de librería, Brousson publica otro volumen: "Itinéraire de París a Buenos Ayres", para descargar contra el crédito literario de France todo el ácido llevado por él de la Argentina (1). Casi al final del libro está la revelación trascendental por la cual el mundo se entera de que Madame Arman de Caillavet ha realizado, — según nos transmite Brousson — "la tercera parte" de la obra de France. Consecuencia: los libros de Brousson se venden por millares y France cae con precipitación del altar donde sus adoradores lo habían imprudentemente elevado.

Se pensará, quizás, que voy a rehabilitar al Dios-France recogiendo del suelo los trozos informes para unirlos y entregarlos a la veneración pública. No. Lo que ha caído es la imagen de yeso que se forma la opinión pública y esa no vale la pena ser levantada. Por lo demás, esa opinión debe estar rindiendo culto en estas horas a otro escritor, en algún salón de Buenos Aires; al que luego olvidará, ansiosa de novedades y cambios, como ha olvidado a tantos otros.

Me interesa solamente explicar, en base a documentos y referencias expuestas en libros que me merecen fe, la participación que Madame Arman de Caillavet ha tenido en un largo período de la vida de France (desde 1883 hasta 1910; entre los 39 y los 66 años de él), qué pudo haberle inspirado en su trabajo y hasta dónde es legítimo suponer que lo que está publicado con la firma "Anatole France" debió haberlo sido con la de "France-Caillavet" o vice-versa.

Entre los libros consultados figuran los dos de Brousson que ya he mencionado, el de Nicolás Ségur: "Conversations avec Anatole France ou Les mélancolies de l'intelligence", el de G. Michaut: "Anatole France. Etude Psychologique", el de Annette Antoniu: "Anatole France, critique littéraire", el de Pierre Calmettes: "La grande passion d'Anatole France";

(1) P. 226: "Y he roto la botella de ácido traída de la Argentina. Pero en los dedos me quedan algunas muestras". (Itinéraire de Paris a Buenos Ayres).

y, especialmente, "Le salón de Madame Arman de Caillavet", de Jeanne Maurice Pouquet, que aparte de sus notas recogidas por observación directa, ofrece el interesante conjunto de numerosas cartas de la dueña del salón y de France.

Será necesario recurrir con frecuencia a lecturas de párrafos que no podrían ser suplidas con deducciones, ni con interpretaciones.

La "ninfa Egeria" de Anatole France, como así se la ha llamado alguna vez, habíase casado con Albert Arman De Caillavet, en el año 1868, en la capilla de las Tullerías, en presencia de Napoleón III. y de la emperatriz Eugenia. Su padre político, armador en Burdeos, disfrutaba de una gran fortuna y de la amistad de los emperadores; amistad que arrastró la fortuna del armador cuando por consejo de Napoleón III construyó siete barcos de guerra, antes que los ministros del emperador hubiesen autorizado la construcción. La orden no fué dada y los navíos fueron vendidos en América con una pérdida considerable (hecho curioso en los anales de las ventas de armamentos que creo no se ha repetido; al menos entre nosotros).

Mme. Arman de Caillavet "había aceptado su matrimonio sin gran examen, como toda joven cuya primer inclinación ha sido contrariada. Algunos años antes, en efecto, había amado a un joven, bello, fatuo y un poco tonto. Sus padres habían hecho todo lo posible para desviarla de un sentimiento tan enfadoso y no habían encontrado nada mejor que casarla. Ella estuvo expuesta, de inmediato, a grandes trastornos. Tuvo que luchar contra los desembolsos y las locas empresas de un marido jugador, impetuoso y quimérico. Estas luchas debían durar toda su vida". (2)

Era una mujer bastante culta, con vastos conocimientos de la literatura europea, de gran memoria, activa, con talento para la epístola, orgullosa y de una franqueza amenuado terrible. Diez años después de su matrimonio, compra el hotel situado en el número 12 de la Avenida de la Reine Hortense (después Avenida Hoche) donde no tarda en establecer un centro literario y artístico, continuando con ésto la tradición de los salones del siglo del siglo XVIII.

(2) "Le Salón de madame Arman De Caillavet". p. 5.

Anatole France, comentando "Notre Coeur" de Maupassant, se expresa así con respecto a los salones: "Madame de Burne recibe en su pabellón de la calle del "Général-Foy", músicos, novelistas, pintores, diplomáticos, gente rica, en fin el personal ordinario de un salón a la moda. Se sabe que hoy los hombres de talento son bastante bien acogidos en el mundo cuando ellos son célebres. A medida que se avanza en la vida, uno se da cuenta que el coraje más raro es aquél de pensar. El mundo se cree bastante osado cuando sostiene las reputaciones establecidas. Madame de Burne tiene un novelista cuyos libros se editan a millares y un músico que, según la costumbre, ha hecho representar una ópera, primero en Bruselas, después en París. Hace cien años ella hubiera tenido un papagayo y un filósofo". (3)

Este artículo fué escrito por France en 1890, durante el esplendor del salón de la Avenida Hoche.

Mme. Arman de Caillavet había adquirido el gusto por los salones literarios en casa de Mme. Aubernon, quien la acogió con solicitud "haciéndola brillar y estableciendo su reputación". (4) Tales salones no tenían más fin inmediato que dar lustre a sus dueñas, acariciando su vanidad. No eran salones donde un movimiento espiritual necesitase ser recogido, cuidado e impulsado por espíritus selectos; sino, simplemente, un lugar de reunión para entretener la vista, regalar el oído y enfriar o calentar el estómago. Su notoriedad la deben no a su valor intrínseco, sino a la notoriedad de las personas que lo frecuentaban; como esas casas donde mueren o nacen genios o héroes y que se inmortalizan con la placa.

Por eso será necesario no tomar nunca muy al pie de la letra y sí con buen sentido las reiteradas declaraciones de que el Salón de Mme. Arman de Caillavet de la Avenida Hoche fué "el invernáculo donde se expandió el genio de Anatole France y que es allí donde él se ejercitó en llegar a ser él mismo". (5)

Mi modo de ver en cuanto a ésto y a la influencia de Mme. de Caillavet no quiero anticiparlo. Surgirá de los hechos que iré exponiendo.

(3) "La Vie littéraire". T. IV. p. 13.

(4) "Le Salon de Mme. A. De Caillavet", p. 8.

(5) Ib. p. 4.

Para precisar algunos pormenores y el detalle general del Salón de Madame de Caillavet considero necesario recurrir a la descripción que hacen Jeanne Maurice Pouquet y Nicolás Ségur. "El mundo de las letras y de las artes — dice Ségur — el mundo político y también algunas personas del gran mundo desfilaban en el Salón de la Avenida Hoche, presidido por la alta silueta de Anatole France que disertaba sin cesar, sea entre los convidados en el comedor, sea junto a la chimenea del salón de recepción donde triunfaba únicamente el siglo XVIII por sus muebles y su pintura francesa e inglesa. Además del salón de fumar y la sala había un gabinete contiguo a la entrada y flanqueado de una minúscula biblioteca donde France trabajaba algunas veces y donde se encontraban varios de sus manuscritos, suntuosamente encuadernados y algunos libros raros".

"Un mundo brillante animaba el salón el domingo después de mediodía, y las personas más favorecidas y las más importantes asistían, también, a los almuerzos de los miércoles. Estaban, desde luego, los familiares de la casa, hermosas mujeres y grandes damas, viejos periodistas, jóvenes literatos, candidatos a la Academia, novelistas, poetas y poetisas, cirujanos célebres, psiquiatras mundanos, grandes editores, pintores en voga, escultores de cartel, hasta un joven bacteriólogo y un joven asiriólogo. A estos visitantes fieles y regulares se agregaban muchas otras celebridades, que frecuentaban menos amenudo el salón": (6) Jaurés, Clemenceau, Briand, Loti, Sully Prudhomme, el comandante Rivière, Lemaître, Barrès, Moréas, Coppée, la Condesa de Noailles, Henri de Regnier, Poincaré, Sardou, Porto Riche, el profesor Dumas, Proust, la Réjane, Lucien Guitry.

Los salones literarios servían para que las gentes de poca vida interior pasaran un rato agradable; para que los hombres de talento o de ingenio contaran anécdotas encantadoras; para saborear en compañía las comidillas del alto mundo. Se solicitaban autógrafos, prefacios y dedicatorias. Servía entre otras cosas el salón para que el abate Moreux, por ejemplo, fuera a la Avenida Hoche "para ganar las simpatías gubernamentales a fin de recobrar sus telescopios, secuestrados con otros bienes del episcopado, en virtud de la ley de separación

(6) N. Ségur. "Conversations avec Anatole France". p. 63, 64, 65.

Dió una conferencia, con proyecciones, sobre el planeta Marte delante de un auditorio hábilmente compuesto de sabios, de gente de sociedad y de miembros del gobierno. Y supo tan bien agradar a estos últimos que sus instrumentos le fueron devueltos con agrado". (7).

En el salón de Madame de Caillavet también se realizaban representaciones con menos pompa, naturalmente, que en el Petit Trianon de Luis XIV. Pero el punto más importante del programa estaba a cargo de Anatole France.

"La atracción de la conversación de France se ejercía poderosamente sobre todos — dice Ségur — Hablaba sin cesar el autor de "Thaïs" porque era naturalmente un placer para él lanzar ideas al azar, sin prestar atención nunca a sus interlocutores. Después, su huésped y amiga insistía, la pedía tal anécdota, lo llamaba del otro extremo del salón, dulcemente imperiosa, dominadora, haciendo el silencio alrededor de él, apagando toda otra conversación para que sólo la suya se notara. Y France hablaba de política y de arte, de literatura y de historia, coronando todo de paradojas, de bromas, de anécdotas". (8).

Esto es lo que dice Ségur. Pero Brousson es más picante en su relato. Voy a leerles un par de sus descripciones que, con excepción del ácido, se han de aproximar a la verdad. Dice Brousson en "Anatole France en Pantoufles": "Cuántas veces no habré oído a la Señora de . . . decirle a France los domingos: "Cuéntenos tal historia". No se hacía rogar. Dócilmente recitaba esa pieza de lucimiento. Cuando terminaba, Mme., igual que un profesor pone la nota después de un recitado escolar, decía: "¡Bien! ¡Muy bien! ¡Admirablemente!... Se ha mostrado Vd. superior a sí mismo . . . No ha estado Vd. tan bien como otras veces . . . El otro día nos contó ésto con más brío . . . Hoy se ha salido Vd. por la tangente. Se le ha olvidado tal detalle . . ." "Incluso, amenudo, la Egeria (Mme. de Caillavet) imponía la repetición del cuplé; se fijaba en las variaciones. En estas conversaciones "oficiales" las anécdotas sucedíanse inmutables. Las agudezas saltaban en los momentos fijados de antemano. Había cambios de tono. Se subrayaban las reticencias. Las moralejas pronunciábanse con énfasis sacerdotal". (9).

(7) "Le Salon de Mme. A. de Caillavet". p. 241.

(8) Ib., p. 66, 67.

(9) p. 44, 45.

Y ahora otro relato de Brousson: Después del almuerzo y "mientras sirven el café, France sube al cuarto de estudio. Mme. recibe y él lo aprovecha para dormir la siesta, hierático, con la testa apoyada en la cátedra Luis Felipe y la boca abierta. . . Pero el menor ruido le hace volver en sí y le devuelve su sonrisa y su pluma.

—Maestro — dícele Brousson — Mme. me envía para decirle que le esperan abajo. El salón está lleno de gente que suspira tras usted cual ciervos sedientos.

—¡Madame me tiene loco! ¿soy acaso un mono amaestrado? ¿Quién hay en realidad? ¿Algunas bachilleras? ¿Judías?

—Querido maestro, está la señora Fulana. . . la señora Zutana. . .

—¡Ah! ¿Ha llegado la Carmelita? Ya bajo, hijo mío.

La Carmelita le agrada. El es quien le ha puesto ese mote, a causa de la afición de esta señora a los trajes oscuros. Mme. la odia.

Anatole France toma el abrigo, el sombrero y el ramo de violetas. Baja fatigosamente la escalera. Finge el paso cansado de alguien que viene desde la otra punta de la ciudad. Ya está en el salón. Al verle, las conversaciones vacilan. Las sillas, las butacas apártanse respetuosamente. El se adelanta con pasitos tímidos hacia el sillón dorado en que Madame preside, a contra luz. A dos pasos de la dueña de casa, esboza una especie de reverencia. Junta los tacones en escuadra. Parece un prestidigitador pronto a hacer juegos de manos. Saca del fondo del sombrero el ramo de violetas de Parma. Lo lleva a sus labios, se lo pone sobre el corazón. Luego, igual que los chiquillos el día de año nuevo, tartajea la sempiterna frase dominical, esperada por todos los presentes:

—Señora, pasaba cerca de su casa y no he podido resistir a la tentación de venir a ofrecerle mis respetos y estas flores. Ellas dirán mejor que yo todo el encanto de mi homenaje.

Madame recibe el incienso con la impasibilidad de un ídolo.

—¡Está bien! — dice — ¡Está bien! Póngase junto a la chimenea. Hable para todos".

Al momento, el maestro escúrrese entre los grupos como una anguila. Con el pretexto de dar la mano a los que se la

tienden, llega hasta el marco de una ventana. Y, ventana tras ventana, llega hasta el fondo de la galería, en donde se reúne con la Carmelita. Hélos ya sumidos en un murmullo confidencial. Créense olvidados de todo el universo. Mas, de pronto, suena áspera la voz de la dueña del lugar:

—¿Dónde está el Señor France? Señor Brousson ¿dónde está el Señor France?”.

Por fin, lo descubre en su rincón, deslizando en el oído de la Carmelita algo muy particular:

—“Vamos, Señor France, escápese Vd., venga por aquí; cuéntenos la anécdota de Bornier”.

Anatole France torna, resignado, junto a la chimenea, se apoya contra el mármol y despacha su historia. Aplausos. “¡Es divino! ¡Delicioso! ¡No hay otro! ¡Se ha enterado Vd. bien”?

Mme. deja caer con labio desdeñoso:

—El otro día lo contó Vd. mucho mejor”. (10)

Esto que cuenta Brousson respecto al tono imperioso de Madame de Caillavet, lo corrobora Nicolás Ségur.

—“Pero del otro extremo del salón — dice Ségur — la dueña de la casa llama a France imperiosamente. El se interrumpe, balbucea, hesita, luego, se acerca”. (11)

Bien. He querido entrar bien al detalle a fin de que Vds. tengan la sensación de que es inexacto lo que se ha dicho de que en el salón de Mme. de Caillavet fué donde se expandió el genio de Anatole France. Las reuniones le aburrían como tales y sólo encontraba placer en conversar con alguno al margen del salón. Ninguno de sus libros ha sido escrito en base a una experiencia recogida allí, salvo, naturalmente, algunas figuras, como el elegante sportman y gran cazador Gassou que le sirvió para su personaje Robert Le Ménil de “Le lys rouge”. Se advierten también en estos relatos dos cosas: el carácter imperioso de Mme. de Caillavet y su gusto por los homenajes; y en France los resabios de la cortesía adquirida entre los hermanos maristas del Colegio “Stanislas”, bajo la cual florecía su indiferencia para los valores mundanos a pesar de su afectación. Por lo demás, no es la primer vez que hombres y mujeres hacen tonterías para mostrarse recíprocamente agradables.

(10) Ib. p. 53, 54, 55.

(11) Ib. p. 95.

Tal era, pues, el famoso Salón de Mme. Arman de Caillavet.

También existían otros dos salones de nombre: el de Mme. de Aubernon, donde se educó Mme. de Caillavet en el arte de figurar; y el de Mme. de Loynes, en el que había de reinar Jules Lemaître, como France en el de Caillavet, desde el día en que el asunto Dreyfus separó a los franceses. El salón de Mme. de Caillavet, judía y republicana, fué el de los "dreyfusards" y el de Mme. de Loynes el de los anti-dreyfusards".

En 1883 muere el comandante Henri Rivière, el más grande amigo, posiblemente, que tenía Mme. de Caillavet. En ese mismo año, France es presentado a ella; "... la impresión — dice Jeanne Maurice Pouquet — fué mediocre. El era torpe, sin don de mundo y su timidez agravaba un tartamudeo natural". Mme. de Caillavet "que era franca hasta la brutalidad, se acomodaba mal a las maneras dulzonas, a los cumplimientos excesivos y de una cortesía donde ella creía ver la obsequiosidad. Ella lo trata al principio sin benevolencia y aún bastante rudamente". (12)

Y Emile Hovelaque, en su nota "Quelques souvenirs sur Anatole France", dice de ese encuentro: "¿Qué ví yo ese día de entre los días, a la mesa donde yo debía tan amenudo volver a encontrarlo? Una larga y maciza figura caballuna, como torcida por un ligero tortícolis; la mandíbula torcida, bajo la perilla áspera y los cabellos duros en punta, una nariz grande, un cutis áspero y gris; sólo los ojos negros muy brillantes, magníficos de vitalidad y de inteligencia, arrojaban una luz en esta fisonomía un poco inquietante, en la que había de seminarista, de bonapartista y de fauno. El habla y habla mal. La voz era grave y como untuosa, pero vacilante y por momentos gangosa, la lengua impedida; la idea se enredaba a veces en digresiones sin relieves; la anécdota se acortaba, como turbada por una timidez. A esta época, la conversación de France, llena de vacilaciones y de retoques no era, aún, lo que ella fué después". (13)

La timidez de France era harto conocida por él mismo y sus amigos; y, sin duda, la impresión que recibió Mme. de Caillavet del primer encuentro fué, más o menos, la misma de

(12) Ib. p. 38.

(13) Revue de France, Abril 1º de 1925.

Emile Hovelacque. Pasaron algunos años antes de que Mme. de Caillavet se rindiera a la maravillosa inteligencia de France.

La Condesa de Martel, conocida en literatura bajo el pseudónimo de Gyp, que fué una de las más buenas amigas de France, en una carta dirigida a la nuera de Mme. de Caillavet, después de la muerte de ésta, se expresa así: "Yo he podido constatar todo lo que Mme. de Caillavet ha hecho por France. Lo he conocido en 1882. Al principio, era perfectamente ignorado, salvo de algunos eruditos, y él lo hubiese sido siempre, yo creo, sin vuestra madre política. Su torpeza, su timidez, su ignorancia absoluta de las costumbres mundanas, todo lo predestinaba a quedar a un lado, cualquiera que fuese por otra parte su talento. Es Mme. de Caillavet quien lo ha educado de pies a cabeza. Nosotros comprobamos, con sorpresa, su cambio relativamente rápido, sin desde luego dudar de dónde venía. Vuestra madre política ha hecho por France exactamente lo que Mme. Loynes ha hecho por Lemaître. Para mí, France no ha debido a su gran talento sus celebridades diversas. La mayor parte de las personas — aún las cultas — que se han inclinado delante de él, no lo hubiesen jamás descubierto sin Mme. de Caillavet. Igualmente, sin ella, él no hubiese sido de la Academia". (14)

Creo en este punto lo mismo que la Condesa de Martel. Mme. de Caillavet lo educó; le abrió el camino de la celebridad y lo hizo académico; — lo que no quiere decir, por supuesto, que modeló su pensamiento, que lo hizo célebre o erudito.

Cuando France conoció a Madame de Caillavet, en 1883, ya había escrito, además de numerosos comentarios bibliográficos, su estudio sobre Alfred de Vigny, "Les poèmes dorés", "Idylles et Légendes", "Les noces Corinthiennes", "Jocaste et le Chat Maigre", "Le Crimen de Sylvestre Bonnard", "Les désirs de Jean Servien", "Abeille" y "Le Livre de mon ami".

En 1886, cuando su amistad con Mme. de Caillavet comenzaba a estrecharse, inicia su colaboración en "Le Temps", donde su erudición, su talento y su estilo se desarrollan por completo. De tal obra nos quedan esos cuatro valiosos tomos que constituyen "La Vie littéraire". Desde entonces y hasta 1910, fecha en que fallece Mme. de Caillavet,

(14) "Le Sal6n de Mme. A. de Caillavet,,. p. 39, 40.

France escribe toda su obra más universalmente conocida. Citemos, por ejemplo, "L'île des Pingouins", su "Histoire contemporaine", sus dos libros sobre Jérôme Coignard, "Le Jardin d'Epicure", "Le lys rouge", "Pierre Nozière", "Thaïs", "L'affaire Crainquebille", "Sur la Pierre blanche". Después de la muerte de Mme. de Caillavet publica "La révolte des Anges", "Le petit Pierre", "La vie en fleur", etc.

Cuando se lee sin mayor conocimiento de causa esta lista se puede creer honestamente que, en efecto, la obra de France está ligada de una manera muy particular a la vida de Mme. de Caillavet, ya que durante la estrecha vinculación que mantuvo con la misma lo más significativo fué producido.

Ahora bien: ¿Fué el talento de Mme. de Caillavet el que sedujo a France? ¿Fué ella lo que la ninfa Egeria que en el bosque de Aricia, en el Lacio, inspiraba y aconsejaba a Numa Pompilio? ¿Fué su pasión (que no la tuvo) por Mme. de Caillavet lo que despertó en él la energía de su talento? ¿O más bien fué el buen sentido crítico de ella el que acercó la obra de France a su juicio?

Será preciso, antes de responder, considerar algunos hechos.

El 28 de Abril de 1877 France contrajo matrimonio con Marie Valérie Guérin de Sauville, tataranieta del grabador Guérin, conocido durante el reinado de Luis XVI. Era ocho años menor que France, bonitilla. Perdió pronto totalmente su dentadura; circunstancia que indico dado el horror congénito de France a la fealdad.

Marie Valérie poseía la bella dote de 33.000 escudos con los que adquirió la propiedad número 5 de la rue Chalgrin, inmortalizada después de la publicación de "Le mannequin d'osier". En 1881 nace Suzanne, única descendiente del matrimonio Guérin de Sauville-France. Las relaciones entre los esposos se tornaban tirantes. France leía, divagaba, escribía y no se preocupaba mayormente del porvenir doméstico. Su esposa "se lamentaba continuamente de no haber encontrado ninguna satisfacción en su matrimonio, de estar casada a un hombre poco práctico". "Ella repetía a quien quería escucharla que su marido no tenía talento, que él no sabría

(15) Pierre Calmettes. "La grande passion d'Anatole France". página 47.

nunca ganar dinero y que ella había sido prevenida por buenos amigos que él no arribaría jamás a nada". (15)

Este antagonismo continuo y creciente entre los esposos contribuyó a acercar a France y Mme. de Caillavet. Unamos a ésto la frialdad de relaciones íntimas entre Mme. de Caillavet y su esposo, (con quien se casó, como hemos dicho, sin mayor deseo) y tendremos una primer explicación natural y nada metafísica de la unión Caillavet-France.

El desprecio mutuo entre los esposos Guerin de Sauville-France se acentuó con motivo de la muerte del padre de France, acaecida en 1890, en Neuilly. France y su amigo Fernand Calmettes, en presencia de un vecino librero, abrieron el "secrétaire" donde el padre de France había dejado su dinero, hallando 100.000 francos que fueron llevados a la casa de la esposa de Anatole France, en París. Pero "Valérie France acusa a su marido de haber encontrado en el "secrétaire" de su padre una suma bastante superior a 100.000 francos y le reprocha el haber escondido una parte para comprar bibelots". (16)

Como no estamos en un tribunal para acusar o defender a France de un delito, pasemos por alto lo de quién tenía razón.

Que France era poco práctico, como decía su esposa, se demostraba con la elección de su empleo. En 1876, un año antes de su matrimonio, y después de innumerables gestiones que databan de 1866, consiguió un empleo en la biblioteca del Senado, de la cual era director Leconte de Lisle, por el que se le pagaba 183 francos 35 centésimos al mes.

Si France no fué un esposo modelo, tampoco fué un empleado modelo. "Encargado de preparar las listas para el catálogo metódico y de tenerlo al día, clasificar y preparar para la encuadernación las impresiones de las Cámaras, dió prueba de tan poco celo que Charles Edmond, (su jefe) se conforma con confiarle el catálogo metódico, tarea que reclama dos o tres horas de trabajo por semana. En el mes de Agosto de 1888 quedó vacante un puesto de empleado principal. Anatole France esperaba ser nombrado. Pero fué un joven colega suyo, René Samuel, quien obtuvo la plaza". (17) El 4 de Agosto, France escribía a los cuestores una carta llena de indignación,

(16) Ib. p. 46,47.

(17) Georges Huard. "Anatole France et le 'Quais Malaquais'". p. 29.

en la que, por cierto, no se entreveía al suave ironista de "Le Crime de Sylvestre Bonnard" ni al soñador de "Le livre de mon ami", escritos ya en esa época. Dice la carta:

'El decreto que nombra al Señor Samuel para un puesto al cual yo estaba designado constituye un acto sin precedentes en la administración francesa; viola los derechos que, hasta aquí, habían sido constantemente respetados; constituye una injusticia inaudita contra la cual tengo el deber de protestar. Mi causa es aquella de la equidad. Yo sería culpable de no defenderla hasta lo último.

¿Y qué habéis vosotros herido por un acto sin nombre como sin ejemplo? Un hombre que ha sabido prestar servicios a la biblioteca del Senado, que se esforzaba para merecer vuestra estima y que no era completamente indigno, puesto que sus trabajos le han merecido, joven aún, la cruz de la Legión de Honor!

Vosotros, sus protectores naturales, lo habéis traicionado. Lo habéis herido sin escucharlo. Habéis quebrado de un trazo de pluma la carrera de un padre de familia, puesto que no pensaréis que a los 45 años, en medio de una vida que no es sin mérito, pueda yo olvidar el cuidado de mi dignidad al punto de colocarme bajo las órdenes de un hombre joven, casi un niño, ayer todavía mi subordinado". (18)

Esta vehemente carta fué transmitida por los cuestores al bibliotecario en jefe, quien declaró que el trabajo de France se resumía en una sola palabra: Nada.

Después de esa fecha, el empleado France se ocupa cada vez menos de su trabajo hasta que dos años después, en 1890, a instancias de Mme. Arman de Caillavet, presenta su dimisión.

El 6 de Junio de 1892 France envía a su esposa una carta en la que le anuncia la ruptura definitiva, la que poco después queda formalizada con el divorcio, luego de diversos incidentes agrios que han sido recogidos en "Le Mannequin d'osier". Su hija Suzanne se retira a vivir con su madre, viéndose casi todas las semanas con France a la hora del almuerzo en casa de la Condesa de Martel.

Libre de la compañía enojosa de su mujer, y más cerca de Mme. de Caillavet que lo estimulaba en su trabajo, France comienza a producir con mayor intensidad. No hubiera sido

(18) Ib. p. 29, 30.

posible ésto sin una cultura ya formada y sin un gusto y un estilo que se había ido precisando desde la composición de "Le livre de mon ami".

Si bien France trabajaba para algún editor, lo que le rendía unos 300 francos mensuales, en la casa Charavay, y sus obras comenzaban a producir algunos beneficios, es presumible que la intervención de Mme. de Caillavet en su vida íntima llegaba a la vigilancia de sus intereses domésticos.

Mme. de Caillavet vió en France al que habría de ser el escritor más grande de su época, y llegó a conocerlo quizás mucho mejor de lo que él mismo se conocía. La ruptura de France con su familia y el estado de soledad en que se encontraba Mme. de Caillavet con respecto a un esposo a quien no amaba y a un hijo a quien sentía lejos de sí, contribuyó al acercamiento íntimo de ambos. Unamos a ésto el salón literario que regía ella y al que necesitaba darle un rey, un alto valor intelectual que le permitiera tratar con dignidad a los ministros y proporcionarse el gusto y el tono de proteger a jóvenes literatos, como Charles Maurrás y Marcel Proust, con las caricias en formas de prefacio del Dios-France.

Anatole France detestaba "los rigores insoportables de la celebridad". (19) Mme. de Caillavet, mujer más de mundo, más práctica, lo condujo de un lado a otro como a una criatura; como a esa criatura a quien su madre aguardaba de noche hasta su vuelta, con los ojos arrasados de lágrimas, henchida de un sombrío y tiránico amor maternal que lo envolvió hasta casi los 25 años.

Que Mme. de Caillavet obligó a trabajar a France y lo hizo producir, como hoy se diría, en gran escala está fuera de duda. Pero este hacer trabajar a los demás era una especie de manía de Mme. de Caillavet, mujer organizadora, voluntariosa, activa. En algunas de las numerosas cartas a su hijo se despunta este afán con las recomendaciones continuas de los detalles más insignificantes, como el de aconsejarle que "no ponga los pies sobre los muebles y la tinta sobre los sillones". Y "siempre la idea del trabajo, del trabajo necesario, indispensable está en todas sus cartas. Este apremio ella lo tuvo para todos aquellos por los cuales se interesaba". (21)

(19) P. Calmettes. Ib. p. 80.

(20) J. M. Pouquet. Ib. p. 14.

(21) Ib. p. 46.

He ahí, pues, que se encuentra con el gran perezoso, con el hombre que había estado 14 años en la biblioteca del Senado sin hacer casi otra cosa que leer a su gusto; y que a los 46 años de edad, según su esposa, "no tenía talento" y "no sabía jamás ganar dinero".

France era un envidiable manjar para el hambre de trabajo de Mme. de Caillavet. ¿Qué intenta ella? Lo único posible: hacerlo trabajar, trabajar y trabajar.

Los primeros tiempos fueron muy amables. "Cuando Mme. de Caillavet no estaba junto a él para alentarle, el trabajo le fatigaba. En cada una de sus cartas a Mme., France se lamentaba: "Estoy agotado de trabajo y un poco inquieto de mi lentitud" . . . "Me vuelvo estúpido lejos de vos" . . . "Aquí, trabajo ocho horas sin avanzar gran cosa. Estoy conster-nado" . . . (22)

Mme. de Caillavet le impone la disciplina de la tarea regular y cotidiana. "Ella insiste para que él acepte escribir cada semana una crónica literaria en "Le Temps". El agradecimiento que él dirige a Adrian Hébrard en el prefacio del primer volumen de "La Vie littéraire", hubiera podido, con toda equidad, dirigirlo a Mme. de Caillavet. Decía France en ese prefacio: "Vos habéis hecho de mi un escritor periódico y regular. Habéis triunfado de mi pereza. Seguramente, no era Hébrard quien lo atormentaba cada día para que comenzara o acabara un artículo para "L'Univers illustré" o "Le Temps".

"En reconocimiento — dice J. M. Pouquet — y en testimonio de esta activa solicitud, él obsequia a su amiga con una bella edición de "Le Crime de Sylvestre Bonnard", con esta dedicatoria: "A Mme. Arman de Caillavet este libro triste de no haber sido escrito cerca de ella y para Ella. Muy respetuosamente y muy afectuosamente. Anatole France". (23)

Y es en ella que France pensará al escribir más tarde, en "Le Jardin d'Epicure": "La mujer es la gran educadora del hombre; ella le enseña las virtudes agradables, la cortesía, la discreción y ese orgullo que teme ser importuno. Ella muestra a algunos el arte de gustar; y a todos el arte de no disgustar".

Las cartas de France a Mme. de Caillavet durante los primeros años insisten en el mismo punto de la necesidad de alien-

(22) Ib. 153.

(23) Ib. p. 58, 59.

to que espera de ella: "La música, una música deliciosa, la bella armonía, sois vos, Señora. Pero queréis que os lo diga? Estoy terriblemente triste. El trabajo me cansa. . . "Sabéis, Señora, que vuestras cartas son maravillas de gusto, de sentido (si, de sentido; se que ésto os disgusta, pero las encuentro sensatas!), de crítica y de ironía. . . ¡ah! si quisiérais escribir! . . ." Y en otra carta: ". . . no puedo escribir sino a vos y tengo horror de tocar una pluma". (24)

Como Vds. notarán, no son en rigor cartas de un espíritu en quien se agita algo desconocido, que luego haya arrancado Mme. de Caillavet para revelarlo al mundo. Son, más bien, cartas de un sensual, fino, discreto, sin una pizca de romántico.

Este es un elemento que es necesario considerar. La sed sin arrebatos ni delirios fué la baranda del puente tendido entre ambos.

"Amadme un poco, querida Señora. Esta será una buena obra" — dice en otra de sus cartas; — Es en la misma en que hay este párrafo: "En revancha, Hébrard, a quien he visto esta mañana, me ha dicho que la Gironda y sus viñas me habían inspirado bien (Se refiere a la posesión de Mme. de Caillavet en Capian, donde France acostumbraba a pasar varios meses). Y agrega: "Hébrard nos ha felicitado, también de nuestras correspondencias de l'Univers. Os envió un diario que os ha citado, lo que es del todo honorable". (25)

Después de esta declaración de France no cabe desechar que en una forma discreta y casi anónima Mme. de Caillavet colaboraba en algo con France.

Jeanne Maurice Pouquet, hija política de Mme. de Caillavet y cuya simpatía y cariño hacia ésta se trasluce en todas las páginas de su libro, dice en éste lo siguiente: "El (France) rinde un homenaje delicado a la ayuda discreta que Mme. Arman le aportaba desde esta época y le atribuye galantemente una parte de los cumplidos que él ha recibido. Esta carta da a los recuerdos de todos aquellos que han conocido en esa época a Anatole France y a Mme. de Caillavet una fuerza que no hubieran tenido sin ella; y disipa ese aire de leyenda que uno está

(24) Ib. p. 74, 76.

(25) Ib. p. 77.

tentado de atribuir a la ternura del pasado, a las exageraciones de la amistad y a las deformaciones que aporta el tiempo.

“Todos aquellos que han frecuentado con intimidad la Avenida Hoche han visto a Mme. Arman de Caillavet secundar a France en su trabajo. En ocasiones, él la juzgaba digna de pensar y de escribir bajo su nombre. *El más bello homenaje que el maestro haya rendido a su modesta colaboradora fué de admitirla a deslizar, de cuando en cuando, en su obra algunas frases o algunas ideas.*

“No se trata de exagerar la parte de Mme. Arman en la obra de France. Su papel ha sido, a la vez, más humilde y más vasto. Ella ha sido, ante todo, una *maravillosa estimuladora* de su genio, aportándole sin descanso materiales nuevos a su erudición, nuevos temas a sus meditaciones y arrancándolo a su sueño para obligarlo a crear.

“Ella revisaba las literaturas extranjeras, que conocía perfectamente, y sugería a France asuntos de cuentos y de artículos. Traducía todo lo que parecía poderle interesar. En estas innumerables traducciones France ha espigado, aquí y allá, una idea, un detalle pintoresco, una información útil. Ella pasaba largas horas en las bibliotecas, aún de viaje, pero no buscaba sino lo que podía picar la curiosidad de su amigo. Ella no tenía más que un fin: la obra y la gloria de France. Ella anotaba, sin cansarse, todo lo que el maestro expresaba en el curso de sus conversaciones y de sus divagaciones, y formaba así legajos considerables en los cuales él tomaba enseguida algo. Gracias a este encarnizamiento metódico, ella ha salvado del olvido una parte importante del pensamiento de France, que sin ésto se hubiera desvanecido y que en su negligencia él no hubiera jamás ‘escrito’”. (26)

Comienza a aclararse con ésto el discutido punto de la colaboración. Con esta orientación podremos ya considerar las palabras misteriosas de Mme. de Caillavet a Brousson, cuando le revela que ella ha escrito “la tercera parte” de la obra de France. (27)

Y ¿qué es una tercera parte de la obra de France? Es algo muy vago, puesto que después de haber leído su obra se tiene la sensación clara de que lo mejor de la misma pudo haberse

(26) Ib. p. 78, 79.

(27) “Itinéraire de Paris a Buenos Ayres”. p. 320.

desarrollado en menos volúmenes, France ha repetido su pensamiento con frecuencia. France no ha sido un novelista de los que se pasan la vida ante la ventana de su cuarto de estudio atisbando escenas y tipos para trasladarlos al papel y crear nuevas imágenes, nuevas vidas. Con haber escrito solamente "La Vie littéraire" hubiera quedado como un gran estilista, y uno de los pensadores más ricos y más penetrantes de su tiempo.

Sobre la edición original de Crainquebille, aparecida en 1901, France escribió esta dedicatoria: "A Mme. Arman de Caillavet este pequeño libro, que sin ella yo no hubiera hecho porque sin ella yo no haría libros". (28)

Algunos han visto en esta dedicatoria la confesión más clara de la importante colaboración de Mme. de Caillavet; y hasta si el caso France no ha sido un caso de simulación literaria.

Creo que las pruebas en contra abundan: están sus libros y noticias anteriores a su encuentro con Madame de Caillavet y posteriores a la muerte de ella; están las declaraciones de personas allegadas a ambos; está el mismo talento de France caminando, vivo, por así decir, que se vuelca en la conversación, que el diligente y atento escriba recoge. ¿Cómo hubiera sido posible que el France que encantaba con su conversación amena, erudita, fina, fuera un muñeco mecánico que sonara al compás de la música de los pensamientos de Mme. de Caillavet? ¿Cómo no hubiera aprovechado ésto su aprovechado secretario Brousson, que creía poseer lo que él llama la receta de France, para escribir un libro que pudiera editarse en cuatro o cinco idiomas por decenas de miles de ejemplares? No. France es France y Mme. de Caillavet es Mme. de Caillavet.

Que Mme. de Caillavet ha escrito crónicas firmadas por France no está puesto en duda. Recordemos a Pierre Loti agradeciendo un día a France un artículo que le había emocionado. Este, designando a Mme. Arman de Caillavet, le dijo: "Agradeced más bien a Mme. puesto que es ella quien ha escrito el artículo". (29)

En otra ocasión, cuando en casa de Mme. de Caillavet, Jules Lemaitre a propósito de un artículo hizo algunas re-

(28) "Le salon de Mme. Arman de Caillavet". p. 80.

(29) Ib. p. 81.

servas en presencia de una docena de convidados, lamentándose y haciendo a France algunos reproches, France balbuceó explicaciones y excusas. "Por otra parte — dijo Lemaître mirando alternativamente a France y a Mme. Arman, este artículo no es vuestro. Está bien escrito pero no es vuestro. Tengo curiosidad de saber quién es aquél o . . . aquella de quien estimáis bastante el estilo y la inteligencia para prestarle vuestra firma". Mme. de Caillavet, halagada, confiesa: "que ella ayudaba amenudo a France cuando él estaba apurado". Lemaître hízole grandes cumplidos pero jamás se lo perdonó. (30)

Esta referencia nos denuncia la clase de colaboración en que intervenía especialmente Mme. de Caillavet: la colaboración periodística, a la que France no prestaba ninguna atención, a excepción de las crónicas que escribió para "Le Temps", cuyo alto valor pertenece exclusivamente a France. Brousson, en su libro "Anatole France en Pantoufles", nos refiere cómo a fuerza de tijeretazos en los diarios del día, France compuso un artículo para la "Neue Freie Presse" de Viena.

Mme. de Caillavet tenía a su cargo parte de la corrección de las pruebas de los artículos, y sin duda alguna retocaba algo, sugería, modificaba. Pero eso es corriente cuando se vive con una persona culta que ayuda en el trabajo, lo que no implica sustitución sino colaboración normal.

La diferencia entre lo que escribía France y lo que intercalaba Mme. de Caillavet debía ser sensible a los buenos paladares como el de Lemaître. En una carta de Mme. de Caillavet a su hijo, ella le decía: "Yo no sé dónde tu has encontrado que mi estilo se asemeja al de France; no puedo disgustarme, pero no veo ninguna relación. Yo escribía como escribo bien antes de conocer al autor de "Paphnuce". (31)

Si se ha dado en pensar y establecer la influencia de Mme. de Caillavet sobre France, por cierto que nadie se ha tomado el trabajo de referirse a lo inverso: la influencia de France sobre Mme. de Caillavet. Y en verdad que no valía la pena, porque ni uno ni otro se influenciaron en el sentido íntimo que esta acepción tiene. France y Mme. de Caillavet estaban bien maduros de pensamiento uno y el otro cuando se conocieron. Las

(30) Ib. p. 81.

(31) Ib. p. 94.

circunstancias de la vida los acercaron, el trabajo de France anudó las relaciones, la vigilancia y las facilidades que le proporcionó Mme. de Caillavet prolongaron esta unión.

Parte del prefacio de "La Princesse de Clèves" de Mme. de Lafayette publicado en la edición Conquet del año 1889, es de la mano de Mme. de Caillavet. Todo el prefacio está firmado por France. (¡Curioso destino! También se asegura que Mme. de Lafayette tuvo las colaboraciones de la Rochefoucauld y Segrais).

Voy a leer un fragmento de lo escrito por France en ese prefacio: "Mme. de Lafayette fué la primera que introdujo lo natural en la novela. Fué la primera que pintó caracteres humanos y sentimientos verdaderos, entrando dignamente en el concierto de los clásicos, siguiendo armoniosamente a Molière, Lafontaine, Boileau y Racine que habían restituído las musas a la naturaleza y a la verdad". "Andromaque" es de 1667. "La Princesse de Clèves" de 1678. La literatura moderna parte de esas dos fechas. "La Princesse de Clèves" es la primer novela francesa en la cual el interés reposa sobre la verdad de las pasiones". "Racine hizo aparecer los héroes y las heroínas de la tragedia como víctimas conmovedoras del corazón y de los sentidos. Corneille había exaltado la voluntad hasta lo absurdo; Racine muestra la omnipotencia de las pasiones, y él fué a este respecto, a su manera, el más audaz de los innovadores. El trae en la poesía una verdad nueva, inaudita, profunda".

Noten Vds. el cálido y firme estilo de France; su precisión, su sentido de la armonía. Ahora leeremos la introducción de France a lo que escribió Mme. de Caillavet. Dice aún France: "He aquí quien desde muchos puntos de vista parece admirable. No es menos cierto que Mme. de Clèves pone la virtud a bien alto precio, puesto que ella no cree pagarla demasiado cara con la muerte de un marido y la desesperación de un amante. (yo tomo esta palabra en el sentido que tenía en el siglo XVII)".

„¿Qué pensáis vos?" he preguntado a una mujer cuyo espíritu superior y penetrante yo admiro. He aquí lo que ella ha querido responderme.

Y ahora viene el párrafo escrito por Mme. de Caillavet

que, a mi juicio, da una nota clara de la diferencia de densidad de pensamiento y agilidad de estilo:

“La Princesse de Clèves”, sin afectación, es una heroína del Hotel de Rambouillet. Es divina como Clelia y como Artemisa. Su belleza es sin igual y su alma sin debilidades. Pero Mme. de Clèves no es una heroína fingida; y los móviles que la hacen obrar se atienen a la realidad sin tomar nada a la ficción. Las inquietudes que la guían son muy humanas y sin ideales de ninguna especie. La discreción y la razón, que son virtudes temporales, dirigen su vida y regulan sus sentimientos. Y, más todavía que su prudencia, es la noción de su grandeza mundana la que la penetra y la ampara.

“Ella tiene, en el más alto grado, el culto de las apariencias, y su bella actitud de orgullo altanero le endulza puede ser muy bien penas secretas. Yo me figuro que a esta bella persona, de una psicología y, sobre todo, de una moral menos turbada que las nuestras, el mundo debía aparecérselo como un hermoso salón muy iluminado y que sólo se trataba de atravesarlo con dignidad y nobleza. Después de una reverencia majestuosa, uno se retira y todo había terminado. Es el triunfo de la etiqueta, de una etiqueta que puede llegar hasta el heroísmo, pues se necesita más valor a veces y más fortaleza de alma para sonreír en medio de una fiesta que sobre un campo de batalla”.

(Esto último de “sonreír en medio de una fiesta” y el “campo de batalla” les confieso que me da la impresión de estar inspirado en Ohnet).

Prosigo: “La Princesse de Clèves tiene esta clase de valor, lo tiene hasta el olvido, hasta la inmolación de sí misma; no tiene debilidad pero tampoco piedad. Deja desesperar y morir dos hombres de los cuales uno a lo menos es amado por ella. No tiene remordimientos puesto que ha permanecido irreprochable y nada ha descompuesto el bello conjunto de su conducta. Ella es una prueba del resultado de los sentimientos sociales muy firmes y de una regla de vida muy severa, sin nada superior a sus mismos principios. Ella es también un ejemplo, edificante quizás, pero desolador, de lo que pueden la moral y la virtud para la felicidad de los hombres. Frente a este alma leal y sin piedad, uno piensa en las otras, en las heroínas de amor que fueron débiles, que fueron culpables,

pero que fueron dulces. Y una se pregunta si bajo esta virtud altiva no ha habido un orgullo que la ha consolado del todo, hasta del mal que ella hizo”.

Aquí termina lo escrito por Mme. de Caillavet. No se les habrá escapado a Vds., supongo, los principios de moral social que había en la autora.

¿Qué pensó France de ésto? Veamos la prueba: en la nota sobre Mme. de Lafayette que años más tarde escribió en “La Vie littéraire”, France dejó por completo a un lado las opiniones de su amiga, con quien estaba en la mejor de las relaciones, y aprovechó algunas de las propias.

En esa nota decía, entre otras cosas: “Con la Princesse de Clèves, que apareció en 1678, Mme. de Lafayette entró armoniosamente en el concierto de los clásicos, después de Molière y La Fontaine, Boileau y Racine”. (32) Y ni una sola palabra del prefacio que no le pertenecía.

¿Qué le debe pues, principalmente, France a Mme. de Caillavet? ¿La notoriedad? ¿La Academia? ¿La gloria? Es posible que France, sin ella, hubiera llevado durante años una vida reposada y oscura para el público. “Yo he vivido años felices sin escribir—dijo France.—Llevaba una vida contemplativa y solitaria, de la cual el recuerdo me es aun infinitamente dulce”. (33)

Cabría echarse a pensar, suponiendo influencias que no han existido, si Mme. de Caillavet no desorientó a un France que iba por un camino aún desconocido.

No nos inquietemos. France fué siempre el mismo antes y después de conocerla.

En cuanto a Mme. de Caillavet su preocupación por la gloria literaria de France, que la enaltecía a ella, es fruto de su idiosincrasia más que de amor por el rico talento que le servía también de adorno los días de recibo, junto a la chimenea del Salón. Mme. de Caillavet tenía el furor del trabajo. Su misma nuera lo declara: “Siempre la idea del trabajo, del trabajo necesario, indispensable aparece en todas sus cartas. Esta obsesión la tuvo para todos aquellos por quienes ella se interesaba” (34) Y es desde este punto de vista que debemos juzgar opi-

(32) T. IV, p. 287.

(33) “La Vie littéraire”. T. II. p. 125.

(34) “Le salon de Mme. Armand de Caillavet”, p. 46.

niones como la de M. Hovelacque que sintetiza un sentir general: "Es a Mme. de Caillavet — escribe M. Hovelacque — que nosotros debemos el France de los grandes años. Ella lo ha revelado a él mismo. Ha hecho de ese perezoso un laborioso. A fuerza de insistencia infinitamente inteligente, le ha dado el hábito y casi el gusto de escribir. El se complacía amenudo en reconocer su deuda y decía: "Sin Mme. de Caillavet yo no hubiera hecho nada" (35)

Mme. de Caillavet no fué ni su maestra ni su inspiradora. Y casi sin equivocarme podría decir que el estímulo no se debía a su talento.

Mme. de Caillavet fué el pasante de Colegio de France. Disciplinó al indolente. Veamos como prueba de su temperamento una declaración de su hijo Gastón de Caillavet: "Mamá tiene el espíritu de un pasante de colegio; es necesario siempre que ella haga trabajar a alguno. Ahora es M. France" (36) Y las palabras entrecortadas que dirigió a su nuera, poco antes de morir, al entregarle un paquete sellado conteniendo numerosas cartas de France atestiguanlo también: "Simone! (la nieta) . . . si . . . yo hubiera podido también ocuparme de ella, hacerla trabajar . . . como los otros . . . pero yo soy demasiado vieja" . . . (37)

¡El trabajo; siempre la idea del trabajo! ¿Queda, pues, reducido a ésto su afán por Anatole France?

No. Sobre esta base natural Mme. de Caillavet trabajaba, a su modo, por la gloria de France. Fué una mujer ambiciosa. Ella misma lo ha declarado. No pretendo quitarle ni un solo gramo de nobleza a sus ambiciones. "Su gloria (la de France) — dice M. Hovelacque — era toda su ambición . . . Ella ha sacado de él tesoros que en su negligencia él mismo no se conocía, posiblemente". (38).

M. Hovelacque ha resumido, también, un sentir corriente: sin Mme. de Caillavet los tesoros que albergaba la inteligencia de France serían desconocidos. Y voy a hacer una última aclaración: su obra, tanto por su estilo como por su ri-

(35) M. Hovelacque. "Quelques souvenirs sur Anatole France", "Revue de France", Abril 1º de 1925.

(36) "Le salon de Mme. Arman! de Caillavet". p. 251.

(37) Ib. p. 261.

(38) "Revue de France". Ib.

queza, estaba del todo madura cuando conoció a Mme. de Caillavet. No era tampoco desconocida. Podría solamente decirse que Mme. de Caillavet aceleró su universalización. Sin ella, el estilista puro de "Le livre de mon ami" y fino pensador de "Le jardin d'Epicure" hubiera tardado algo más en dar al mundo la flor sin igual de su ironía.

VI — "LE LYS ROUGE"

El poder de la voluptuosidad

Al considerar hoy "Le lys rouge" debo retomar en parte el camino de las relaciones entre Anatole France y Leontine Arman de Caillavet.

Hemos visto cómo la pendiente natural de los respectivos distanciamientos domésticos acercó a ambos; cómo el interés de Mme. Arman de Caillavet por la obra de France estrechó estas relaciones, que la figura agradable de ella y de él su fino gusto por la mujer anudaron; cómo también, la supervivencia en France del niño mimado y perezoso lo llevaron a aceptar o a transigir con la disciplina impuesta por su compañera, que lo instaba en su trabajo, lo vigilaba, corregía sus pruebas, colaboraba a veces en aquella parte de su obra que no le interesaba mucho o que escapaba a experiencias mundanas determinadas que no poseía France. Creo, también que he puesto algo en claro algunas referencias que permiten afirmar que Mme. Arman de Caillavet no fué la Ninfa Egeria de Anatole France sino una útil y diligente secretaria, una compañera exigente y animosa, dotada de las cualidades naturales de la práctica y activísima raza judía; una imperiosa y culta empresaria de su gloria.

Gastón, el hijo único de Mme. de Caillavet, que acusaba a France de parásito y que consideraba que el trabajo y la gloria de éste tenían en la vida de su madre un lugar desmesurado, decía en una de sus cartas: "Mamá tiene el espíritu de un pasante de colegio; es necesario siempre que ella haga trabajar a alguno. Ahora es M. France". (1).

(1) J. M. Pouquet. "Le Sal6n de Mme. Arman de Caillavet. p. 251.

Quiero declarar que la secretaría de Mme. Arman de Caillavet fué de una naturaleza más exquisita que el de los tres que la precedieron ante France: Charles Maurras, Mlle. Cantel y J. J. Brousson, éste último el más conocido de todos. Brousson permaneció unos siete años al servicio de France, según aquél lo declara, lo que correspondería a los años comprendidos entre 1902 y 1909, fecha de la ruptura de ambos aquí, en Buenos Aires. France lo había empleado para que le ayudara en la búsqueda de datos y ordenación de los mismos para "La Vie de Jeanne d'Arc" que se publicó en 1908. No es extraño, pues, que publicado el libro los servicios de Brousson no le fuesen ya necesarios, apresurando la separación el desagrado que le causaban a France ciertas vigilancias y sospechadas comunicaciones a Francia, relativas a sus relaciones con Mme. Brindeau, una de las actrices de la Compañía Francesa que venía al Odeón en el mismo vapor en que France y Brousson viajaban; relaciones que amargaron los últimos años de Mme. Caillavet.

Conviene aclarar, de paso, que el despido de Brousson no fué en la forma cómico-dramática que refiere el ex-secretario. Lo atestiguan las declaraciones de Pierre Calmettes, que también lo acompañó en el viaje, y las de personas que los atendieron aquí, entre ellas un amigo mío, a quien France, la noche en que se embarcó para Montevideo, hizole un pedido especial para que se ocupara de Brousson.

En el libro de Pierre Calmettes "La grande pasión d'Anatole France", se desvirtúan otras aseveraciones de Brousson, lo que permite suponer que el aprovechado secretario en lugar de romper "la botella de ácido" que, según su declaración, (2) se llevó de la Argentina, guardó una buena porción en la cual fué mojando, con meditada frecuencia, su pluma incisiva, chispeante y ligera.

Decía que sería preciso retomar en algo el camino de las relaciones entre Mme. Arman de Caillavet y France porque en "Le lys rouge", del que hoy hablaré, la colaboración de ella ha sido evidente en cuanto al asunto general de la obra, el tema y la ordenación de diversos pasajes.

Ahora bien: para que Vdes. se den, aún, cuenta más

(2) J. J. Brousson. "Itinénaire de Paris a Buenos Ayres. p. 226.

clara de cuál era el espíritu que animaba a Mme. de Caillavet en su acercamiento estrecho a France, voy a leerles algo de lo que dice Jeanne Maurice Pouquet, su nuera; en su libro "Le salon de Madame Arman de Caillavet" (3).

"El éxito de ciertas novelas mundanas fastidiaba un poco a Mme. Arman, y ella había sufrido el desdén que elegantes de mundo habían manifestado en su salón a France". (¡Siempre sensible la piel en ella, como Vdes. ven, al más leve roce). Ella quería probar que él era capaz, también, de contar una bella historia de adulterio parisiense y que él no ignoraba absolutamente nada de los refinamientos de un medio que ella le había hecho conocer. Ella lo incita, lo hostiga, pero durante mucho tiempo él se defendía:

"Yo no sé nada de la gente de mundo. No he vivido jamás en la intimidad de esos fantoches; diría tonterías y los fantoches se burlarían de mí... Y tendrán razón! Pensad... Pensad..." "Y France levantaba los ojos al cielo como para tomarlo por testigo de lo absurdo de tal idea... Tenaz, Mme. Arman de Caillavet volvía constantemente a su proyecto. France eludía toda promesa. "Se verá", decía. Pero a fuerza de hablarle de la novela, ella terminó por obligarlo a pensar en ella". Un día, él accede:—"Si yo me decidiera a ello, sería necesario que me ayudaraís mucho".

"Ella le promete pintar el fondo del cuadro y darle todas las indicaciones que necesitara".

—"En fin, Señor: ¿no encontraréis en mi casa bastante gente de mundo para hallar allí todos los modelos que os serán necesarios?" (¡Cómo la preocupaba inmortalizar su salón!)

"Y Mme. Arman de Caillavet — agregó Pouquet — pasaba en revista todos aquellos o aquellas que podían componer siluetas divertidas o suministrar detalles picantes. Así, Mme. B., que los había fastidiado mucho el día que la llevaron al Museo del Louvre donde descubría sin cesar en las figuras de los viejos pintores la semejanza con personas de ella conocidas, fué condenada a ser puesta en la novela con ese ridículo. Es la Mme. Marmet de "Le Lys rouge".

Mme. Arman de Caillavet quería a todo trance que una

(3) P. 144, 145, 146, 147.

de las escenas principales de la novela transcurriera en la Opera. Ella no iba allí jamás y detestaba la música, pero encontraba la Opera un buen cuadro. Agregaba que los antepalcos eran muy cómodos para una declaración y reconocía a la música, como acompañamiento a las confesiones tiernas, un cierto adorno.

—¿No es eso, Señor? Se colocará en la Opera una escena muy amorosa o muy patética?

—¿En la Opera? Pero, Señora, yo no he puesto jamás allí los piés!

“Ella alzaba las espaldas, gesto que le era familiar, y replicaba:

—“Y la Tebaida, Señor, la habéis frecuentado mucho? Las escenas de “Thaïs” que allí se desarrollan pasan no obstante por ser bien logradas? . . . Y la casa de Daphne, en Corinto? La conocéis?”

Naturalmente, France no las conocía, pero había tenido el gusto personal de concebirlas e imaginarlas, lo que no le ocurría con “Le lys rouge”.

Mme. de Caillavet tuvo la idea de introducir en el grupo de los “Fantoques” un personaje de carácter pintoresco que hiciera con éstos un contraste violento. Esto seducía a France” porque estaba más en su espíritu ese personaje, ageno al círculo mundano donde tán bien se desenvolvía Mme. de Caillavet. Es el poeta Choulette, en quien muchos han supuesto ver retratado a Paul Verlaine. “El personaje que ha inspirado Choulette—dice Pouquet—era un viejo original, monárquico, católico militante y siempre perdido en sus sueños”.

“Se decide que la heroína de “Le lys rouge” se llamaría Thérèse Martín - Bellême que habitaría en París, en el hotel situado en el número 12 del muelle Billy. Esta hermosa Mansión, que es hoy la Embajada de Polonia, pertenecía a una tía de Mme. Caillavet. (Vemos, otra vez, el prurito de perpetuación que la asediaba).

“Resuelven ir a Florencia para situar allí una de las más bellas páginas de amor del idilio”, Madame de Caillavet estaba empeñadísima en que no faltara ningún detalle en esa novela que haría enmudecer a sus amistades. Lo que hoy se gastaría en propaganda, Mme. lo invertía en viajes.

Se van a Florencia: France, Mme. de Caillavet y el hijo de ésta con su esposa.

“En Italia, France decide que la novela se llamaría “La Terre des Morts”. Mme. de Caillavet no quería ese título. Durante el viaje, estaba atormentada por la idea de la novela y hablaba de ella a cada instante”. (France debía oírla como quien se entera de que llueve en un país desconocido). “En los bellos jardines, en las iglesias sombrías, en las grandes salas tristes de los palacios desiertos”, el talento espectacular de Mme. se avivaba y decía: “Será necesario que una de las escenas pase allí”. “Y como ésto se renovaba en todos los jardines y en todas las iglesias y en todos los palacios, France gruñía: “Novela mundana en diez volúmenes!”

“Mme. Arman tomaba incansablemente notas sobre pedazos de papel, llenando su cartera primero y después los bolsillos de France: “Sería una lástima perder esta idea o esta indicación”, decía ella.

En esta forma, “Le lys rouge” es, sin ninguna duda, la obra de France en que la colaboración de Mme. de Caillavet es más sensible: por su plan, la ordenación de elementos, el sabor de cosa mundana. Pero hay en esa novela algo que es puramente de France; es el fuego del amor en Dechartre, es la pasión que se conduce con toda la fuerza de una fatalidad, con todo el ardor de la sangre. Mme. Arman. de Caillavet, que ensalzaba a Hugo y adoraba a Chateaubriand, no da en ninguna de sus relaciones conocidas con France, ni siquiera en las numerosas cartas privadas que escribió a sus amigos y admiradores la más leve impresión de ser un temperamento sensual; ni de haber conocido el amor en la forma profunda y sombría de Dechartre y en la llana voluptuosidad de la Condesa Martín Bellême, en quien quiso verse retratada.

La parte mundana que hay en “Le lys rouge” es inspirada y dirigida por Mme. de Caillavet. Bien lo dice France a ella en una de sus cartas: “...Si tuviera ánimos, pues estoy muy fatigado, comenzaría hoy “La Terre des Morts”. He ocupado mi mañana en ordenar mis notas. Pero siento bien que hay en esa novela una parte mundana que sería incapaz de tratar...” (4)

(4) Ib. p. 160.

France comienza la novela y "algunos días después decía, descorazonado: "He hecho en tres días seis páginas de "La Terre des Morts". A este paso la novela será terminada en tres años". No obstante al principio del año siguiente apareció "Le lys rouge". La emoción fué grande entre los admiradores de France y los amigos de Mme. Arman" (5) No era, es verdad, aquella "Novela mundana en diez volúmenes", a que se refería burlescamente France, pero era, eso sí, la novela mundana que ansiaba Mme. de Caillavet para asentar el crédito literario de France según ella lo suponía. Lo que pueda sobrevivir de "Le lys rouge" con el curso de los años es fácil predecirlo: el sabor mundano se desvanecerá, quedando solamente aquellas páginas puramente de France en las que el amor se enciende e ilumina sin decoraciones.

Charles Maurras, que estaba reconocidísimo a Mme. de Caillavet por haberle conseguido un prefacio de France para su obra "Le Chemin de Paradis", le dice a ella en una carta poco después de la aparición de "Le lys rouge": "Yo no he leído en el mundo nada tan ardorosamente voluptuoso como la sexta parte, nada tan arrebatador, tan humano (después de Racine) como la última. La escena final es de una belleza acabada y esta belleza es viva!... No creo que se haya expresado antes de ahora con esta fuerza, esta verdad, este ardor, las lágrimas sagradas de la vida" (6)

"Ni France ni Mme. Arman de Caillavet — dice Jeanne Maurice Pouquet — no se daban cuenta del éxito inmenso de "Le lys rouge". Los envidiosos habían sabido hábilmente deslizarse dudas. Mme. Arman era sensible a la menor crítica sobre ese "bello libro", porque France había puesto en él mucho de ella misma. Observándola, escuchándola, France había diseñado el carácter de su heroína y fijado algunos trazos: una indiferencia altiva por los prejuicios y las convenciones, una profunda lealtad, un alma apasionada, bien que un poco secreta, una inteligencia atrevida y largamente abierta sobre el Universo". (7)

Las críticas a "Le lys rouge" afectaban más a Mme. de Caillavet que a France porque ella era la única que había pues-

(5) Ib. p. 160.

(6) Ib. p. 162.

(7) Ib. p. 162.

to mundanidad en la "novela mundana en diez volúmenes" y, por lo tanto, podía preocuparle el juicio de los envidiosos. France no se daba cuenta del "éxito inmenso" a que se refiere Pouquet, sencillamente porque no le interesaba, en oposición de lo que ocurría con Mme. de Caillavet. En cuanto al retrato de Mme. de Caillavet que se quiere ver en la Condesa Martin Bellême es preciso tener en cuenta que nos encontramos ante lo que se dice un retrato literario. Ciertamente, Mme. Arman de Caillavet era una mujer leal, de inteligencia abierta, indiferente para ciertas conveniencias sociales y en algo en ésto semejante a la Condesa Martin Bellême, con toda la diferencia de matices entre ambas y con todo el valor que los matices adquieren en cualesquiera de las obras de Anatole France. Pero la similitud que afirma Pouquet del "alma apasionada", no es tan verosímil: Mme. de Caillavet era una mujer franca, activa, generosa, pero no apasionada; para ello hubiera sido necesario un espíritu más simple, más tierno, menos imperioso. La Condesa Martin Bellême se dejaba penetrar más por esta corriente; — parece, por momentos, una forma dócil a los hábiles dedos de Anatole France. Y no me aventuraría demasiado si afirmara que cuando France tomaba de Mme. de Caillavet rasgos y palabras para dar consistencia a su heroína era el aliento de alguna de las mujeres de Racine el que agilizaba y entibiaba sus dedos.

Bastaría, además, conocer el talento calculador de Mme. de Caillavet, su sensación firme de que marchaba a paso mesurado por el mundo, sin ningún desfallecimiento grave y sin ensueños, para hallar el vivo contraste con la Condesa Martin Bellême de "Le lys rouge", débil, sensual, que no hubiese pedido nunca al escultor Dechartre que modelase, sino que la amara; y que jamás hubiese tenido la ocurrencia fastuosa de hacerlo nombrar miembro de ninguna Academia.

"Le lys rouge" fué publicado el 18 de Julio de 1894, cuatro meses antes de la aparición de "Le Jardin d'Epicure" y al año siguiente de publicada "La Rôtisserie de la Reine Pédauque" y "Les opinions de M. Jérôme Coignard".

Arrancando de la línea principal de la novela y siguiendo el curso de la misma, hallamos a la Condesa Martin Bellême, casada, más o menos como Mme. de Caillavet, con un hombre "frío, enfermizo, egoísta y cortés", consumido, empa-

livedido en los negocios y en la política, laborioso, ambicioso, mediocre. No amaba las mujeres sino por vanidad y jamás había amado la suya. La separación había sido franca, entera. Y desde entonces, extraño uno al otro, se agradecían tácitamente su libertad mútua, y ella hubiérale guardado amistad sino lo hubiese encontrado astuto, disimulado y demasiado sutil para obtener su firma cuando él tenía necesidad de dinero para empresas en las que ponía más ostentación que codicia. Fuera de ésto, ese hombre con el cual ella comía, conversaba todos los días, vivía, viajaba, no representaba nada ni tenía significación para ella". (8)

Estos tres cuartos de página de "Le lys rouge" resumen la vida conyugal de Mme. de Caillavet, la que quiso dejar con ellos una constancia para la posteridad de la superioridad de su espíritu con relación al de su marido.

La Condesa Martin Bellême, desvinculada de su esposo, cumple el rito consagrado por los siglos de inclinar su frente sobre el hombro firme que ha de sostenerla. Ella ama como hecho inevitable: primero a Robert Le Ménil, elegante, buen mozo, gran cazador, inculto, vacuo, para quien hay inmoralidades que le disgustan; — y que hace recordar no sólo al cazador Gassou, amigo de Mme. de Caillavet, sino al joven a quien ella quiso antes de casarse. Después, el amor de la Condesa Martin Bellême sigue otra pendiente más rápida, más encendida, más violenta: es el escultor Jacques Dechartre quien, en espíritu y en sangre, se comporta como la fatalidad. Dechartre es la corriente violenta de la pasión en cuya superficie Thérèse Martin Bellême es arrastrada, sin moverse ni a favor ni en contra de la corriente.

Esta concepción del amor, cuya originalidad France no se atribuye, sino que se limita a traducirla en imágenes, es el valor más firme de "Le lys rouge" y, posiblemente, el único tema que le interesa a France para escribirla. El 13 de Diciembre de 1891, dos años y medio antes de publicarse "Le lys rouge", y con anterioridad al antojo de Mme. de Caillavet de que France escribiera una novela mundana, él había desarrollado en un artículo aparecido en el diario parisiense "Le Temps" sus convicciones acerca de los celos de amor, donde está todo lo más jugoso que pueda dar "Le lys rouge". Ese ar-

(8) "Le lys rouge" p. 27.

título fué incluido en "Le Jardin d'Épicure". Vale la pena leerlo:

"Para el verdadero celoso — dice France — todo trae sombras, todo es objeto de inquietud. Una mujer lo traiciona solamente porque ella vive y respira. El teme esos trabajos de la vida interior, esos movimientos diversos de la carne y del alma que hacen de aquella mujer una criatura distinta de sí misma, independiente, instintiva, sospechosa y a veces inconcebible. El sufre de lo que ella exhala de sí misma como una bella planta, sin que ningún poder del amor pueda retener y tomar todo lo que derrama ella de perfume en el mundo en ese momento agitado que es la juventud y la vida. En el fondo, él no le reprocha nada, sino que "ella exista". Es ésto lo que él no sabría soportar en calma. Ella es, vive, es bella, sueña. ¡Qué motivo de mortal inquietud! El quiere toda esa carne. La quiere más y mejor de lo que permite la naturaleza. Totalmente".

Es éste todo el drama intenso que agita al escultor Dechartre en "Le lys rouge".

"La mujer — continúa France en "Le Jardin d'Épicure" — no tiene esta imaginación. Amenudo, lo que se toma en ella por celos es la rivalidad. Pero, en cuanto a esa tortura de los sentidos, a esa obsesión de las apariciones odiosas, a ese furor imbecil y lamentable, a esa rabia física, ella no la conoce casi. Su sentimiento, en este caso, es menos preciso que el nuestro. Una especie de imaginación no está muy desarrollada en ella, aún en el amor, y ni en el amor sensual: es la imaginación plástica, el sentido preciso de las figuras. Una ola inmensa envuelve sus impresiones y todas sus energías quedan tensas para la lucha. Celosa, ella combate con una obstinación, mezclada de violencia y de astucia, de la cual el hombre es incapaz. Ese mismo aguijón que nos desgarrar las entrañas la excita a la persecución. Desposeída, lucha por el imperio y por la dominación.

"Así los celos, que en el hombre son una debilidad, en la mujer son una fuerza y la empujan a empresas de las que saca menos disgusto que audacia.

"Ved la Hermione de Racine. Sus celos no se exhalan en sombrías humaredas; ella tiene poca imaginación; no hace de sus tormentos un poema lleno de imágenes crueles. No sue-

ña; y ¿qué son los celos sin el ensueño? ¿qué son los celos sin la obsesión y sin una especie de monomanía furiosa? Hermione no está celosa. Ella se ocupa de impedir un matrimonio. Lo quiere impedir a toda costa y recobrar un hombre, nada más.

“Y cuando ese hombre es matado por ella, para ella, se asombra; está sobre todo desengañada. Ya no es posible un matrimonio. Un hombre, en su lugar, hubiera exclamado: “¡Tanto mejor! ¡Esa mujer que yo amaba, ninguno la poseerá!”.

En “Le lys rouge” los celos del escultor Dechartre constituyen su valor pasional, que es su valor neto como novela. Como todo trabajo de France, está salpicado de observaciones agudas y rientes; otras, más firmes. Recordemos su juicio sobre Napoleón, que “en su puerilidad terrible y emocionante, creía que un hombre puede ser grande” (10) y que no fué humano porque no fué sensual (11). Y más adelante, en un diálogo entre Dechartre y la condesa:

—“Yo no pienso en una mujer que se cuida de adornarse cada día, sin meditar en la gran lección que ella da a los artistas. Se viste, se arregla para pocas horas y es el suyo un cuidado que no está perdido. Nosotros debemos, como ella, adornar la vida sin pensar en el porvenir. Pintar, esculpir, escribir para la posteridad no es más que la necedad del orgullo” (12).

Es Dechartre quien, en otro diálogo con la misma Condesa Martin - Bellème, desarrolla el mismo pensamiento de France expresado en el “Jardin d'Epicure”.

“No hay — dice Dechartre — en la sangre, en la carne de una mujer ese furor absurdo y generoso de posesión, ese viejo instinto del cual el hombre se ha hecho un derecho. El hombre es el Dios que quiere a su criatura toda entera. Desde siglos inmemoriales la mujer es un patrimonio. Es el pasado, el oscuro pasado que determina nuestras pasiones ¡Somos ya tan viejos cuando nacemos! Los celos no son para una mujer sino la herida del amor propio. En el hombre son una tortura profunda como el sufrimiento moral, continúa como el sufrimiento físico, ... Me preguntas ¿por qué? Porque, a pesar de mi

(10) p. 57.

(11) p. 63.

(12) p. 156.

sumisión y mis respetos, a despecho del temor que me produces, tu eres la materia y yo la idea, tú la cosa y yo el alma, tú la arcilla y yo el artista. ¡Oh! no te lamentes. Frentes al ánfora redondeada y ceñida de guirnaldas, ¿qué es el humilde y rudo alfarero? Ella es tranquila y bella. El es miserable. Se atormenta, quiere, sufre, pues querer es sufrir. Sí, estoy celoso. Sé bien lo que hay en mis celos. Cuando los examino, encuentro en ellos prejuicios hereditarios, un orgullo salvaje, una sensibilidad enfermiza, una mezcla de violencia animal y de debilidad cruel; una rebelión imbecil y malvada contra las leyes de la vida y del mundo". (13)

"Le lys rouge" termina después de un diálogo en el que la Condesa Martin - Bellème, ansiosa de ser amada, se desespera por la dureza y la frialdad de Dechartre, en quien los celos realizan una obra devastadora. Robert Le Ménil ha dicho casi al oído de la condesa, en aquel famoso ante-palco de la Opera que encantaba a Mme. de Caillavet, palabras imprudentes que Dechartre ha oído. Ha sido inútil que Thérèse Martin-Bellème se haya arrojado después a los pies de Dechartre; que haya repetido, en la más apasionada y bella de las músicas, que lo ama. Es inútil. Es en vano. Ella comprueba, con dolor, que uno se estrella contra otro pero que no se confunde.

Dechartre, desgarrado, sombrío, la deja ir. El es, sin ningún sabor de melodrama, una encarnación viva y pura del amante en quien las notas más importantes se escuchan: la pasión, la posesión, el frenesí, los celos.

La Condesa Thérèse Martín - Bellème, es la expresión nítida del amor femenino, "la sensación pura" de que hablaba France.

La novela, para France, no pudo tener otro sentido que el de exponer esos dos temperamentos. Sólo, hubiera desarrollado esta cuestión en seis o siete páginas, de un modo semejante a como lo hizo en "Le Jardin d'Epicure". Pero estaba a su lado el genio mundano de Mme. de Caillavet, que quería un libro para sus cuitas, para desarrollar su talento en la descripción de las toilettes, para demostrar su gusto en la elección de los cuadros, para aureolarse al final del libro con su altivo dolor, mientras el ciego Dechartre, a pesar de su desgarramiento, ofende un poco los naturales sentimientos de perdón y ter-

nura que hacen a los hombres un poco más humanos de lo que en realidad son.

Agradecemos a la naturaleza que France, Balzac y Mme. de Caillavet no hayan convivido en el mismo siglo. Porque ¿a dónde hubiera ido a parar la delicada, sutil y profunda obra de France, si a su "Ninfa Egeria" se le hubiera ocurrido hacerlo competir con el prodigioso autor de la "Comédie Humaine"?

Relacionando en la primer clase al France joven con Jean Servien repetía lo que aquél dijo el 5 de Mayo de 1913 en un artículo publicado en el periódico "L'homme libre" que dirigía Georges Clemenceau: "*El deseo ha conducido mi vida entera. Puedo decir que mi existencia no fué más que un largo deseo. Amo desear; del deseo amo las alegrías y los sufrimientos*".

A estas disposiciones de espíritu — dice Annette Antoinu — se agrega aún el amor profundo y conmovido de la belleza, amor estrechamente unido, por otra parte, a la voluptuosidad". (14) En Pierre Nozière France declara: "el amor a la belleza inspira mi vida entera, de la cual él fue el tormento y la alegría" . . . Y en "La Vie littéraire" completa este pensamiento diciendo: "No hay amor verdadero sin alguna voluptuosidad". (15)

Para considerar la voluptuosidad en France y el poder que ejerció sobre su pensamiento retomemos algunas de sus evocaciones, apenas franqueada su infancia.

"Era en el Colegio — dice France — el año en que estudiaba retórica, en invierno, un viernes durante el almuerzo de las once. Nunca me habían sido más penosamente sensibles las vulgaridades y las inelegancias de la vida: un nauseabundo olor de fritura tibia llenaba el refectorio; una corriente de aire frío endurecía los pies a través del calzado húmedo; los muros rezumaban y se veía, detrás de las rejas de las ventanas, una llovizna caer del cielo gris. Los alumnos, sentados a las mesas de un mármol negro y grasiento, producían con sus tenedores un ruido irritante, mientras que uno de nuestros camaradas,

(14) "Anatole France critique littéraire" p. 28.

(15) T. II. "Bibliophilie", p. 65.

sentado en un alta silla, en medio de la gran sala, leía, según la costumbre, un pasaje de la historia antigua de Rollin. Yo miraba, sin comer, mi plato mal enjuagado, mi vaso en el fondo del cual "la abundancia" había depositado algo así como madera podrida; después, seguía con la vista a los criados, que nos presentaban fuentes con pasas de ciruela cocidas, cuyo jugo les lavaba los pulgares. Todo me disgustaba. Entre el ruido de la vajilla, la voz del lector, por intervalos, llegaba a mis oídos. De pronto, oí el nombre de Cleopatra y algunos fragmentos de frases encantadoras: "Ella iba a comparecer ante Antonio en una edad en que las mujeres unen a la flor de su belleza toda la fuerza de su espíritu. . . Su figura, más poderosa que todos los adornos. . . Ella entra en el Cydnus. . . La popa de su navío brillante de oro, las velas de púrpura, los remos de plata". Después, los nombres acariciadores de "flautas, perfumes, nereidas y Amores". Entonces una visión deliciosa llenó mis ojos. La sangre batió mis sienes con los golpes que anuncian la presencia de la gloria o de la belleza. Caí en un profundo éxtasis. El prefecto de estudios, que era un hombre injurioso y feo, me arranca bruscamente del ensueño dándome una penitencia por no haberme levantado a la señal dada. Pero, a despecho del pedante, yo había visto a Cleopatra"! (16).

De esta naturaleza son las imágenes que más han conmovido el espíritu de Anatole France. Recordemos su otra evocación de "Le Petit Pierre" cuando por vez primera oyó hablar de la "Esther" y "Athalie" de Racine. "De pronto — dice France — yo vi delante de mi, en una vaguedad deliciosa, dos mujeres graciosas, vestidas como las imágenes, que se tenían por el talle y que se decían cosas que yo no entendía, pero que adivinaba conmovedoras y bonitas. El escritorio y el profesor, el pizarrón, los muros grises habían desaparecido. Las dos mujeres marchaban lentamente, entre triguales, por un estrecho sendero, florecido de acianos y amapolas, y sus nombres cantaban a mis oídos: Esther y Athalie".

Y también esta vez el profesor lo arranca de su ensueño, diciéndole:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(16) "La vie littéraire". T. IV. "Cléopâtre" p. 128, 129.

(17) p. 285, 286.

—“¿Dormís? Estáis en la luna. ¡Vamos! ¡Vamos! sed atento y escribid”. (17).

Debo hacer notar, como signo importante de la disposición natural del espíritu de France a la voluptuosidad, que en todas sus obras donde habla de los pensionados escolares, recalca el disgustante olor a fritura, que le produce náuseas. Lo dice en “Le Petit Pierre”, en “Le Cryme de Sylvestre Bonnard”, en “Jean Servien”. Las criaturas cuya naturaleza sensual ha de dar la flor preciada de la voluptuosidad tienen un delicado instinto de selección olfativa. Y hay en Jean Servien un breve pasaje que, hace ya casi veinte años, cuando lo leí por vez primera me llamó la atención más que todo el resto de la obra. Está en el segundo capítulo del libro, cuando Jean Servien, a los siete años, juega en un paseo, junto al banco donde su tía paterna lo vigila y teje.

“Un día — dice France — uno de los últimos hermosos días del otoño, Jean, de cuclillas, hundía en la arena fina y húmeda cortezas de plátanos... Entonces, se sintió aprisionado en algo dulce y perfumado. Era el vestido de una señora que pasaba y de la cual él no vió nada, sino que ella sonreía, apartándolo dulcemente”.

Jean le dice a su tía:

—¡Qué bien huele, la señora!

Su tía “murmura que las grandes damas no valen más que las otras y que ella se estimaba más, con su falda de merino, que todas esas remilgadas llenas de adornos. Y agrega:

—Buen nombre vale más que cintura dorada.

“Pero Jean Servien no comprendía ese lenguaje. Aquella seda perfumada que había rozado su mejilla, le deja el recuerdo dulce y vago de una caricia en una aparición”. (18)

Su obra “Jean Servien”, que en cierto modo debemos considerar inspirada en deseos que avivaron el espíritu de France, toca con frecuencia el tema de la voluptuosidad. Lo hallamos en el capítulo en que Jean está dedicado por completo al “catecismo, a los sermones y los cánticos que preceden a la primera comunión. Embriagado de los cantos del órgano, perfumado de incienso y de flores”. (19) Lo hallamos, también, cuando su condiscípulo Ewans le presenta a su mamá, ele-

(18) p. 11.

(19) p. 27.

gante, sonriente, bella, "envuelta en un perfume suave"; (20) cuando Jean, de vuelta a su casa después del paseo hecho con ambos, nota en su vivienda por vez primera "un olor a cola que le parece insoportable" (21). Lo hallamos cuando va por vez primera al teatro "con la confusa esperanza de entrar en un mundo de pasiones y de voluptuosidades" y "siente su alma suspensa sobre los labios de la trágica", a quien amará con "una pasión brillante que él cree profunda". (22) Cuando, leyendo a sus poetas, "su mente se llena de visiones", en "un desorden sublime en el que flotan Ofelia y Casandra, Margarita, Delia, Fedra, Manon y Virginia y, en medio de ellas, sombras sin nombre todavía, casi sin forma y no obstante seductoras". (23)

En Jean Servien es donde France define con claridad lo que más le seduce en la religión cristiana. Hablando del protagonista, dice: "Todo lo que en la religión da al amor la atracción de lo prohibido adquiriría para él un interés poderoso. Ateo, él amaba el Dios de Magdalena y gustaba la religión que ha dado a los amantes una voluptuosidad de mas: la *voluptuosidad de perderse*". (24).

"La voluptuosidad de perderse" es una definición cara a France que en distintos libros la ha incluido; y el pasaje leído nos dá un índice seguro para juzgar su parte de inclinación al cristianismo y su parte de repulsa.

Dice France en "La Vie littéraire" que cuando él tenía 15 años "leía "Marianna" (de Jules Sandeau), durante la clase, detrás de una pila de libros. Que el honesto Señor Cheron, mi profesor de retórica me lo perdone! — agrega — ... Alguien me ha advertido más tarde que "Marianna" es un libro que enseña al deber;; a los quince años él no me enseñaba sino el amor". (25)

También gusta de "La imitación de cristo", cuya paternidad se discute al canónigo Tomás de Kempis, porque piensa como Cherbuliez que ha sido "escrita por un hombre que había conocido el mundo y que había amado"; no explicándose sin ello pensamientos como éste: "No os apoyéis sobre una

(20) p. 36.

(21) p. 43.

(22) p. 49, 51, 54.

(23) n. 138.

(24) p. 124.

(25) T. I. "La réception de M. Léon Say". p. 21.

caña que el viento agita y no pongáis en ella vuestra confianza, pues toda carne es como la hierba, y su gloria pasa como la flor de los campos". (26)

La misma Thais, que renuncia los placeres del mundo, trueca su estado por otro en que ha de gustar la voluptuosidad nueva del éxtasis.

"Obligados a ser virtuosos — dice France de los Epicúreos — ellos dan a la virtud una figura que no espanta; la tornan humana y natural y en lo posible, agradable y aún voluptuosa". (27) Y Brousson, en su libro "Anatole France en Pantoufles" dice haber oído a France lo siguiente: "Sin sensualidad no hay sensibilidad ni alma. ¡Cuánto más voluptuosos somos, más inteligentes!" (28)

Hablando del juego dice France en "Le Jardin d'Epicure": no es una voluptuosidad mediocre la de tentar la suerte". "La atracción del peligro está en el fondo de todas las grandes pasiones. No hay voluptuosidad sin vértigo". (29).

Y en el mismo libro, hablando de los bibliófilos, vuelve al mismo tema: "El gusto por los libros es verdaderamente un gusto loable — dice. — Se ha ridiculizado a los bibliófilos y puede ser, después de todo, que se presten a la burla; es el caso de todos los enamorados. Pero es necesario más bien envidiarlos, puesto que han adornado su vida de una larga y tranquila voluptuosidad". (30)

En una de las conversaciones de France recogidas por su amigo Nicolás Ségur, el tema de la voluptuosidad adquiere un nuevo aspecto, enlazándose con el del dolor. "El secreto del universo es la voluptuosidad", dice France. "La voluptuosidad ha inventado las artes, creado las letras, producido todas las guerras, coronado todas las glorias. Se dice que los ejes de la vida son el hambre y el amor. Y bien: no! El hambre está allí para mantenernos y sostenernos [mientras buscamos el amor. Lo que no es sino un medio; la voluptuosidad sola es el fin. Pero no hallo suficiente el elogiar así la voluptuosidad. Lo que es necesario sobre todo hacer notar es su poder de em-

(26) "La vie littéraire". T. IV. "Notre Coeur", p. 18.

(27) Montaigne. "Extraits essentiels des grands moralistes et penseurs. Préface d'Anatole France" (Collection "Le Sphinx de Delphes". J. Povolozky et Cie., éditeurs, Paris, 1922.

(28) p. 74.

(29) p. 19, 23.

(30) p. 124, 125.

bellecer el mundo. . . “Un poco de voluptuosidad” dice el hombre exaltándose delante de la belleza; “un poco de voluptuosidad” cantan los pájaros en primavera. “Un poco de voluptuosidad” exhala la rosa expandiendo su perfume. Y apenas la rosa, el pájaro y el hombre obtienen ese poco de voluptuosidad, que ellos mueran enseguida”.

Y después de un momento, France le dice a Ségur:

—“Y bien: no, mi amigo: el *secreto del universo no es la voluptuosidad, es el dolor*. La voluptuosidad, en realidad, no es más que un subproducto. El dolor es la lamentable perla de la tierra. Nosotros fabricamos dolor sin cesar. Y es ésto nuestro infierno, nuestra miseria, pero también en alguna forma nuestra grandeza. Si el hombre construye, no es sino por el esfuerzo y las lágrimas. Feliz, el sería como si no existiera. Próspero, no avanzaría, casi. Toda criatura encuentra un pedestal sobre el cual puede elevarse un poco y ese pedestal se llama sufrimiento. Es por ésto que la religión cristiana, que ha encontrado la palabra mágica. “Bienaventurados aquellos que sufren”, ha conquistado de golpe todos los desventurados, quiero decir el mundo. En cuanto a la voluptuosidad, ella no es sino la más grande de las fuentes del dolor y ésto es ya bastante”. (31)

Su comprensión de lo que el dolor representa en el breve viaje del hombre por el mundo, su seguridad de que sólo sobre él puede afirmarse algo en este desierto de arena movediza es su punto de partida para inclinarse con respeto ante lo que el hombre, mediante cruentos sacrificios, eleva en este mundo para conquistar alguna grandeza. La suya no es una sumisión al dolor; es un respeto al dolor mismo. No encierra la pura contemplación, la muerte espiritual del hombre ante el misterio del Universo.

Ya tendré oportunidad de volver sobre ésto cuando haya de referirme en la última clase a la vida como acción en el pensamiento de France. Por ahora, y a fin de dirigir un poco estas referencias al tema de la voluptuosidad en France, quiero hacer las siguientes observaciones: Que si bien France no hizo de su concepto de la voluptuosidad una cuestión puramente de doctrina, no debemos considerar, como lo han querido los

(31) “Conversations avec Anatole France ou Les Mélancolies de l'intelligence”. p. 80, 81, 82, 83.

moralistas, que la voluptuosidad ha sido en él un puro apetito. No. La vida sexual de France, a pesar del sádico empeño de algunos de sus críticos, ha seguido una línea normal que miles de hombres (políticos, negociantes, banqueros) sobrepasan holgadamente. Pero France no ha hecho jamás alarde de castidad porque sentía que ella es uno de los más grandes pecados en esta vida donde la creación es todo.

Además, (y aquí está el punto capital del asunto) *la voluptuosidad es en él inseparable de su creación artística*. Un espíritu casto ¿hubiera creado páginas tan profundas como las de "Le Jardin d'Epicure" y "La vie littéraire", tan humanas como las de su "Histoire Contemporaine"; tan bellas y tan simples como las de "Abeille", "Le Petit Pierre" y "Le livre de mon ami"; tan cálidas y sugestivas como las de "Thaïs"?...

Intentar un aparte en la obra de France elogiando su estilo, su finura, su claridad, su armonía, y darle de palos a lo que dicen los moralistas su "moral" o su inmoralidad, es vana tarea. A France hay que tomarlo tal como él ha sido o no tomarlo. No es cuestión de elegir cristianamente entre sus libros, como se ha hecho con frecuencia hasta ahora: "Le Crime de Sylvestre Bonnard" para los espíritus recatados, y "Thaïs" o "La Rôtisserie de la Reine Pédauque" para los paladares libres. Falsas selecciones.

La *voluptuosidad* — repito — es en France inseparable de su creación artística. Es la médula, el calor, el alma de su insaciable deseo de perfección. ¿Acaso no está eso patente en su estilo? ¡Y qué humanidad, qué bondad, qué dulzura nacen de su temperamento voluptuoso! Voluptuoso, no concupiscente. La concupiscencia es una derivación de la voluptuosidad; es, digámoslo francamente, la voluptuosidad de los moralistas. ¿No se ha dicho, por ejemplo, que el famoso Felipe Trigo, que leíamos a escondidas, escribía sus novelas embargado por preocupaciones morales? Y ésto es lo que me hace desconfiar hoy de Felipe Trigo. ¡Desconfiemos de los moralistas! ¿Por qué? Ellos echan a perder con sus parábolas y sus hipocresías las sencillas morales que en todos los tiempos y en todos los países nacen de un respeto saludable; y son ellos también los que, inflamados de su vanidoso orgullo de tutela, impiden que estas buenas y sencillas morales desaparezcan pa-

ra dar paso a otras, como las humildes y bonitas flores con que adornamos todas las primaveras nuestro modesto jardín.

La voluptuosidad hizo de France un ser bueno, soñador, humano. Robespierre, que creía en la virtud, hizo el terror. No es éste el momento de decidir si vale más para el hombre un libro como "Les dieux ont soif" o una obra anegada de pureza feroz como la del Incorruptible. La distancia es enorme y no puede salvarse de un solo paso. Dejo a Vds. un poco del peso en la reflexión de este problema que no sé si se agotaría con los siglos.

Indicaciones al margen de un Curso sobre el problema de los valores en la filosofía contemporánea

Por FRANCISCO ROMERO

El objeto de estas anotaciones es facilitar el estudio del problema de los valores a las personas a quienes interese el asunto; se dirigen, ante todo, a los asistentes al curso que he comenzado en el Colegio Libre el día 16 de mayo, y suponen en cierto modo el conocimiento de lo que he dicho y seguiré diciendo en esas lecciones. Como la bibliografía no alemana sobre el tema es escasa (1) — en cambio la alemana es copiosísima —, confío en que las referencias consignadas aquí serán de utilidad para cualquier estudioso de filosofía a quien preocupe la cuestión axiológica.

El problema de los valores, como problema difuso e incorporado a cuestiones filosóficas afines, tiene larga existencia; como problema expreso, más aún, como conciencia clara de cierto orden especial de cuestiones, es de origen reciente. No existe todavía una historia del problema de los valores, pero ya está anunciada una, en alemán: OSKAR KRAUS, *Geschichte der Wertphilosophie*, que saldrá en la excelente colección de historia de la filosofía por disciplinas titulada *Geschichte der*

(1) Me refiero a la fácilmente accesible y utilizable para un conocimiento de conjunto.

Philosophie in Längsschnitten (Junker und Dünnhaupt, Berlin). A Kraus, profesor de filosofía en la universidad de Praga, se lo cuenta entre los discípulos más directos de Brentano; ha publicado varios trabajos sobre el problema axiológico, entre ellos una especie de anticipo de la *Historia* que ahora promete: su extenso estudio sobre *Los Fundamentos de la Teoría de los Valores* (*Die Grundlagen der Werttheorie*, en el vol. II de los *Jahrbücher der Philosophie*, 1914), donde pasa sumariamente en revista casi toda la bibliografía publicada hasta entonces que de algún modo toca al valor.

La tarea, indispensable como supuesto para cualquier trabajo serio, de establecer la bibliografía *total* del problema, ha sido acometida por Johs. Erich Heyde en la revista de bibliografía filosófica *Literarische Berichte aus dem Gebiete der Philosophie*. En la entrega 15|16 registra 322 títulos alemanes, continuando la lista en la entrega 17/18 hasta llegar al número 661 (hasta julio de 1927); a esta cantidad hay que agregar unos doscientos títulos más consignados en las entregas 21/22 y 25, de manera que haciendo el lugar debido a las posibles omisiones y teniendo en cuenta los libros y artículos aparecidos después de la última lista de Heyde, no resulta arriesgado suponer que la bibliografía en alemán sobre el valor *supera ahora el millar de títulos*.

La bibliografía en otras lenguas es, naturalmente, mucho menos abundante; el mismo Heyde, en la revista citada antes, ha registrado 423 publicaciones en distintos idiomas (*Lit. Berichte*,... Heft 19/20, año 1929).

El planteo riguroso y preciso del problema de los valores en nuestro tiempo responde sin duda a un complejo de circunstancias, en cuyo análisis no es posible entrar ahora. Entre ellas, es fácil discernir *tres* que contribuyen poderosamente a destacar la cuestión y situarla en el primer plano del interés filosófico. Las enumero sin atender a su orden cronológico ni a su importancia relativa, en la sucesión que me resulta más cómoda para los propósitos de estas anotaciones.

A) *La discusión sobre la naturaleza del valor en el terreno de la economía política.* — La polémica entre puntos de vista inconciliables descubrió que había un problema psicológico más allá del meramente económico, y al mismo tiempo, un problema general del valor más allá del problema especial

del valor en la economía. (Ver ORESTANO, *I Valori umani*, Bocca, Torino 1907, pp. 21-27).

B) *La crisis presente de la civilización occidental*, que pone en duda la validez o la preeminencia de algunos de los valores tradicionales (quizá sería más justo hablar aquí de "bienes" que de "valores"). En este tormentoso proceso de revisión, que sucede a un prolongado dogmatismo de los llamados valores de cultura, el conflicto más grave es la colisión entre valores vitales y valores culturales. Los llamados valores vitales, subordinados incondicionalmente—de derecho, si no siempre de hecho — hasta comienzos de nuestro siglo a los de cultura, exigen ahora una justificación y dignidad teóricas paralelas a las que han sabido procurarse en las esferas prácticas de la vida contemporánea. A veces parece que nos hallamos ante una dualidad última e irreductible, ante una especie de *aporía* de valores, más dramática que las que nos ofrece, por ejemplo, el problema del conocimiento, porque aquí los términos enemigos no se limitan a mirarse hoscamente desde su puesto respectivo, sino que pelean entre sí sin término. Pero al mismo tiempo que pelean, se suponen mutuamente y no pueden subsistir los unos sin los otros. Cada uno de estos dos órdenes de valores puede decir al otro las razones del enamorado de la *copla popular*:

Ni contigo ni sin ti
Tienen mis penas remedio...

Precursor y profeta (y hasta un poco mártir) del auge actual de los valores vitales, fué Federico Nietzsche, cuya compleja posición filosófica suele ser tan mal entendida por sus habituales lectores juveniles, que identifican su profunda rebeldía con el transitorio inconformismo de los dieciocho años. Una discusión a fondo — cada día más urgente — del problema de Nietzsche, exige una previa tarea de poda y simplificación en sus escritos, apartando lo que es desarrollo poético y afirmación arbitraria — por el estilo de lo que ya ha realizado BAEUMLER, *Nietzsches Philosophie in Selbstzeugnissen* (Reclam). Removedor poderoso de la cuestión axiológica, Nietzsche es un filósofo de la cultura más bien que un filósofo del valor, porque no se ha planteado propiamente

las interrogaciones primeras de toda teoría de los valores, que han de encaminarse a averiguar el ser de los valores y los modos de su conocimiento.

Importa distinguir en Nietzsche lo que es crítica de valores y lo que es crítica de la civilización occidental, y dentro de esta última, la crítica puramente psicológica, acaso la más eficaz en él, la más certera y aguda. Actualmente, con un reducido grupo de estudiantes que son también estudiosos de filosofía, intento, en un seminario en la Facultad de Humanidades de La Plata, un examen detenido de Nietzsche — del problema de Nietzsche y del problema Nietzsche —, discutiendo especialmente su posición en la cuestión general del valor, para lo cual articularé este curso de seminario con otro expositivo sobre la filosofía de los valores, desarrollado con más extensión e intensidad del que expongo en el Colegio Libre. Contra el claro entendimiento del problema teórico que Nietzsche se pone, conspiran, en primer término, la parte del poeta y del reformador en sus propios escritos, y en segundo lugar, el entusiasmo no siempre discreto con que sus expositores y críticos adhieren a sus afirmaciones, sin poner el cuidado debido en descubrir y mantener las contradicciones dolorosas pero inevitables latentes bajo ellas. (Ver sobre Nietzsche: ANDLER, *Nietzsche, sa Vie et sa Pensée* (Alcan); SIMMEL, *Schopenhauer y Nietzsche* (Beltrán, Madrid); PFAENDER, *Nietzsche* (Los Grandes Pensadores, Rev. de Occ.); RIEHL, *Nietzsche* (I Grandi Pensatori, Sandron); ORESTANO, *Le Idee fondamentali di F. N.*; MAX SCHELER, *El Resentimiento en la Moral*. — Sobre el asunto general de este apartado, valiosas indicaciones en muchos de los escritos de ORTEGA Y GASSET, y vastos análisis e interpretaciones en sus dos libros fundamentales, *El Tema de Nuestro Tiempo* y *La Rebelión de las Masas*).

C) *La propia marcha del pensamiento filosófico*, que sucesivamente se va planteando nuevos problemas; que después de reconocer (si no resolver) ciertas cuestiones, pasa a otras cuya consideración exigía, como requisito previo, el examen de problemas más inmediatos o menos complejos. Ortega y Gasset tiene a este respecto observaciones finísimas en su artículo *¿Qué son los Valores?* (*Revista de Occidente*, N° 4, oc-

tubre 1923) -, que debe tener constantemente presente quien se inicie en este tema.

En la discusión sobre los valores, discernimos *dos líneas* principales. A una de ellas la llamaremos *problemática*, por el sentido plenamente inquisitivo, por el rigor con que encara la investigación sobre la naturaleza y demás problemas del valor. Es la que, partiendo de Brentano, sigue por Meinong y Ehrenfels y llega hasta Max Scheler. A la otra la denominaremos *sistemática*, porque en ella prepondera la voluntad de sistema sobre el afán de reconocer y determinar ante todo los datos: vemos su más típico representante en Rickert. Son, respectivamente, ejemplo de dos maneras distintas y aun opuestas de filosofía: del novísimo pensamiento filosófico como *investigación*, y del pensamiento filosófico clásico como *construcción*. La dirección que llamamos *problemática* es, con mucho, la más considerable, la que significa la laboriosa adquisición de cosas nuevas en el campo filosófico.

Es curioso que ambas direcciones puedan reivindicar como antecedente a Lotze. En un pasaje de su *Mikrokosmos* (1856 al 64; hay trad. italiana), establece Lotze que el sentimiento es el órgano mediante el cual se captan los valores de las cosas. Es así uno de los precursores de Brentano, cuyo breve trabajo sobre *El Origen del Conocimiento moral* (1889) hace época en la investigación del asunto; sostiene Brentano no sólo que el sentimiento capta el valor ético, sino que posee un criterio propio de validez objetiva semejante al de la razón en el juicio. Después de Brentano, Meinong y Ehrenfels investigan y discuten la naturaleza del valor (Ver ORESTANO, *I Valori umani*, pp. 28 a 86, y ORTEGA. *¿Qué son los Valores?*) indicando el primero como fuente del valor la emotividad del sujeto, y el segundo la voluntad, pero ambos desconociendo el momento de objetividad descubierto por Brentano, que hará valer de nuevo Max Scheler en su famoso libro: *El Formalismo en la Etica* (1913). (Para una primera aproximación a Scheler, lo más a mano es GURVITCH, *Las Tendencias actuales de la Filosofía alemana*, pp. 93 a 212).

La dirección que he llamado *sistemática* reconoce también en Lotze uno de sus orígenes, no ya por su *Mikrokosmos*, sino por su *Lógica* (1874), donde hace amplio uso de la noción de valer tomada como criterio de verdad inmanente en lo ló-

gico. Windelband ha hecho suyo este punto de vista. Véase, entre lo más accesible, su estudio *I Principii della Logica* (*Enciclopedia delle Scienze Filosofiche, Logica*, Sandron). Instructiva también la Parte VII (*La Filosofia del secolo XIX*) de su manual de historia de la filosofía (*Storia della Filosofia*, Sandron). De Rickert lo único traducido es *Ciencia cultural y Ciencia natural* (*Biblioteca de Ideas del Siglo XX*, Calpe), donde, si bien no se investigan los valores en sí mismos, se los emplea para distinguir lo cultural de lo natural.

Quien lea alemán podrá orientarse fácilmente en el problema acudiendo a la bibliografía en ese idioma a que he hecho referencia al pasar, y a algunos otros trabajos apropiados por su índole para una primera información, como el de nuestro compañero el Dr. Luis Juan Guerrero, *Die Entstehung einer allgemeinen Wertlehre in der Philosophie der Gegenwart* (Marburg 1927); el claro libro de Messer, *Deutsche Wertphilosophie der Gegenwart* (Leipzig 1926), o el trabajo más breve del mismo autor, *Wertphilosophie der Gegenwart*, en la serie *Philosophische Forschungsberichte*, colección de la que va saliendo traducción española.

La importancia del concepto de valor para la noción de progreso la considera Morente en sus *Ensayos sobre el Progreso*, aparecidos en *Revista de Occidente*, números de enero, febrero y marzo de este año.

Introducción Filosófica a los Estudios Pedagógicos

Por JUAN MANTOVANI

VI

MECANICISMO Y ESPIRITUALISMO EN EL CAMPO PEDAGOGICO

Diversas concepciones del hombre.

Las corrientes filosóficas forjan, entre otros conceptos, una doctrina en torno del hombre, es decir un pensamiento alrededor de lo humano. Esta doctrina constituye la base esencial para una teoría de la educación; y finalmente, de esta teoría nace la estructuración pedagógica.

Hemos asistido a distintas teorías de la educación y estructuraciones pedagógicas, porque se ha pensado al hombre de modo muy diverso a través de distintas épocas históricas. Cada modo de concebirlo ha sido expresión de una cultura dada.

Hoy asistimos a un debate en torno de la significación del hombre. Estamos en una hora de crisis respecto de este problema sobre la naturaleza y esencia del fondo humano. Se verá

extensamente, más adelante, los esfuerzos que se realizan para estructurar una nueva disciplina — la *antropología filosófica* (1) destinada a servir de introducción a todas las disciplinas que estudian al hombre. Se explica, claramente, que la crisis repercute en el orden educativo-pedagógico.

La cultura y el hombre.

Para entender los cambios históricos en la cultura y alrededor de ella, es indispensable penetrar previamente, en la intimidad humana que forjó esa cultura. Hay que descender hasta el fondo misterioso del alma para explicar los movimientos y las formas externas que aparecen en la superficie histórica. Cambian los productos del hombre porque cambia el hombre. La humanidad no vive detenida. Es inquieta y activa. Su destino es ir modelando nuevos mundos espiritualmente. Se ha dicho con razón que la humanidad es infiel a sí misma.

Pero esos cambios en la estructura humana no se producen bruscamente, esporádicamente. Para manifestarse e imponerse es necesario que el hombre lleve en sí una natural predisposición y que lo envuelva un clima espiritual favorable. Ortega y Gasset afirma que las masas ingentes de hombres no adoptan una idea, no vibran con un peculiar sentimiento, simplemente porque se los predique. Es menester, agrega, que esa idea y ese sentimiento se hallen en ellos preformados, nativos, prestos.

Nada haríamos, por ejemplo, con predicar en esta hora — a modo de reacción contra la concepción humana que forjó el siglo pasado — un tipo de hombre antimecánico, ni otro estrictamente espiritual. Uno que reúna en unidad lo vital y espiritual, como valores inseparables, encontrará un ambiente propicio, histórico, social, político, que favorezcan y determinen el nuevo tipo humano.

En consecuencia, los cambios históricos suponen el nacimiento de un tipo de hombre distinto del que ya existía. Nada importante ocurrirá en el mundo si no cambia el tipo humano. Véase como estas razones han concedido *al problema de las generaciones* una importancia capital. Se las ha examinado y

(1) Véase clase VII sobre: "La antropología filosófica y sus aportes al problema de la educación".

se ha encontrado en ellas una realidad auténtica, con límites y sentido propios. Toda generación camina hacia su propio término. Piensa de un modo original sus problemas y da expresiones inconfundibles a sus creaciones. Aunque parezca paradójico cada generación se dirige a su término, a su negación, a su muerte.

La generación que nace es ordinariamente opositora de la que muere. Ello explica la desinteligencia entre dos generaciones. Rara vez una generación naciente es justa con la que le antecede. Por imperativo biológico, cada generación es negadora de la anterior, porque en esa negación está su propia afirmación.

El valor de una existencia individual o de una generación está en su originalidad. Y ella sólo se alcanza cuando la reacción y la protesta contra aquello de donde se viene es enérgica y resuelta. En la destrucción de lo viejo suele estar el germen de lo nuevo.

Respecto de lo humano imperó hasta hace poco tiempo una concepción humana ya realizada que ha cumplido una larga trayectoria; más tarde otra posición, opuesta, que apenas tuvo esbozo en el pensamiento de grandes filósofos, y finalmente una concepción plenaria que predicen las más salientes direcciones de nuestra época. El hombre mecanizado, el hombre espiritual, y el hombre pleno (vida y espíritu) está caracterizando el esquema del programa de este curso en sus puntos finales. Allí se tratan tres tipos de concepciones humanas: *la concepción mecanicista*, que caracteriza a todo el movimiento racionalista, y naturalista que va del Renacimiento hasta Kant, y que luego se vigoriza en la segunda mitad del siglo pasado. *La concepción espiritualista* que caracteriza a todo el movimiento idealista, tendencia que influye en el campo teórico, pero que llega a traducirse muy poco en formas concretas. Y finalmente, la concepción total o plena del hombre, que impregna el pensamiento de nuestros días.

En las dos primeras tendencias hay dos formas de unilateralidad humana; en el último, que es aquel en quien se piensa más hoy, es expresión de totalidad. Alrededor de este último giran tres términos que antes pugnaban por predominar o excluirse: *vida, espíritu, existencia*. Ni la vida, lo vital, solamente

puede representar el fondo humano, ni únicamente el espíritu puede ser considerado como tal.

En la conciliación de la vida y el espíritu hallamos la *existencia humana* que se ha convertido en el tema central de las preocupaciones filosóficas de nuestra época.

La existencia es unidad formada por vida y espíritu. Realiza de este modo una concepción más plena y total del hombre que la que caracterizó el espíritu ochocentista o el posterior.

Concepción mecanicista del hombre y del mundo

Ha sido definido el espíritu ochocentista como la actitud mental del hombre de occidente que corre del Renacimiento hasta nuestros días. Ese hombre tuvo una ley: la razón. El racionalismo es su gran fuerza, su sostén. Fué todopoderoso. Desde Descartes a Kant redujo todo a esquema racional. El dato directo sobre los seres resultaba menos valioso que los productos tejidos por los esfuerzos racionales. La ciencia y la filosofía se convierten en fórmulas abstractas sobre el mundo, en esquema racionales sobre la realidad.

El esquema más perfecto de la realidad era dado por la *mecánica racional*. Ella se convierte en la llave para abarcar la realidad. Veamos lo que aconteció en el siglo pasado.

En un extenso comentario alrededor de un libro de Joel encuentro definiciones y aspectos muy interesantes sobre el siglo XIX. Hay en él un predominio de una especial dirección espiritual. Es al mismo tiempo el *siglo de la historia* y el *siglo de las ciencias naturales*. Encierra las más opuestas tendencias: romántico y técnico, creyente e incrédulo, idealista y realista.

Algo de común une estas opuestas orientaciones. Tienden a la *universalidad*, al eclecticismo, a la unión sintética de los opuestos, a la síntesis. A primera vista parece absurdo frente al *especialismo*. Pero este no lo desmiente. El especialismo opera bajo el influjo de grandes sistemáticos y con la conciencia de aportar elementos para las futuras construcciones unitarias. Los campos circunscriptos de los especialistas representan una apariencia. La realidad es lo general, lo universal. Lo

particular interesa como parte subordinada, no como último fin.

Esto ha conducido en lo que se ha dado en llamar el *universalismo ochocentista*. En todas las actividades, ciencia, política, religión, preponderan las fuerzas unificadoras, conciliadoras. Organización y evolución fueron las dos leyes que presidieron el siglo XIX. Vivió este siglo un gran esfuerzo de unificación: a) *Organización*: la unidad en la diversidad simultánea. b) *Evolución*: la unidad en la diversidad a través del tiempo.

Resulta fácil de comprender el proceso de universalismo que distingue, a este siglo:

a) Subordinando lo particular a lo general. (Camino: la inducción. Resultado: la ciencia). La ciencia es genérica; es el tránsito de lo particular a lo universal. Se realiza por una eliminación de elementos y factores individuales.

b) Reduciendo lo fundamentalmente diverso (lo cualitativo) a mera diferencia de grado, es decir a algo cuantitativo. El siglo XIX se aplicó con fervoroso entusiasmo a la tarea de la *cuantificación*. No hay ciencia sino de lo mensurable, decía Le Dantec. El ideal del siglo fué encerrar el universo en una fórmula matemática. Pero el universo no es susceptible de unificación sólo mediante leyes y números. Requiere un encadenamiento causal de los hechos.

c) Entronizando la *causalidad* como instrumento de explicación. El tránsito de lo contingente a lo causal es indispensable en la elaboración de la ciencia. Prima, desde entonces, el causalismo. De unas causas determinadas resultan inexcusablemente determinados efectos. Por imperio del principio de causalidad hemos asistido al predominio de la *mecánica*.

La excepción a esta regla del siglo XIX está dada por la Historia. El siglo XIX descubre el valor de la Historia como conocimiento del peculiarismo y la particularidad. Quiebra aquel universalismo que todo lo domina. Pero, no fué sino la excepción.

¿Cómo se realiza este proceso de universalismo? A cada instancia, grado o aspecto de la realidad se lo explica haciéndolo entrar en otro. Ejemplo:

- a) Se concebía el *espíritu*, ante todo, *psicológicamente*.
- b) Se concebía el *alma*, ante todo, *antropológicamente*.

- c) Se concebía al *hombre*, ante todo, *biológicamente*.
- d) Se concebía la *vida*, ante todo, *mecánicamente*.

Se concluía en una abstracción. En un esquema vacío, cerrado. En una fórmula absoluta del mundo. En una expresión matemática.

El mecanicismo nace del imperio del principio de causalidad. Nos lleva al determinismo físico y moral. Es decir, a explicar el mundo natural y el mundo moral por un encadenamiento general, indestructible, e incommovible. El Universo queda reducido a fenómeno necesario. Resulta inconcebible la contingencia. Se convierte el universo en una enorme máquina. Para algunos esta interpretación mecanicista se extiende sólo al mundo cósmico, pero escapa a la naturaleza humana. Otros, deterministas absolutos, incorporan también al hombre, como si fuera una realidad inerte sometida a las leyes del mecanicismo universal. El hombre se convierte así, en cosa, en esclavo de las leyes naturales, sin libertad ni fuerzas espontáneas. La voluntad es una ilusión. No existe. El hombre, así visto, no es más que una rueda de esa compleja máquina universal. Maudsley decía: "El hombre no es una máquina peor sin la conciencia que con ella". Recuerda esto el determinismo de Spinoza cuando aseveraba que el hombre, en cuanto al poder de su libertad, es comparable a la piedra arrojada por una honda. Sigue la trayectoria imprimida por una causa extraña a sí.

Mucho tiempo fué así, mecánicamente concebido el hombre. Fueron consecuencias de esta concepción: a) extender la determinación física al sujeto, arrebatándole los fueros de la personalidad. b) sustituir la autonomía por el automatismo. c) imposibilidad de construir una ética sobre esta base.

El hombre se abandona al juego de las causas que operan sobre él. Una grave consecuencia sobresale: no es posible establecer distinción entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso.

D'Holbach, primero, en su "Sistema de la naturaleza", Büchner en "Fuerza y materia", Haeckel en "Los enigmas del universo", Moleschott en "La circulación de la vida", Le Dantec en "La lucha universal" y otras obras y autores, reducen el universo a un conjunto de fuerzas ciegas que se desenvuelven y combinan según leyes matemáticas. Cresson, al co-

mentar, esta posición materialista, dice: "Ninguna inteligencia, ninguna voluntad, han contribuído a crear la naturaleza y a regularla. Existe por sí misma sin que nada la dirija. Los mundos se han formado automáticamente por consecuencia del enfriamiento de nebulosas primitivas. Los planetas se arrugan porque se desecan. Sus arrugas determinan la formación de los ríos y de los mares. La vida aparece por una generación espontánea cuyas leyes conoceremos algún día. Ella evoluciona bajo la presión del medio en que se encuentra y sigue la ley de persistencia de los más aptos. El espíritu es una función de la vida cerebral; no es más que un simple instrumento de la vida y con ella evoluciona El universo no es más que una fuerza que marcha sin saber adónde y sin saber para qué".

Las consecuencias de esta posición son penosas para el hombre: "Primeramente — agrega — nuestro yo sólo es un accidente efímero aparecido por azar en un universo en el cual no es más que una cosa pasajera. Tengo la impresión de que pienso, y es el universo el que piensa a través del cerebro de lo que llamo yo. Tengo la impresión de que obro, pero cada uno de mis actos se explica, en último análisis, por las influencias hereditarias que he recibido y el medio en que vivo, y por tanto, es también el universo quien obra a través de lo que llamo yo. No hay ya nada de mérito ni de demérito. Ser justo y bueno, injusto o malo, es haber tenido la suerte o la desgracia de nacer con buenas o malas influencias hereditarias en un ambiente bueno o malo. Virtud o vicio, genio o torpeza, grandeza o bajeza de alma, con productos del determinismo"

Así mecánicamente interpretado el mundo, la vida, el hombre, caen bajo la égida de una ley fatal y forzosa. Las cosas y los hechos son porque deben ser. Se elude toda situación hipotética o problemática. No está dentro de esta concepción el *puede ser*. Nada brota del poder propio del hombre. El no es activo ni es libre. Carece de iniciativa. Es pasivo, juguete de fuerzas que él no dirige. Pero el mecanismo ochocentista resulta impotente para afrontar muchos problemas. Por eso, se puede decir, que trabajó por su misma negación al interpretar el mundo humano, sus hechos y sus expresiones, no como resultante de una actividad específica del hombre — la actividad espiritual — si no descubriendo en las leyes psíquicas un mecanismo análogo al del mundo físico. En psicología

se hizo una *física del alma* mediante el estudio de elementos abstractos y simples, verdaderos átomos psíquicos, enlazados entre sí por la ley de asociación, del mismo modo que los átomos corpóreos están regidos por la ley de la gravitación. Este atomismo asociacionista intentaba conocer la vida espiritual, no en su misma realidad, sino mediante análisis y síntesis artificiales. Fué ella una psicología explicativa orientada según los métodos de las ciencias naturales. El psicólogo alemán William Stern, sostiene frente a la posición mecanicista que la conciencia no puede ser sacrificada por este punto de vista. "Si el mecanismo — dice — no es capaz de explicar la conciencia ha probado su insuficiencia como concepción filosófica".

Afortunadamente se ha iniciado ya un proceso de superación contra el hombre ochocencista, contra el mecanicismo. Es decir, se ha iniciado un proceso general de liberación. Se intenta arrancar al hombre de su tradicional sometimiento. Se quieren romper los lazos que le impiden ser libre; se quiere afirmar el valor de la personalidad. Este movimiento de liberación es amplio. Abarca varios aspectos:

a) *Liberación de la naturaleza.* Se manifiesta como una lucha contra el mecanicismo.

b) *Liberación de la vida.* Adquiere extraordinaria significación lo *irracional*. La vida se resiste a ser interpretada por el procedimiento de las reducciones. De sus mallas suele escapar lo más esencial, quedando sólo un esquema abstracto, vacío, absoluto.

c) *Liberación del hombre.* El mecanicismo naturalista había inscripto al hombre en la serie animal, sometido a las leyes evolucionistas. No pertenecía sino a la naturaleza. Ahora, se lo incorpora a la cultura. El siglo XIX, el espíritu ochocentista, había ceñido el hombre a todo género de ligaduras, cósmicas, geográficas, etnográficas, sociales, económicas. Desaparecía, en rigor, el hombre. Se lo desindividualizaba y se exaltaban las masas, las razas, las clases. Comte afirmaba que el hombre es una abstracción. Sólo es real la humanidad. Por esto, su concepción pedagógica se reduce a sostener que el individuo debía conformar su educación al desarrollo efectivo de la colectividad en la cual participa. Es una forma de educación que renuncia a destacar los valores humanos individuales, y en

cambio adopta como término de su desarrollo la media de los valores sociales existentes en un determinado momento histórico. Así fué como en esa época, el reinado del monismo naturalista, se estudiaba al hombre exclusivamente dentro de las ciencias naturales. Se lo veía como un ser de la naturaleza. Sus exigencias materiales, que llevan a la actividad económica, se consideraban esenciales. El factor económico, era la fuerza central. Daba norma a toda la cultura de esa época la situación económica y las condiciones materiales.

El siglo XX lo considera en la naturaleza también y fuera de ella, en el *reino de la cultura*. Nuestra época tiene una clara conciencia de la cultura. Parece que ella se ha convertido en uno de sus problemas cardinales. Junto a las ciencias de la naturaleza han adquirido existencia propia y jerarquía elevada las ciencias de la cultura. (2) Si aquellas se dedican a lo general, esta se concretan a lo particular. Las primeras son *ciencias de leyes*; las segundas son *ciencias de hechos*. La ley natural es un concepto universal (universalismo). El hecho cultural es individual, particular (particularismo). Ayer interesaban mucho las leyes que regían la vida de un pueblo, de una raza o de una clase. Hoy atrae más el conocimiento de los hechos particulares que integran una vida individual. Explícase así el predominio actual del género literario "la biografía".

Hay hoy una especie de sentido nuevo para percibir hondamente lo particular, las cosas, no un esquema general, un producto de la razón tanto más genérico cuanto más vacío. Hechos de *repetición*, como son los de la naturaleza, impresionaban al hombre ochocentista y le permitían, por abstracción de diferencias y generalización de semejanzas, formular la ley, el principio universal. Hoy interesan también sucesos que acontecen una sola vez; vidas concretas, existencias auténticas, sin esquemas racionales ni fórmulas abstractas que desnaturalizan y deshumanizan su misma realidad. El hombre de nuevo espíritu se entrega a un solo hecho y no se aparta de él. El hombre ochocentista descubría un hecho y pronto salía de él para cubrirlo con la teoría o el sistema que lo explicaba. La sistematización fué el ansia más saliente de la mente del ochocientos. Wundt realiza a fines del siglo XIX el último gran esfuerzo de

(2) Véase Rickert. "Ciencia Natural y Ciencia Cultural". Espasa-Calpe.

sistematización y totalidad. La situación contemporánea se nos muestra como una lucha entre el universalismo y el particularismo.

El universalismo fué el lema de la denominada *era científica* que se inicia después de Galileo con su "Nuova Scienza", y se vigoriza con Bacon y Descartes. La exactitud y el rigor dado por las matemáticas permitió el conocimiento de los cuerpos que pertenecían a la Física. Así nace la nueva ciencia, la físicomatemática. Esta favoreció en una medida considerable el desarrollo de la concepción mecanicista de la vida y el hombre presentando el modelo del conocimiento.

Contra la concepción mecanicista de lo humano se pueden dirigir críticas. Resulta falso concebir al hombre sólo como ser racional, es decir, capaz de cierto conocimiento, pero no capaz de todo el conocimiento. Adopta un tipo unilateral de conocimiento: el conocimiento abstracto, matemático, científico, legal o universal. Renuncia así al conocimiento de las verdaderas realidades. Reduce el espíritu sólo a razón, y el hombre se convierte en ser que *sabe, piensa y conoce*. El sentir y el obrar son fuerzas secundarias. Para muchos son formas derivadas del intelecto. Así para Herbart el intelecto es el eje de la vida. El sentimiento y el carácter se forman por las ideas que adquiere el intelecto. Las representaciones reducen todos los procesos psíquicos.

Predominó el monismo naturalista en la segunda mitad del siglo XIX, con mucha fuerza, sobre todo después del ruidoso predominio y fracaso del sistema hegeliano en la primera mitad. Por eso suele llegar hasta nuestros días la tendencia a explicar el mundo como un gran mecanismo, y en consecuencia, susceptible de explicar en forma racional todos los fenómenos, incluso los actos libres de la voluntad humana.

Los conceptos abstractos rigieron la vida y la creación. El método experimental y la fórmula racional todo lo explicaban. Se busca aclaración de los problemas del mundo en la ciencia. Pero esta con su pensamiento racional, frío, circunscrito, esquemático y analítico quita a la realidad alguna parte de sí misma. Así se marchó hacia la mecanización de la existencia humana y al florecimiento de una cultura puramente técnica, económica, utilitaria. El interés material fué el móvil esencial de la vida. Los ideales y las ilusiones poco papel ju-

gaban en esa existencia sometida a los rigores de leyes mecánicas. Para el mecanicismo no hay finalidad. (3).

La pedagogía empírico - naturalista - experimental.

Esa configuración humana que sostuvo el siglo pasado, pero que arranca de tres siglos anteriores determinó, correlativamente, una propia concepción pedagógica. Una pedagogía de estructuración mecanicista y una educación de finalidad mecanizadora.

La pedagogía inspirada por la concepción mecanicista del hombre puede verse de modos diferentes. Sintéticamente esbozaremos algunas de esas formas:

Ella es entendida como ciencia del hecho educativo. ¿Qué es el hecho educativo? Es una manifestación de la energía psíquica, una forma del trabajo mental. Se entiende a la pedagogía como psico - energética. Es la ciencia que tiene por objeto el estudio de las leyes que rigen la energía mental. Es una ciencia empírica porque estudia el acaecer psíquico, descubriendo sus relaciones constantes. Permiten hacer previsiones. Estas previsiones construyen los modos de acción del educador sobre el educando. Se puede confundir aquí la pedagogía con la psicología, pero difieren. La psicología estudia estrictamente el hecho psíquico, mientras que la pedagogía se dirige a un fin. En Herbart la pedagogía tiene existencia en virtud de dos disciplinas básicas: la psicología que se ocupa de los hechos mentales y la ética que señala el fin educativo.

Para otros, la pedagogía es ciencia positiva, más resueltamente, *empírica*. Cellier la ha llamado "La pedagógica". Estudia el hecho educativo como producto de factores determinables empíricamente. Realiza el análisis de estos hechos por el método inductivo, y concluye en la *ciencia empírica de la educación*. Para lograr esta estructura necesita separar el ideal de lo real. Sólo queda como objeto de investigación el *proceso educativo*, que encierra elementos invariables, constantes. El ideal no pertenece a ella porque es variable. Sólo lo real de la educación interesa, o sea: a) clasificación de los hechos, agrupándolos según caracteres comunes. b) explicación según leyes

(3) Véase: F. Lipsius. E. Sapper. "Filosofía natural". Colección Labor.

constantes. Es una ciencia llena de elementos "a priori". Cellérier, termina su obra "Bosquejos de una ciencia pedagógica. Los hechos y las leyes de la educación". así: "Tal es el camino que se traza al educador; está rigurosamente deducido de los datos primeros; conduce indiferentemente a todas las educaciones, en todos los lugares, en todos los tiempos. Constituye, pues, la ley pedagógica, la ciencia de la educación". (4). Se la considera una ciencia francamente positiva, no normativa. No pregunta ¿qué se debe hacer? sino ¿qué se hace? "*La Pedagógica*" investiga leyes de los fenómenos educativos como las ciencias naturales indagan leyes naturales. Tales leyes educativas no brotan de ningún elemento ideal, sino de los datos reales. ¿Cuáles son estos datos de la educación? Educador, educando y medio ambiente. De la observación de estos datos se pasa a la inducción y por esta se alcanza la generalización y la ley.

Pero si examinamos estas leyes con visión crítica, nos encontramos que no son leyes, ni son pedagógicas. Son generalizaciones psicológicas o lógicas, verdaderos disfraces, apariencias. Estos pedagogos sentencian en nombre de leyes abstractas, psicológicas y lógicas. Aplican esquemas irreales. Realizan una elaboración científica que concluye por matar el acto educativo en su concreta y viviente realidad. Examinan sólo residuos abstractos, mallas racionales. Pero la vida de un escolar es todo menos la rigidez y la estabilidad del clásico esquema psicológico.

La psicología puede ser abstracta, mero análisis fragmentario y descriptivo de la personalidad como conocimiento genérico de tal. Pero cuando se la toma como fundamento de la pedagogía no puede quedar reducida a símbolos estáticos, rígidos, fijos e inmóviles. Debe ser la intuición de un acto concreto del espíritu, un proceso vivo, una determinada experiencia.

Es indudable que una estructuración empírica y abstracta de la pedagogía puede alcanzar el esquema científico, pero lo logra con eliminación de lo vital - espontáneo que hay en cada sujeto que se educa y del ideal que es variable según la cultura de cada época.

(4) Cellérier. "Bosquejo de la ciencia pedagógica. Los hechos y las leyes de la educación". Jorro - Madrid.

Otros la conciben al modo de las ciencias naturales: *la pedagogía naturalística* que estudia el hecho educativo, consistente en el desarrollo natural del ser humano. Ha aplicado también el *experimento*, o sea la observación controlada, cuidada matemáticamente. Cuando adquiere este aspecto se la llama *pedagogía experimental*. (5). Esta ciencia experimental ha incorporado el fin como un hecho entre los otros hechos de la educación, no un ideal regulador de la realidad. Tiene siempre base empírica. Meumann en su citada obra dice: "Esta investigación empírica del terreno educativo está determinada por dos principales puntos de vista: 1º Por la índole del niño. 2º Por el contenido de los fines educativos. Estos dos puntos de vista ofrecen, por una parte, los distritos principales de las investigaciones pedagógicas, y por otra parte, entre ambos determinan el tercer distrito: el de los materiales y medios de la educación y formación; pues éstos se han de ordenar según los fines y según el niño".

Presenta esta dirección que también se la llama *positivismo pedagógico* una concepción ingenua y acrítica del hecho educativo. La cualidad esencial y específica del hecho educativo no la percibe: la liberta. Iguala el hecho educativo a los hechos naturales. No es aquel reductible a mecanismo ni expresable en cantidad como éstos. Esta visión naturalística de la pedagogía apoya los hechos educativos en la categoría de la causalidad mecánica. El deber ser queda reducido a un aspecto del ser. Lo espiritual queda ubicado en un plano espacial - temporal.

Las consecuencias del mecanicismo naturalista llevado al campo pedagógico son claras: descuidó el ideal. La pedagogía se convirtió en *ciencia del ser: hecho educativo*. En el orden práctico, la pedagogía se hizo técnica. Sobrevino el tecnicismo didáctico. En el herbartismo se nota acentuadamente este carácter. Ello trajo el imperialismo del método y el reinado del maestro. Olvida que hay en cada educando un ser vivo. A todos los cubre con un esquema psicológico. Para todos, pues, el mismo método, los mismos temas. Concluye así en un uniformismo metodológico, en un proceso de igualación.

(5) Véase: A. Namias. "Concetto e método della pedagogia sperimentale". Albrighi, Segati y C. W. H. Lay: "Pedagogía experimental". Ed. Labor. E. Meumann. "Compendio de Pedagogía experimental". Barcelona 1924.

Algo queda de todo esto. Viven aún en las escuelas reminiscencias positivistas y herbartianas. Queda algún resabio del determinismo científico. Es hora de distinguir dos esferas: a) la de la actividad física: sujeta a la ley de la causalidad. b) actividad espiritual: sujeta a la libertad. Se produjo con el exclusivo reinado de la ley causalística una paradoja: la pedagogía que era la técnica destinada a desarrollar la plenitud de la personalidad humana empezó por negarla. Spencer, Bain, Ardigó, Le Bon fueron los inspiradores de las postrimerías del siglo pasado. Sobreviene la mecanización en la obra educadora.

Por suerte la pedagogía se ha desterrado a sí misma del campo puramente empírico. (6) Ha comenzado desde hace tiempo a buscar su fundamento en la filosofía. No en la metafísica del naturalismo que reduce toda realidad a naturaleza, a monismo materialista, a una identidad inconcebible de los fenómenos naturales y los valores espirituales. Todo depende de la experiencia. El mundo externo ha dominado al sujeto. La educación es un acto de dominio del ser que se educa. Es sometimiento, no liberación. Esta concepción unilateral de la vida humana y su educación provoca, como reacción inevitable, la concepción opuesta espiritual del hombre, e idealista de la educación. Si aquella exalta lo natural, ésta exaltará lo espiritual. Allá lo real, aquí lo ideal. Se cae, como se verá enseguida, en una nueva unilateralidad, antimecanicista, y en una concepción autónoma, libre de la educación, que se aparta demasiado de la experiencia y de los factores reales.

Concepción espiritual del hombre y del mundo. Pedagogía idealista.

La tendencia opuesta al monismo materialista se manifiesta en las postrimerías del siglo XIX. Es el idealismo en diversas formas. Reduce la realidad a espíritu. En el mecanicismo el espíritu es pasivo, es un epifenómeno, es una conciencia que refleja. En el idealismo el espíritu es activo, creador. Allá el universo está dado al sujeto mediante un tejido de leyes y un juego de estimaciones cuantitativas. Aquí el universo, la rea-

(6) Giuffrida. Il fallimento de la Pedagogía scientifica. Ed. il solco.

lidad está dada por el espíritu que es actividad. Por eso en el mecanicismo la vida humana es quietud. En el idealismo ella es dinamismo. El mecanicismo se apoya en el realismo. Parte de la existencia real de objetos externos, que reduce a imágenes. En última instancia él concluye en una forma de idealismo, el subjetivismo, actualmente en crisis. Es precario por cuanto la universalidad y necesidad de sus contenidos no es garantía suficiente de la realidad independiente que expresa.

Una forma es el idealismo objetivista. Además de los objetos físicos, postula, por encima de ellos, un sistema de valores, firmes y de rigurosa estructuración. La belleza, la verdad, la justicia, el bien, aparecen como valores universales, fuera del espíritu individual. Otra forma de idealismo, el idealismo absoluto, que reduce toda la realidad a espíritu.

Todo el movimiento idealista contemporáneo representa una renovación bajo la forma del reconocimiento de la autonomía del espíritu. No juega mucho papel la experiencia. Ella se resuelve en una actualidad metafísica. Por esto el idealismo ha consolidado la esfera del ideal en su absoluta realidad, mientras ha anulado en tal idealidad absoluta la realidad concreta y múltiple. Se cae en una especie de dogmatismo idealista. Y la consecuencia de él en el campo pedagógico, es que la educación no tiene existencia propia. Resulta absorbida en el mismo proceso unitario del espíritu.

Eucken representa la afirmación más dogmática de la autonomía del espíritu. Su idealismo activístico ha tenido gran influencia en el campo pedagógico como superación de los tradicionales valores objetivos. Su concepto pedagógico fundamental está representado por la identificación de la individualidad en la personalidad. La personalidad es la actualidad del espíritu unida al ideal de la educación. En tal sentido, la personalidad es de un lado potencial y del otro real.

Otro representante del idealismo es Budde. Para él los valores espirituales son independientes del ser psicológico como del ser social. El hombre llega a ser tal cuando entra a participar de los valores del espíritu. La educación, entonces, tiene por objeto desenvolver en cada particular educando la vida del espíritu. La formación individual no tiene fines sociales. Estos son secundarios. El fin esencial es la formación de la persona-

lidad mediante su incorporación al reino autónomo del espíritu.

Como se advierte en lo ya expresado, tanto para Eucken como para Budde y ahora para Kessler, el dato pedagógico de esencial interés no es nunca el ser psicológico, sino la personalidad que representa un estado en potencia frente al reino del espíritu que es en sí autónomo. Otro representante de esta dirección es H. Gaudig, para quien el problema de la educación encuentra su resolución en el concepto de personalidad, y esta significa conformación espiritual de la vida. *Personalidad* significa una lucha por los más altos valores, una ansiedad interior, una interna y durable fuerza que aspira a informar idealmente la realidad. Concebida de este modo la personalidad no expresa un ser estático sino una infinita potencia de actividad. La pedagogía que se inspira en el ideal de personalidad toma como fin no los ideales del individuo particular, sino los ideales supra-individuales, la síntesis más alta de los valores espirituales (7).

La existencia de una escuela que llevase algunas de las formas anotadas de educación como conquista de la personalidad debe estar envuelta por los valores universales de la cultura; no debe limitarse, sino ampliarse hasta los más plenos campos de la vida.

La concepción espiritual de la vida e idealista de la educación aparece más claramente en Natorp, representante de la escuela neo-kantiana de Marburgo (8).

Este idealismo crítico renuncia a la experiencia porque ella carece de validez. No niega la realidad del universo, pero esta realidad no es dada por sensaciones, intuiciones, etc., sino por el pensamiento. El objeto del pensamiento no es buscar datos para sí mismo, sino ligarse a un punto supra-empírico, a la ley, a su Logos. "La ley eterna de la *idea* consigue subordinar toda finalidad empírica". Interesa la ley del logos atemporal, no la ley empírica. Ese logos es la dirección de todo lo finito y empírico. El ser (finito y empírico) carece de validez.

(7) Véase "Le correnti della pedagogia contemporanea tedesca e il problema de una teoria filosofica dell'educazione". A. Banfi. Rev. "Levana".

(8) Véase clase IV. "Cursos y Conferencias" N° 6. Tema "Pedagogía empírico-inductiva y pedagogía sistemático-deductiva". pág. 608. Como una forma de estructuración sistemático-deductiva de la pedagogía se presenta la "Pedagogía social" de Natorp.

La realidad no es *ser*, sino *deber ser*. La verdadera categoría trasciende la esfera racional. Está dada por el deber ser, no por el ser o sea la identidad del pensamiento y del objeto. Esta ley que supera el ser se expresa en la idea de libertad, como principio fundamental del ser mismo.

Afirma Natorp que la realidad como libertad es precisamente el espíritu; y la filosofía es el descubrimiento de las leyes trascendentales dominantes en cada campo de la objetividad espiritual: arte, ciencia, ética, religión, cuya unidad se expresa, evidentemente, en la idea de libertad que se desenvuelve y actúa en el proceso de la cultura humana. Paralelamente, el contenido de la educación corresponde al total contenido de la cultura.

Se explica así que para Natorp, el verdadero fundamento del saber pedagógico y de la actividad educativa está dado por la conciencia general de los principios trascendentales constitutivos de la cultura, o sea la filosofía como sistema (9). No acepta Natorp ninguna estructuración pedagógica que no esté apoyada en la unidad educativa. La particular determinación del que se educa desaparece ante el momento ideal de la educación que todo lo rige. Por esto combate el sistema pedagógico de Herbart, formado por la determinación objetiva del ser psicológico de una parte, y la concreta definición del ideal ético de otra. No era de este modo posible realizar la libertad, que para Natorp es el principio central del espíritu. Mientras por un lado se la afirma en el ideal, se la anula con los factores concretos y particulares del ser psicológico.

Es necesario, para que la pedagogía tenga fundamento serio, que la libertad se concrete, que la idea se convierta en acto, que lo universal del "logo" tome forma efectiva. La esfera concreta y actual del espíritu, donde la libertad se realiza, es la *sociedad*, porque en la comunidad social cada individuo renuncia a su particular determinación, se eleva hasta el reino de la idea, y toma contacto con la universalidad de la propia esencia espiritual. De este modo "el hombre particular es propiamente sólo una abstracción, como el átomo del físico. El hombre, por lo que respecta a todo lo que hace de él un hombre, no se presenta al principio como individuo particular pa-

(9) Véase Natorp. "Curso de Pedagogía". Ed. La Lectura.

ra entrar después con otros en una comunidad, sino que, sin esta comunidad, no es de ningún modo hombre". (10). Únicamente en cuanto la sociedad ofrece a cada individuo particular un plano de universalidad es posible una educación concreta, una actuación positiva de la libertad. Y la educación, en su profundo y universal sentido sólo es posible como *educación social*. No entendamos por tal aquella que persigue fines sociales definidos. En Natorp la sociedad tiene una significación especial. No es, simplemente una comunidad de individuos enlazados por relaciones particulares, sino un cuerpo que encierra la unidad espiritual, los bienes comunes de la cultura. La sociedad equivale a una ideal unidad, a una unidad trascendente.

Sobre esta base Natorp explica la actividad educativa que se realiza en tres esferas de relaciones sociales: la casa, la escuela y la libre comunidad social.

En síntesis: educar para Natorp es elevar la persona al reino de la idea, hacer actuar en ella armónicamente la unidad del espíritu. Se trata, pues, de identificar la unidad individual de la persona con la unidad trascendental del espíritu; o sea, realizar la idea; salir de la realidad, salir de lo que uno es, para alcanzar lo que *debe ser*. Educar significa formar. Significa dar a algo su perfección propia; y *perfecto es lo que es como debe ser* (Natorp).

Otra forma del idealismo contemporáneo lo sustentan los filósofos italianos Croce y Gentile. Se les llaman neoidealistas absolutos porque siguen en algún aspecto la tradición idealista hegeliana. Toda la realidad es espíritu. Cada persona no es un espíritu individual, sino una forma de la realidad que es espíritu universal. Pero el espíritu es acto, actualidad, devenir. Es desenvolvimiento libre y autónomo. La esencia del hombre es el espíritu y éste es libertad, es auto-creación. No rige aquí la ley causal del determinismo. Sólo existe una ley inmanente del espíritu que lo hace libre y le permite su auto-desenvolvimiento.

Por el interés pedagógico comentaremos con especiales y

(10) Natorp. "Pedagogía Social". Ed La Lectura.

breves referencias el pensamiento de Gentile. Su problema central se propone superar la clásica dualidad de sujeto-objeto. Y lo consigue resolviendo esa dualidad en la unidad de "la actualidad del espíritu". La realidad no existe, no es, se hace. No es *hecho sino acto*, proceso, un hacerse, devenir. Este último concepto hace del carácter histórico, un aspecto común de la filosofía de Croce y Gentile. Esta filosofía se reduce a un monismo: todo el ser se identifica en el *devenir* del espíritu, que es absoluta y concreta unidad de sujeto y objeto.

Gentile expone una vasta teoría pedagógica identificada a su concepción filosófica. Reduce sin residuo la pedagogía en la filosofía. Su argumento fundamental es el siguiente: la pedagogía tiene por objeto la formación del hombre. Pero el hombre no es nada separado de la misma realidad universal que es espíritu. Por eso la educación del hombre se resuelve en el proceso formativo de toda la realidad. Este proceso formativo de toda la realidad es el objeto de la *filosofía*.

En consecuencia, la pedagogía se resuelve lógicamente en la filosofía. La pedagogía no es independiente de la filosofía, es la filosofía misma (11).

Dos modos opuestos de concebir el espíritu, o sea lo esencial del hombre, determinan dos modos de concebir la pedagogía:

a) *El espíritu-substancia*: el alma encierra diversas potencias, y el pasaje de la *potencia al acto* — según la antigua psicología desde Aristóteles hasta Wolff — estaba determinada por el objeto. Esta concepción genera una pedagogía como ciencia particular. Esta ciencia tiene por fin establecer los medios y las técnicas para activar las potencias del espíritu-substancia desde fuera. Su actividad se rige por una ley externa.

b) *El espíritu-desenvolvimiento*: el espíritu es libre, autónomo, esto es, proceso auto-creador, o sea realidad que se desenvuelve en cuanto tiene en sí misma el principio del desenvolvimiento. En esta concepción, siendo la filosofía quien estudia el espíritu, la pedagogía se identifica con aquella. Todos los problemas pedagógicos se resuelven en puros problemas especulativos. Cualquier teoría pedagógica sino quiere ser una

(11) Véase: Gentile. "Pedagogía come scienza filosofica". Bari-Guis Laterza e figli.

inútil repetición de la filosofía debe identificarse con esta, sin propósito de distinguirse ni separarse.

Educación, para Gentile, es permitir el libre desenvolvimiento del espíritu autónomo. Educación es libertad, es auto-educación. Aún cuando empíricamente en el momento educativo está presente el educando y el educador en una práctica bipolaridad, en su fondo y esencia, la educación es un proceso unipolar, realizable sólo en el educando. La educación, para Gentile, se propone realizar en el hombre la libertad por medio de la libertad.

Sobre tales conceptos ha negado a la pedagogía carácter científico, como lo intentó Herbart, apoyándola en dos disciplinas, psicología y ética. (12). En cambio, afirma que no es concebible una pedagogía separada de la filosofía del espíritu. La pedagogía que es la ciencia de la formación del hombre no puede entenderse sino como la ciencia de la formación del espíritu; y ésta es la filosofía. Luego, filosofía y pedagogía equivalen.

No es esta una oportunidad para extenderse en detalles sobre la pedagogía gentiliana. No es objeto de esta clase. Basta con el esbozo general ya desarrollado, para comprobar que el concepto de educación varía en cada época y en cada cultura. En cada tiempo — dice Gentile — y en cada lugar¹ es cierto que la educación ha sido entendida como formación del hombre; y según los diversos conceptos que se tiene del hombre, la educación fué orientada hacia un determinado fin, y entendida de modo muy distinto. Por eso diversa, agrega, fué la educación en Atenas y en Esparta, en la Grecia y en Roma, en el mundo clásico y en el cristiano, antes y después de la revolución francesa. Era natural que siendo diverso el concepto del hombre, variase también el concepto de la educación. (13). En definitiva, el concepto de la educación está determinado por el concepto del hombre en una época determinada. Veremos, en el próximo capítulo, cómo encara nuestro tiempo este problema. (14).

(12) Véase: Gentile. "Educazione e scuola laica". Vallecchi. Firenze. Cap. I: "Il concetto scientifico della pedagogia". Memoria presentata alla Accademia de Lincei en 1900. Tal es el trabajo inicial de la labor pedagógica de Gentile. Realiza allí una decidida crítica al sistema pedagógico de Herbart que venía siendo considerado el más firme e inmovible.

(13) Idem.

(14) Clase VII: "Concepción total del hombre y la nueva pedagogía. La antropología filosófica y sus aportes al problema de la educación".

PSICOLOGIA DE LA ADOLESCENCIA

Por ANIBAL PONCE

IX

LA GRACIA

En la clase anterior nos hemos ocupado de un problema que alcanza su expresión más típica entre los adolescentes; en la de hoy nos hemos de detener, en cambio, en un aspecto tan característico de la adolescencia femenina que constituye en cierto modo su culminación y su perfeccionamiento.

La preocupación por la belleza física, común en un principio a los dos sexos, va tomando a medida que la adolescencia empieza a convertirse en juventud, un papel cada vez más secundario en el varón, y una importancia cada vez más acentuada en la mujer. Aunque rápidamente sofocada por preocupaciones de otro orden en las que el adolescente descubre una afirmación de más auténtica varonía, el cuidado exagerado de la propia persona indica no sólo un temor excesivo del juicio ajeno, sino también una de esas fases equívocas del desarrollo masculino en que el despertar del sexo bastardo pone algunos rasgos ambiguos de doncellez en el varón. Es la edad intersexual del tontolín engominado, para el cual es un problema pavoroso la elección de una corbata y en la cual asume propor-

ciones de tragedia el hecho según parece imperdonable, de que la plancha traidora haya insinuado una raya de más en la pernera del pantalón (1).

En contra de lo que tal vez pudiera suponerse, ese cuidado de la propia persona no es privativo del adolescente que será toda su vida un "presumido". Aun en aquellos en los cuales el despertar precoz de la inteligencia les ha introducido muy temprano en el mundo más noble de las preocupaciones superiores, un rastro innegable de feminidad les hace suspirar por un rostro más hermoso, un perfil más noble, una estatura de acuerdo con el ideal. De las confesiones autobiográficas de Papini, tantas veces citadas, transcribo este párrafo ciertamente doloroso: "Yo era feo y estaba mal vestido. Con el rostro pálido tenía el aspecto severo del descontento: sentía que nadie me amaba y que nadie podía amarme. El que me miraba, me despreciaba al pasar con todo su ser; algunos se daban vuelta para echar un vistazo al solitario que acababa de desaparecer y se burlaban. Las jóvenes hermosas, sobre todo, de trajes blancos y rojos, de rostro moreno y de dientes brillantes, eran especialmente las más crueles: a menudo yo escuchaba a mis espaldas sus risas sonoras. Tal vez no era de mí de quien reían; pero en esos momentos yo estaba seguro y lo sufría". Y en la página siguiente, al contar como se erguía contra el destino, agrega las palabras que se decía a sí mismo: "Soy pequeño, feo y pobre, pero tengo un alma, y esa alma lanzará tales gritos que todo el mundo tendrá que mirarme y escucharme. Yo haré, crearé, seré más grande que los grandes, mientras los demás continuarán comiendo, durmiendo, paseándose como hoy... Cuando yo pasará en cambio, todos me contemplarán, las hermosas tendrán una mirada para mí, las jóvenes burlonas me tomarán las manos, y los hombres serios se descubrirán respetuosamente, teniendo muy en alto su sombrero, cuando sea yo el que pase, yo el grande hombre, el genio, el héroe. Y al decir así, levantaba la cabeza, mi pecho se dilataba y mis ojos miraban con odio y con orgullo los rostros que desfilaban a mi lado. Me sentía otro hombre; y quizá en ese momento llegaba a parecer hermoso". (2)

Si esto sucede en la adolescencia de un hombre de talento

(1) Mendousse: *L'Ame de l'adolescent*, pág. 87.

(2) Papini: *Un homme fin*, pág. 35.

¿qué poder decir de lo que ocurre en la intimidad de las adolescentes convencidas como están que la belleza es el fin supremo de la vida e incapaces de encontrar en la gloria intelectual una compensación a las desgracias físicas? "Ninguna mujer sería capaz de encontrar en su inteligencia un consuelo a su fealdad — escribía María Leneru a los dieciocho años —; la inteligencia debe ser una belleza física: es mediocre sino va hasta ahí... Preferiría siempre ser inimitable por la manera de llevar un modelo de Chevert que por todo el talento y la fealdad de Madame Stael y George Elliot". (3)

La preocupación de la belleza y del adorno, con ser extraordinariamente interesante, no constituye sin embargo el problema que hoy vamos a estudiar y a resolver. He escogido dentro del cuadro amplísimo, un sector reducido, estrecho, casi minúsculo, pero que nos va a permitir acompañar hasta su desarrollo completo un fenómeno de naturaleza elemental y casi fisiológico que muchas veces hemos señalado en los comienzos de la adolescencia. Me refiero a esa incoordinación de los movimientos casi tan evidente como la incoordinación de la personalidad, y a través de la cual podemos ver el impresionante desorden en el cual comienza la evolución adolescente. Desde ese desorden de los comienzos ¿cómo se han ido reconstruyendo poco a poco los automatismos necesarios hasta adquirir por fin esa gracia en los movimientos que hace de la adolescente una noble expresión de la belleza? Problema tan complicado en su aparente sencillez que explica suficientemente de por sí el interés con que lo abordaron, cada cual a su modo, desde Spencer a Guyau, desde Souriau a Marguery.

Si con la intención de tener un punto de referencia y de partida, volvemos los ojos al niño de 11 años veremos una vez más que el equilibrio de su personalidad vigorosamente unificada, se manifiesta lo mismo en la seguridad de sus creencias que en la precisión infalible de sus actos. El niño en la puericia es el dueño absoluto de sus movimientos: trepa a los árboles, camina por las cornizas, salta en los parapetos, corre por las azoteas con la misma tranquilidad que sobre el suelo. Bastan tres o cuatro años, sin embargo, para que el niño ágil y atrevido, se transforme en un adolescente torpe y tímido.

(3) Leneru: *Journal*, tomo I., págs. 19 y 49.

Los músculos y las articulaciones, dóciles en un principio a su voluntad, han adquirido ahora una indisciplina que a menudo lo sorprende. Es la edad de los *tics* en los varones y de la corea en las mujeres; de las torpezas y de los gestos bruscos, de los objetos que a cada rato se caen de las manos y de las cosas delicadas que se rompen casi siempre al apretarlas. Es la edad en que no se abre un cajón sin sacudir todo el mueble, en que no se caminan diez pasos sin llevar por delante alguna silla o darle un encontrón al extremo de la mesa; la edad en que las puertas se cierran a portazos y en la cual no es posible servir agua en una copa sin derramar la mitad sobre el mantel.

Los datos que poseemos actualmente sobre la fisiología de los automatismos explican en gran parte esa etapa de incoordinación como pasaje anterior y necesario a la nueva jerarquía de los movimientos que habrá de triunfar más tarde. Las modificaciones en la longitud y volumen de los huesos, las transformaciones de las masas musculares, el ensanchamiento de la pelvis o del torax, el crecimiento en la talla de las neuronas, traen aparejado fatalmente tantos trastornos en los excitantes y en las reacciones que nada tiene de extrañar la relativa anarquía de los automatismos.

Para ejecutar con precisión un movimiento necesitamos conocer primero no sólo el fin que nos proponemos, sino también mediante la llamada "sensibilidad propioceptiva," el estado de las articulaciones y de los músculos que vamos a poner en actividad; necesitamos además darle a esas articulaciones adecuados puntos de apoyo que aseguren su equilibrio gracias a la acción compensadora del cerebelo; y una vez que estas condiciones previas hayan sido realizadas, el estriado o sea los ganglios de la base irá asegurando la eliminación de los movimientos inútiles hasta conseguir el menor gasto muscular.

Dentro de esta concepción anatomofisiológica, la torpeza o la incoordinación en los movimientos respondería por lo menos fundamentalmente a tres factores: a una sensibilidad propioceptiva obtusa que no ilustra al individuo con suficiente claridad sobre los desplazamientos de sus articulaciones; a una compensación cerebelosa defectuosa que no le permitiría corregir adecuadamente las alteraciones de la re-

sistencia y el equilibrio; y a una insuficiencia, en fin, del cuerpo estriado que no lograría eliminar del todo las contracciones inútiles y sobreagregadas. La habilidad y la destreza a su vez, se obtendrían invirtiendo los términos uno a uno: claridad en los datos de las articulaciones, regulación cerebelosa correcta, selección por parte del estriado de los únicos movimientos realmente indispensables.

¿Bastará esto solo para explicarnos el problema de la gracia? Spencer creía que sí. "Un día — nos cuenta — mientras contemplaba una bailarina no pude sino condenar interiormente la mayor parte de sus hazañas como a verdaderas dislocaciones bárbaras que merecerían ser silbadas si la gente no tuviera la cobardía de aplaudir cuando está de moda hacerlo; pero al mismo tiempo llegué a apercibirme de que si en el conjunto se deslizaban por azar ciertos movimientos de una gracia verdadera eran precisamente aquellos que por comparación costaban poco esfuerzo. Recordé entonces algunos hechos que confirmaban esa idea y llegué a deducir de una manera general, que dado un cierto cambio de actitud, tiene la acción tanto más gracia cuando se ejecuta con un menor gasto de fuerza. En otros términos, la gracia, al menos la gracia en los movimientos, es un movimiento ejecutado de manera de evitar la fatiga de los músculos". (4)

Esta explicación me parece insuficiente a todas luces, como que Spencer parte de una identificación absolutamente equivocada entre la gracia y la destreza. La explicación que él sostiene se aplica únicamente a la habilidad y a la destreza; un movimiento será en realidad tanto más diestro cuanto más perfecta sea su adaptación a un fin. Recordemos nuestros comienzos en cualquier trabajo muscular: ¡cuántas posturas inútiles, cuánta energía perdida, cuantos gestos ásperos, crispados! Cada adelanto en el aprendizaje se iba marcando paralelamente por una adecuada selección del movimiento, y a medida que nuestro dominio fué en aumento, los músculos más distintos aprendieron a colaborar sin asperezas. El trabajo exigió desde entonces el mínimo de esfuerzo: empezamos por eso a llamarlo "natural". Y es injusto, la pretendida natu-

(4) Spencer: *Essais*, traducción francesa de Bordeau, tomo I., pág. 87.

ralidad de los movimientos no heredados es el fruto laborioso de un largo ejercicio.

El duro aprendizaje de los primeros años ha dado al niño en la puericia la pretendida naturalidad del movimiento frente a la cual hace un instante manifestábamos nuestro asombro. Pero el largo aprendizaje de la adolescencia conduce a algo más que a reconquistar la naturalidad perdida; a algo más que si bien supone en la base la destreza le sobreañade otros elementos tan diversos que le dan desde entonces la fisonomía inconfundible de la gracia. ¿Quién se atrevería a sostener que la destreza de una chica de once años es idéntica en su naturaleza a la gracia de una adolescente de dieciocho? Comparen ustedes el paso elástico de quien trepa por vez primera una montaña, con la marcha lenta y en apariencia pesada de su guía. ¿Quién de los dos acusará más pronto el desgaste de sus músculos? Ningún andarín ignora que la expresión de un hombre fatigado es de todas la que fatiga menos y la que puede conservarse más largo tiempo sin esfuerzo.

Si la destreza corresponde, por lo tanto, a la respuesta exacta y precisa, a la perfección en la actividad muscular, la gracia implica por el contrario, más fantasía en el movimiento, más ondulación en el gesto, más prodigalidad en el esfuerzo. No andaba muy descaminado Schiller cuando decía por eso que la gracia no es un producto de la naturaleza sino una creación de la persona. (5) La gracia no puede pasarse, claro está, de aquellos elementos fisiológicos indispensables que aseguran las respuestas acabadas y felices; pero le agrega como rasgo esencial que la define *una intención ornamental y de lujo*. Esa intención sobreañadida al esfuerzo puramente muscular, lejos de representar una economía de las fuerzas constituye en cambio un derroche, un alarde, un gasto fastuoso. El gesto, que en los adolescentes tiene sobre todo un valor expresivo, algo así como un comentario viviente puesto al servicio de la elocuencia para subrayar al pensamiento con una vivacidad casi carnal, adquiere en cambio en las adolescentes el significado exclusivo de un adorno. La educación ha comprendido de tal modo ese desigual destino del gesto en los dos sexos, que persigue en la mujer como algo que des-

(5) Schiller: *Esthetique*, traducción francesa de Regnier, pág. 56.

entona con la feminidad la excesiva gesticulación que da en cambio al discurso de los hombres su dramaticidad y su colorido. Y a su vez, nos basta sorprender en algún hombre el más leve gesto de adorno para atribuirle de inmediato un sexo equívoco, aún en ausencia de otros datos que pudieran robustecer esa opinión: El sexo que imprime su marca lo mismo a la forma de los huesos que al timbre de la voz, acentúa así el carácter expresivo del gesto en el varón, y el *significado ornamental y erótico del gesto en la mujer*. Ornamental en cuanto implica de una manera evidente una intención de arte realizada sobre el propio organismo; erótico en cuanto el gesto obedece además tanto al deseo de darse en espectáculo, como a la voluntad de actuar sobre los hombres. La preocupación del efecto a producir domina a veces de tal modo en el alma de las adolescentes que el erotismo se diluye a menudo en una simple necesidad de elogios, como si la conquista de la admiración ajena procurara sobre todo la satisfacción egoísta de contemplarse a sí misma en la expresión deslumbrada de los demás. "Ánsiamos vivamente que nuestros encantos produzcan efecto; — escribe Ninón de Lenclos al marqués de Sevigné — preocupadas sin cesar por el afán de notoriedad, deseando continuamente encontrar ocasión de humillar a las demás mujeres, querríamos hacerlas testigos de todas las preferencias que conseguimos y de todos los homenajes que se nos rinde. No os podéis figurar en estos casos la medida de nuestra satisfacción. La desolación de las rivales, las indiscreciones que traicionan los sentimientos que inspiramos nos encantan en razón directa de su desesperación" (6). Narcisismo y voluntad de dominio mucho más que sensualismo; necesidad de agrandar tan exigente que en ausencia del espectador que la estimule, la adolescente puede muy bien, como la Alicia de Lichtenberger, hacer coqueterías a su chocolate, mimos a su papel de carta, rubores a las plantas que riega... (7).

Quizá por el hecho de convertir al propio cuerpo en portador de un ritmo que lo anima, la danza tiene a menudo pa-

(6) Ninon de Lenclos: *Cartas*, versión castellana de Manuel Machado, pág. 144, editor Garnier, París. En un estudio sobre los motivos de la moda, Hurlock llega a las mismas conclusiones que Ninon: las mujeres se visten teniendo en cuenta el propio sexo casi tanto como el opuesto. Ver, *Motivation in fashion*, en "Archives of Psychology", año 1929, pág. 71.

(7) Lichtenberger: *Portraits de jeunes filles*, pág. 230.

ra las adolescentes casi la acción de una embriaguez. Quitándole por supuesto la sensualidad que los bailes modernos le añadieron, algo guardaban las danzas de otro tiempo del primitivo significado religioso, como si aún muy lejos del altar remoto, la adolescente entregara todavía al ritmo de la música la hondura del propio sentimiento con la gravedad de quien cumple el rito de un culto. Pero más que en la danza, sometida todavía a leyes, el toque de prueba de la gracia no está en lo ritmado sino en lo imprevisto. Para el gesto más sencillo, la gracia exige una continua improvisación inteligente. Una tensión general del organismo, una irradiación instantánea por todos los músculos del cuerpo prepara sin cesar un conjunto de pequeños esfuerzos combinados. (8) Labor constante de alerta y vigilancia, no obstante el aparente abandono, como si la imaginación siempre en acecho estuviera aguardando el motivo y la ocasión. Sobre el ciego mecanismo de la destreza, un poder más superior ha tomado sobre sí la iniciativa. (9). El cerebro aún en apariencia distraído, vigila cada uno de los gestos, gradúa el efecto que produce, acelera o detiene la marcha de los músculos, como un director de orquesta que señala las entradas, insinúa los matices, armoniza siempre. Bajo el nombre de Madame d'Arbés, Taine ha trazado en sus "Notas de París", un croquis chispeante de esa preocupación perenne de la gracia en una fina alma de mujer. "¿Os habéis detenido alguna vez ante una pajarera en el campo, para observar las ideas de un jilguero que salta, que arrulla, que come, que no está cansado nunca, que vive en el aire, que tiene ciento veinte ganas y hace sesenta acciones por minuto? "Oh, que bien se está en la caña de arriba! ¡No, mejor se está en la de abajo! Mis plumas del vientre no están bien alisadas. Tengo hambre, comamos un grano de mijo. No; será mejor una migajita de pan. No; un sorbito de agua me refrescaría. Un pequeño aletazo para estirarme los músculos. ¡Hop, hop, hop! Un trino para aclararme la garganta. ¡Cuic, cuic, cuic! ¡Hola! Una mosca que vuela. ¡Si pudiese atraparla! ¡Hete un rayo de sol que pasa! ¡Si corriera cerca! ¡Pío, pío, pío! ¡oh que

(8) Marguerite: *L'oeuvre d'art et l'évolution*, pág. 83.

(9) Esas diferencias entre la gracia y la destreza que Spencer no vió y que Guyau enmarañó aún más (*Les problèmes de l'esthétique contemporaine*, pág. 37) han sido bien señalados por Souriau, *L'esthétique du mouvement*, pág. 192|193.

lindos pies tengo! ¡Tralará, tralará!, estoy contento de vivir. ¿Qué hace el sol allá arriba? Debe aburrirse por no ir más aprisa. Ciertamente que no hay en el mundo jilguero más lindo que yo!" Cambiad ahora las palabras: poned trajes, comidas, conciertos en los lugares convenientes, y tendréis el zafarrancho que se arma en una linda cabeza. El cerebro lanza incensantemente voluntades en todos los nervios, pequeñas voluntades cortas que pasan a ejecución en el momento mismo, y al punto son expulsadas o atravesadas por otras. Los ojos brillan, las flores del tocado danzan, el talle palpita, las manos tienen cien pequeños movimientos, la voz vibra; jamás descanso. Va a cuatro soirées la misma noche, y cuando vuelve a casa, los bailes del día siguiente zumban como un enjambre dejado en su cabeza. Siempre sonrisas y no artificiales; es dichosa; y lo será mientras se haga revolotear ante ella salones adornados, arañas, trajes de seda, hombres con condecoraciones, cantantes rítorneles, equipos de caza, todo lo que gustéis, mientras todo brille y sea nuevo. Ha nacido en un estado de tensión y morirá si estuviese tranquila." (10)

Un estado de tensión; ¿no acabamos de definir precisamente en esos términos, la característica dominante de la gracia? Estado de tensión propiamente cerebral que añade sin cesar al movimiento más simple la intención artística y erótica del adorno y del lujo. Intención tan rica y tan flexible a todos los matices, que es capaz por sí misma de suplir y aún de vencer a la belleza. ¿Se ha escrito alguna vez en homenaje a la gracia de las adolescentes elogio más cumplido que el de Bastián Lepage a las manos de su enamorada María Bashkirtseff? "No tenía lindas manos — dijo — pero lo parecían por la manera como se detenían sobre las cosas".

X. — EL IDEALISMO SOCIAL

En *Los Colegiales* de Nicolás Garin, mientras dos adolescentes conversan sobre libros, uno de ellos pregunta hojeando un volumen con descuido: "¿Te gusta Goethe?". "Déjale,

(10) Taine: *Notas sobre Paris*, pág. 146|147, edición Calpe, Madrid, sin nombre de traductor.

contesta el otro. No vale la pena de leerse. Vivió en una época trágica, terriblemente dolorosa para el pueblo, y no se encuentra en sus páginas ni una sola palabra compasiva" (1).

Pocos ejemplos nos permitirán plantear de manera tan elocuente el complejo fenómeno que señala en la adolescencia sobre todo masculina, el momento más elevado del idealismo social. Esa preocupación por el pueblo y los humildes, por los oprimidos y los explotados, marca al final de la adolescencia la última etapa de una larga curva que comienza con el descubrimiento angustioso de la propia soledad y que culmina ahora con la certidumbre reconfortante de que hay, más allá de nuestros propios límites, una vasta alma humana con cuyo destino es una dicha sentirse solidario. La ambición nos había mostrado en el adolescente un afán de dominio tan violento y tan ingenuamente seguro de sí mismo, que el mundo entero aparecía como un espejo enorme que devolvía sin cesar la misma imagen. Las cosas no tenían existencia fuera de la vida interior, tumultuosa y secreta: un yo desmesurado, de contornos imprecisos, de fronteras indeterminadas, crecía de tal modo más y más que en ese afán de exaltación y de embriaguez eran muchos los que sentían como poca cosa el destino de Napoleón o de Alejandro, y sólo encontraban apenas adecuado el de Dios o el de profeta. . . . En ese momento de su evolución el adolescente no se contenta con anunciar al superhombre sino que se empeña en realizarlo. Una dureza de corazón, en la que intervienen por mitades la incomprensión y la soberbia, pone en su gesto el seco despotismo de los fuertes. Más allá de su yo, en una lejanía apenas distinguible, el informe amontonamiento del rebaño, la turba despreciable de los esclavos, la multitud anónima de los que nada son.

Pero si esa megalomanía de los adolescentes, se alimenta en lo hondo con la secreta angustia de la soledad, y se compensa en la superficie con los sueños enormes de grandeza, otra fuerza no menos vigorosa que la de afán de dominio afianza su poderío con una intensidad tan grande que amenaza a la ambición en sus raíces y consigue casi siempre derribarla. El sentimiento de la solidaridad, fruto necesario de la convivencia, interrumpe a cada rato las aspiraciones imperialistas de los

(1) Garin: *Los colegiales*, pág. 132. Traducida del ruso por N. Tassin. "Colección Universal". Calpe, Madrid.

adolescentes, y el mismo que hace un instante juraba no reconocer otra voz que la de su propia ambición, se detiene a veces a protestar por un abuso o se arma en guerra para combatir una injusticia. Así el adolescente de Dostoiewski, obsesionado por la idea de llegar a ser un Rothschild, economiza en dos años setenta rublos ahorrando sobre su hambre y su sed. Pero una noche, en la puerta de la casa en donde vive, encuentra a una niña abandonada. Su patrón con tranquilo egoísmo dispone enviarla a la inclusa; pero nuestro adolescente no puede presenciar el gesto cruel y se ofrece enseguida a pagar él solo la nodriza. . . . La mitad de su capital se le desvanece así en un instante, y descubre al mismo tiempo, con asombro, que la ambición había sido incapaz de alejarlo por completo del sentimiento humano, y que ha bastado un solo impulso de simpatía cordial para destruir en una noche lo que su afán de dominio había venido acumulando en tanto tiempo (2).

El individualista desenfrenado de los primeros años reconoce así la existencia de un medio social para el cual tiene obligaciones tan ineludibles que en ningún momento le es posible suprimirlas o negarlas. Si la idea de lucha y concurrencia domina en el primer período, la idea de asociación y de solidaridad se instala en el segundo. Pero no ya únicamente en función de otros adolescentes con necesidades y aspiraciones idénticas a las suyas, sino en función de un conjunto más extenso y variado en el cual empiezan a lograr cierto equilibrio las tendencias igualmente legítimas del egoísmo y del altruísmo.

La propia exhuberancia de sus fuerzas tenía que llevarlo fatalmente a buscar el contacto de su grupo. La soledad, aun la más magnífica, no puede darle sino la ilusión momentánea del pleno desarrollo. Desligado del ambiente social, quedarían insatisfechas en el adolescente muchas aspiraciones de las cuales no ha adquirido aun conciencia clara y que son, por lo menos, tan vigorosas como aquellas otras que no tienen en cuenta más que al yo. Resultaría así una personalidad fragmentaria, decapitada y trunca. El deseo imperioso de desenvolverse íntegramente, llevando a plena luz las posibilidades que se agitan en su alma, conduce necesariamente al adolescente a participar de una manera activa y personal en la vida social que le rodea. Por ese camino, los sentimientos más nobles, los

(2) Dostoiewsky: *El adolescente*, tomo I, pág. 147.

que completan la personalidad del individuo, le van a salir al paso uno por uno. Algunos sacrificios le serán impuestos, algunas exigencias de sus deseos egoístas quedarán estranguladas o cohibidas, pero en cambio goces nuevos compensarán ampliamente sus mortificaciones. Es, por ejemplo, infinitamente más cómodo continuar viviendo a expensas de los padres aún en plena adolescencia, prolongando tanto como sea posible el parasitismo natural de la niñez; pero esa dependencia con respecto a la familia lleva consigo un sentimiento mortificante de humillación y servidumbre. El dinero ganado, en cambio, a costa de un esfuerzo procura una impresión de poderío, de confianza en sí mismo, de sentimiento de libertad y de independencia que no podrán conocer jamás aquellos que lo agradecen como dádiva o lo recogen como tributo.

Esa impresión de conquistar derechos previo el cumplimiento de deberes, refuerza de tal modo el sentimiento de reciprocidad en que se funda la idea de justicia, que las más altas cualidades morales del adolescente alcanzan en ese instante su expresión más pura. La lealtad, la franqueza, el amor a la verdad no son sino expresiones desiguales de un mismo sentimiento de comunidad: es decir, una manera de resolver las cosas de modo que adquieran para todos los hombres una igual validez. Pocas injurias más hirientes que la de sospechar al adolescente en pecado de mentira: a los dieciocho años no hay uno solo que no pueda repetir con orgullo igual las palabras tan dignas de Telémaco: "basta que la mentira sea mentira para no ser digna de un hombre". Ese descubrimiento del hombre como supremo ideal social requiere casi siempre el abandono, a menudo doloroso, de tenaces prejuicios inculcados en la escuela y el hogar. Me refiero a lo que podría llamarse la "conversión laica" de los adolescentes y que bien merece dos palabras.

Cuando se revisan los estudios sobre el particular, especialmente ingleses, norteamericanos y alemanes, sorprende la rica documentación amontonada en torno de las crisis religiosas en los adolescentes. Starbuck (3) que las ha estudiado en especial, señala el máximo de frecuencia en la vecindad de los dieciseis años. Después de un período previo de "afán y de tormenta", es decir de conflictos y de vacilaciones, el adolescente

(3) Starbuck: *The psychology of religion*, Londres, *passim*.

adquiere de pronto la sensación de un renacimiento, algo así como de un brote súbito de la gracia que originara en su ser una exaltación dichosa. Preparada casi siempre por la penitencia o el ascetismo, la conversión religiosa señala el momento en que aflora a la conciencia un largo trabajo subterráneo.

Carezco en absoluto de opinión sobre este tema. En países protestantes, sobre todo en Norte América en donde no existiendo una iglesia nacional hay una incalculable multiplicación de sectas, es posible que el fenómeno atormente con alguna frecuencia el alma de los adolescentes. La edad, por otro lado, en que los protestantes realizan la iniciación religiosa de los jóvenes, mucho más tardía que la llamada "comuni6n" en los cat6licos, explica adem6s las inquietudes religiosas en la vecindad de los diez y seis a6os, seg6n los resultados estadísticos de Starbuck. En un pa6s como el nuestro en que la gente es cat6lica por las mismas razones que es argentina, es decir por haber nacido en un pa6s de tradici6n cat6lica, la religi6n no es problema que turbe la conciencia de los adolescentes. Se trata por lo com6n de una imposici6n en la infancia, a una edad en que el ni6o no comprende ni poco ni mucho lo que de 6l se pide, y en la que muy a menudo la "primera comuni6n" no pasa de ser m6s que una fiesta m6s. Los 6nicos casos de conversiones religiosas que he podido seguir de cerca no ocurrieron en la adolescencia sino en plena juventud: l6stima grande, sin embargo, que se trataba de escritores, y l6stima porque es sabido que las conversiones religiosas en los escritores son un poco como los robos de alhajas en las artistas. . . .

No me voy a ocupar pues de un problema sobre el cual tendr6a que repetir 6nicamente la opini6n de los dem6s; pero quiero se6alar aunque sea a la pasada la existencia de un problema en cierto modo similar y que por eso mismo acabo de llamar "la conversi6n laica" de los adolescentes. Me refiero al pasaje del sentimiento de patria al de humanidad tal como ocurre en ese instante de la evoluci6n individual. La pr6dica absurda de la escuela, con la exaltaci6n nacionalista que la envenena, ha deformado de modo tal el sentimiento leg6timo de patria que ha llegado a convertirlo en una amenaza constante, en un fanatismo turbio, tan propenso al desarrollo de la inquina y del odio, de la incomprensi6n y de la envidia, que pocas cosas hay m6s tenebrosas que el alma de las gentes que

hablan a cada rato de la patria. ¿Cómo disponerse a comprender con simpatía la cultura o la historia de los pueblos vecinos, cuando se lleva por anticipado la convicción absurda de que no hay nada superior a las cosas del terruño ni glorias comparables a las propias? Lo que sorprende, lo que parece en cierto modo imposible, es cómo pueden existir individuos suficientemente fuertes para arrancarse del alma una enseñanza a la cual contribuyen por igual el prestigio de la escuela, la prédica de los grandes diarios, las declamaciones de los políticos, las festividades ruidosas de los gobiernos. Bajo la impresión desgarradora de la gran guerra, Clerambault en plena madurez pudo reconocer de pronto el error criminal en que hasta entonces había vivido; pero esas conversiones súbitas al sentimiento humano encuentran clima más propicio en las etapas finales de la adolescencia. Por encima de las diferencias artificiales de las patrias, el adolescente descubre una realidad más amplia y superior; y ese descubrimiento, con la nueva dimensión que incorpora al espíritu, le hace concebir la propia patria como simple miembro de una pluralidad de estados cuyo concurso es indispensable para hacer efectiva alguna vez la tan ansiada sociedad de los pueblos. La idea de justicia, aplicada primero a los casos concretos que la vida de su medio inmediato le pone ante los ojos, se agranda súbitamente con la incorporación de la familia humana a la intimidad más cordial del adolescente. Si la simpatía lo llevó primero a la idea de justicia, la conversión al humanitarismo lo pone ahora sobre el camino de la justicia social. Ya no basta simplemente admitir la vaga posibilidad de una concordia entre los pueblos; comprende ahora que los enemigos que suponía al principio acechando continuamente las fronteras de la patria, son los mismos que dentro de la patria la dividen en dos clases de oprimidos y opresores, de explotadores y explotados. La historia adquiere, a partir de ese instante, un significado que el adolescente hasta entonces no había comprendido. Si en un comienzo pudo atraerle en ella lo pintoresco y lo dramático, lo superficial y lo anecdótico, algo hay ahora que le hace contemporáneo de todas las épocas y le mueve a ocupar en cada pueblo un puesto ideal en sus conflictos, y ese algo es la certidumbre plena de que las fuerzas inconciliables que se disputaron en otro tiempo el dominio de la escena son las mismas que

continúan luchando bajo nuestros ojos cualesquiera que sean las diferencias en los actores y en el público.

Pero cabe ahora preguntar: el proceso que lleva al adolescente hasta la crisis brusca de la conversión, ¿es un trabajo elaborado únicamente con las fuerzas de su alma o requiere además, y en cierta forma, la necesidad de un consejero y de un excitador? Aparte de la simple observación empírica que testimonia en este último sentido, un estudio minucioso de Wagner distingue seis tipos de maestros: el *tipo religioso*, venerado por los alumnos que pertenecen al mismo tipo, y despreciado por los otros; el *tipo estético*, adorado por los alumnos afines y un poco ridiculizado por los que no lo son; el *tipo lógico y científico*, considerado "genial" por los del tipo similar y que permanece como un extraño para los demás; el *tipo económico*, preocupado únicamente del examen y del éxito inmediato, sin conseguir casi nunca la afición de nadie; el *tipo dominador*, que no respeta la personalidad de los alumnos y que no provoca en ellos más que temor u oposición; y el *tipo social* en fin, impregnado de tendencias altruistas, que provoca siempre la estimación de todos y la devoción apasionada del gran número. (4).

Como aquel Pablo Boutelier de que nos habla Barrés en *Les Deracinés*, el maestro de tipo social remueve poderosamente la mentalidad de sus alumnos nada más que con añadir a la enseñanza de su materia ese otro estimulante poderoso que se llama las ideas de su tiempo: nó las palabras grises de los libros de texto, sino esas otras apasionadas y candentes que circulan en las calles, se enardecen en los cafés, se enrojecen como ascuas en las plazas públicas. "Partero de almas" se decía Sócrates, ¿y qué otra cosa sino parteros de almas esos profesores o escritores que en la intimidad de las aulas o en las páginas estremecidas de ciertos libros elevan poco a poco hasta la plena conciencia todos esos nobles deseos del adolescente que esperaban anhelantes una expresión que los defina, una fórmula feliz que los perfile?

Fijados así en grandes líneas los caracteres más salientes de la "conversión", nos quedaría aún por preguntar si el móvil que hasta ahora hemos señalado no será a su vez la expre-

(4) J. Wagner: *Das Werterlebnis zwischen Schüler und Lehrer*, en *Zeitschrift für pädagogische Psychologie*, XXX, 7-8, 1929, pág. 324.

sión superficial de otro factor que llega más lejos en profundidad y que nos queda aun por discutir. Para nosotros, lo hemos dicho, el móvil fundamental del idealismo en los adolescentes es el despertar vigoroso de los intereses sociales: tímidos en un principio bajo la forma reducida de la simpatía, más firmes después al concretarse en la idea de justicia, plenamente conscientes de sí mismo al fin, bajo la forma de la solidaridad humana.

Este proceso, esencial en mi opinión, no representa para otros nada más que lo exterior: por debajo, rastreando en lo más hondo, aparecería siempre la tendencia sexual como un motor oculto y poderoso. La inmensa mayoría de los psicólogos de la adolescencia repiten hoy esa opinión; opinión que ha adquirido últimamente cierto aspecto de cosa sancionada bajo la influencia ruidosa del freudismo. Es curioso señalar que Stanley Hall, el iniciador de la psicología de la adolescencia, admitía desde sus primeras lecciones en Harvard, ese íntimo parentesco de la religión y el sexualismo que investigadores actuales como Starburck y de Sanctis admiten también en nuestros días. Como por religiosidad Stanley Hall entendía también el despertar de los sentimientos éticos, sociales y metafísicos, se comprende que no andaba muy lejos de la tesis actual del psicoanálisis que hace de los sentimientos religiosos, intelectuales y científicos una *sublimación* más o menos disfrazada de la libido. Sublimar quiere decir dar salida por cauces socialmente útiles a formas del instinto sexual en sí mismo reprobables o nocivas. Así, por ejemplo, Stanford Read afirma que la investigación en los laboratorios es el cauce correcto por el cual se desahoga la primitiva curiosidad sexual de los adolescentes, y que el exhibicionismo perverso en el cual la pubertad se manifiesta a veces puede convertirse, cuando se sublima, en la vocación no perversa del orador, del predicador o del actor. (5).

Sin compartir de ninguna manera las tesis del psicoanálisis, Spranger ha caído en confusiones parecidas al sostener su ambigua concepción del "eros". "Los hombres — dice — no hubiesen sabido jamás lo que es lo ideal si no hubiesen podido tener vivencias eróticas" (6). La simpatía, la amistad,

(5) Stanford Read: *Luchas de la adolescencia masculina*, traducción del inglés por Emilio R. Sádía, págs. 77 y 138, editor, Beltrán, Madrid.

(6) Spranger: *Psicología de la edad juvenil*, pág. 126 - 127.

el altruismo, la solidaridad no serían pues más que formas cada vez más sutiles de una misma y fundamental atracción entre los sexos. (7).

La teoría de la sublimación — que recuerda por tantos aspectos el concepto de la *equivalencia* expuesto por Morel y adoptado por Charcot y Lombroso — reposa en este caso sobre una interpretación abusiva de los términos, sobre una psicología errónea de la tendencia sexual y sobre un concepto equivocado de las suplencias. Al afirmar, por ejemplo, la identidad entre el amor maternal y el amor a la humanidad, nos dejamos engañar por las palabras. Entre nosotros la palabra "amor" tiene una significación tan extensa como la palabra "amistad" entre los griegos. Como nosotros hablamos de "amor filial", ellos hablaban de "amistad filial". (8) Pero aunque el término sea el mismo, existen diferencias fundamentales entre el amor del hijo por la madre y el del individuo por la colectividad.

Fuera de ese error de imprecisión en el vocabulario, lo más falso de la teoría de la sublimación reside en su concepto de la tendencia sexual. Para el psicólogo que la analiza en su pureza, la tendencia sexual aparece como en absoluto extraña a la bondad y la simpatía. Fué un error de Comte, (9) compartido por muchos psicólogos, el suponer que la atracción de los sexos estimuló la fundación de la familia, con los sentimientos de altruismo que vinieron después. La tendencia sexual en lo que tiene de propio es fundamentalmente egoísta, (10) con el egoísmo particular a todos los apetitos. Como el hambre y la sed, la tendencia no aspira a otra cosa que a saciarse. Como para ello necesita en condiciones normales la complicidad del otro sexo, se explica la momentánea atracción y la aproximación igualmente necesaria. Más tan pronto como el apetito se ha saciado, la atracción entre los sexos ha concluído. Y aun más: un sentimiento de hostilidad cuando no de repugnancia puede suceder al primitivo impulso de aproximación. No de otra manera el mismo plato cuyo olor despertó

(7) Delmas y Boll: *La personnalité humaine*, pág. 78, editor Flammarion, París.

(8) Ver en especial Dugas: *L'amitié antique*, editor Alcan, París.

(9) Comte: *Catéchisme positiviste*, pág. 166, editor Garnier, París.

(10) Me parecen excelentes las páginas que Ribot le consagra en su *Psychologie des sentiments*.

nuestro apetito, nos causa repulsión un momento después de haberlo satisfecho.

Tal es la tendencia sexual en lo que tiene de particular, de descarnado, de animal. Nada hay en ella que pueda convertirse en sentimientos más depurados y más nobles: como nada hay tampoco en las otras necesidades que se apagan al cumplirse. La simpatía no es una sublimación de la tendencia sexual sino otra tendencia que se le puede añadir o no añadir; rica sí en posibilidades múltiples y capaz de engendrar como hemos dicho desde la amistad individual hasta la solidaridad humana.

En cuanto al núcleo fundamental de la tesis de la "sublimación", por fin, nos parece igualmente equivocado. Cuando decimos por ejemplo que la tendencia sexual puede ser desviada de su recto camino y convertida por ejemplo en curiosidad desinteresada, me parece que confundimos groseramente cosas completamente desiguales. Cuando Pascal para calmar sus neuralgias se empeñaba en resolver el problema de la curva cicloídea, ¿nos atreveríamos a decir que la geometría fué para él una sublimación del dolor de muelas? En el sentido en que lo usan a menudo los psicoanalistas, yo no alcanzo a distinguir muy a menudo qué diferencias hay entre "sublimar" y "distracer". El adolescente que para calmar una inquietud sexual se fatiga en los deportes, no sublima su tendencia sino distrae su atención: no de otra manera el farmacéutico engaña a menudo nuestro gusto cuando corrige con la acidez agradable de la naranja el olor nauseoso del ricino.

Sentimientos de justicia, de solidaridad y de humanitarismo no son por tanto derivaciones de la sexualidad. Son el producto refinado y noble de otra tendencia originaria, tan irreducible como la tendencia sexual misma, y cuyas manifestaciones más concretas habremos de ver la clase próxima en la amistad y en el amor.

Análisis de Libros y Revistas

"PROBLEMAS DE LA INFANCIA. INFANCIA ABANDONADA. INFANCIA Y DELINCUENCIA". — Publicaciones del Museo Social Argentino. Imprenta de la Universidad. Buenos Aires. 1932.

El Museo Social Argentino acaba de dar a publicidad bajo el título del epígrafe una serie de conferencias dictadas de Septiembre a Noviembre de 1931 bajo la organización de una de las Secciones destacadas de su seno, la Comisión de la Infancia.

La variedad de los temas abarca todos los aspectos del problema de la infancia abandonada y delincuente, pero la diversidad de los conocimientos, capacidades y criterios con que han sido realizados priva a ésta publicación de una unidad de conjunto. Aún en algunas de las conferencias falta un plan o una idea central que rija la ordenación del material y son sólo enumeraciones de datos o de ejemplos a veces literarios y sentimentales. A pesar de esto, el mérito de dos o tres trabajos salva la eficiencia de la publicación, en la que los interesados por los problemas de la infancia encontrarán detalles o ideas útiles, y apreciarán el esfuerzo de los componentes de la entidad por dar más amplio escenario a sus preocupaciones.

Legislación y Tribunales para menores. Por Jorge E. Coll. — La importancia de la vida individual se evidencia tan sólo en cuanto cada individuo es función de una sociedad; aislado de la vida social, el hombre nada significa. Los intereses colectivos crean una cantidad de deberes y derechos que cada uno debe manejar y cuyo incumplimiento atrae sobre sí la sanción de la colectividad. Entre los deberes, el de la patria potestad que rige la organización de la familia obliga a los padres a ocuparse de la manutención de sus hijos y cuando tal obligación no se cumple la colectividad ejerce sobre ellos el derecho de disponer de la prole para educarla de acuerdo a sus intereses. La protección a la infancia es pues una obra de defensa social, no una cuestión de sentimentalismo.

Los aspectos de la protección a la infancia en abandono deben ser encarados considerando las causas sociales que lo han engendrado. Es por esto que la única clasificación científica de los niños abandonados es la que se hace sobre el estudio psicológico del niño y de las causas que le han colocado en situación de ser tomado por la ley. El Dr. Coll propone una clasificación en: Niños abandonados materialmente, moralmente, y en peligro moral, que contiene todos los casos que hacen necesaria la intervención del Tribunal de Menores.

Nuestra ley N° 10.903 que estatuye los deberes de la patria potestad, suprime la prisión preventiva de los menores, permite la organización de

Tribunales especiales y autoriza a los Jueces a disponer de los niños prescindiendo de la autoridad de los padres cuando se encuentran en peligro moral, no debe ser la última palabra que nuestra legislación diga en pro de los niños abandonados. El Dr. Coll cree de imprescindible necesidad la introducción en ella de dos nuevas instituciones: *la adopción y el delito de abandono de familia*; y señala la deficiencia de nuestra ley penal en la concepción de las infracciones de que son víctimas los menores, y en lo que se refiere al derecho de investigación de la paternidad de los hijos adulterinos.

Nuestra ley civil tiene no obstante una institución original: el Ministerio público de menores, que ha precedido a los Tribunales de menores, pero que debe ser reemplazada por éstos, pues la actividad debe estar regida y controlada por una sola institución que abarque todos los aspectos de la protección a la infancia.

El *Tribunal para menores* debe abarcar la jurisdicción civil y criminal; los actuales asesores de las Defensorías de Menores entenderían en las funciones judiciales que preceptúa el Código Civil. El Tribunal estará bajo la autoridad de un juez que debe ser letrado. Funcionando bajo el control del Tribunal, debe haber una institución llamada de *libertad vigilada*.

Como una consecuencia necesaria de una buena legislación y del establecimiento de Tribunales para menores, se impone enseguida la creación de Instituciones que recojan para su saneamiento moral y su enseñanza profesional al menor con quien ha tenido que verse la justicia. A este fin la ley debe estatuir la acumulación de fondos propios para la creación de dichos establecimientos y debe tener bajo su amparo lo que hasta ahora sólo se ha practicado por Decreto: un *Patronato Nacional de Menores* formado por una comisión honoraria que se encargue bajo su responsabilidad de la dirección inteligente y honrada de esos fondos. Sólo por el esfuerzo coordinado de la Ley, el Tribunal y el Patronato se conseguirá encaminar y reducir la legión de niños abandonados que son el lastre de nuestra cultura y cuya atención debe estar en la base del más elemental humanitarismo.

El trabajo del Dr. Coll que evidencia una vez más su autoridad y competencia en estos asuntos, es uno de los más serios y substanciosos del libro.

La Educación en las Obras de previsión y de protección a la infancia. — Por Ernesto Nelson. — Idealistas como Horacio Mann, creador de la escuela pública gratuita, han asignado a la Educación el poder de rescatar a la Humanidad de sus calamidades; pero la organización escolar tal como se halla actualmente no muestra aún ese poder y en oportunidades queda por debajo de él contribuyendo a acentuar los prejuicios heredados que detienen el desenvolvimiento del ideal democrático y favorecen el desarrollo de disposiciones y la formación de hábitos cuyo aumento impedirá una vida más próspera a la solidaridad social. Infinidad de actividades que la escuela desarrolla apartan al educando del concepto de su

yo social, que debe ser un yo de cooperación y colaboración, y aún en ocasiones lo contrarían.

Así la escuela marca las diferencias de clase; propicia una educación intelectual fría, descuidando el cultivo de los sentimientos; crea una predisposición contraria a la religión y a la moral por su carácter laico; reduce la moralidad del grupo al nivel del más inmoral de sus miembros; fomenta la actividad valiéndose de medios que, como la emulación exagerada, generan un estado de competencia agresiva, de envidias, de vanidades, francamente antisocial; crea un ambiente autocrático donde cada niño es un autómatas bajo la vigilancia de una autoridad; forja espíritus dogmáticos; transmite un saber independiente de las necesidades humanas dificultando así la visión del misterio humano de la sabiduría; y fracasa por último en el postulado de la educación universal.

Felizmente estos juicios no son definitivos, y la escuela reconociendo que al lado de las aptitudes a desarrollar por medio de la instrucción debía preparar al niño para las actitudes a asumir en su vida social, se ha puesto en camino de redimirse de sus fallas, y no hay nada que niegue totalmente su contribución a la educación moral del niño.

Las escuelas de avanzada han comenzado por ver que formar en el niño la conciencia social no es un problema de moral; un problema de moral tal como lo entiende la escuela tradicionalista: pensar que el conocimiento del bien y del mal bastan para la práctica de una buena conducta; y entendiendo que tales conocimientos no sirven para dirigir la conducta sino cuando van acompañados de las enseñanzas que proporcionan los choques con el medio social, propiciaron la concepción de la escuela como laboratorio en pequeño de la vida y dieron al niño la oportunidad de dar solución allí, prácticamente no en forma conceptual, a sus problemas, intereses y pasiones.

Lo primero que se trató fué dar al niño el máximo de libertad. Sistemas un tanto artificiosos sirvieron este objeto. Entre ellos la *República escolar* puso en manos de los niños el cuidado de la disciplina y la facultad de elegir autoridades entre sus compañeros. Esta tendencia a permitir y provocar en los niños el desarrollo de actividades autónomas dentro de la escuela ha hecho que la vida escolar se enriqueciera con el aporte de manifestaciones ajenas a la misma.

Al mismo tiempo que se satisfacía la necesidad de dar a la vida infantil en la escuela su autonomía, se reconocía la de encarar cada niño como una individualidad preñada de problemas y la educación se preparaba a capacitarlo para abordar su resolución con éxito. Comenzó la distinción y separación de retardados, anormales, predispuestos a la tuberculosis, raquítics, paralíticos y estropeados, y por un delicado proceso de adaptación se dió a cada uno el tipo de escuela y el tipo de educación que le convenía.

Pronto se vió que para servir en forma completa esta finalidad, era necesario considerar las influencias que el niño recibía fuera de la escuela, y a este efecto la escuela destacó de su seno: visitadoras escolares, maestras visitadoras, consejeros vocacionales, psicólogos y psiquiatras.

En esta forma la escuela después de haber solucionado el problema de las diferencias individuales, penetrando el origen de esas diferencias, procura poner a todos los niños en posesión de sus plenos derechos a la educación y a una vida normal y feliz. Realizando una doble función de adaptación y normalización, hace todo lo posible por preparar al niño para servir en la mejor forma los intereses colectivos e individuales, y aunque aún falta mucho para que la escuela cumpla con verdadera eficacia su tarea de hacer un lugar provechoso en la vida al niño abandonado y explotado, al posible delincuente, es verdad que tal resultado sólo puede fluir de una educación mejor y más alta impartida con conciencia y con alma.

El trabajo de los menores. Por Alejandro M. Unsain. — La conferencia del Dr. Unsain es una revisión histórica universal de la situación del menor ante el trabajo, y un análisis de su aspecto en Argentina.

“En todo tiempo el niño trabajó; su trabajo ha quedado incorporado a la producción mundial y trabajará siempre sea cual sea la evolución que el mundo sufra en el futuro”, tales las convicciones que sugiere al Dr. Unsain el estudio detenido del tema.

En la R. Argentina el problema del trabajo del menor se plantea vivamente en 1890 a 1900. Es la época de los comienzos de la industria y del ferrocarril. José Penna, el Dr. Emilio Coni, el Dr. José A. Nevares, y más tarde Miguel Cané y Joaquín V. González, presentaron proyectos sobre el tema; pero no se consiguió que de tales proyectos surgieran leyes. Recién en 1906 el Dr. Alfredo L. Palacios presentó un proyecto de trabajo de menores que fué sancionado al siguiente año. En 1924 esta ley fué derogada reemplazándola una más amplia y completa inspirada en la que sancionó la Convención de Washington y por cuyo establecimiento bregó con entusiasmo el Dr. Augusto Bunge. Esta ley es la que rige actualmente el trabajo de los menores juntamente con otras sobre salario mínimo, descanso dominical, etc.

Gracias a la preocupación de los que administran los intereses de la colectividad, las legislaciones sobre trabajo de menores se perfeccionan gradualmente y cabe esperar que este aspecto de la protección a la infancia tenga en un futuro no lejano un resultado de eficacia verdadera.

La anormalidad psíquica en la delincuencia de menores. Por Nerio Rojas. — Es este el trabajo más interesante; demuestra una información científica seria, y está hecho a conciencia y con orden.

El problema de la criminalidad infantil a cuya solución están abocados estudiosos y legisladores, es un aspecto de ese núcleo central que es el problema de la naturaleza infantil, tan discutido, que mientras Rousseau afirma la bondad natural del niño y la influencia maléfica de la sociedad, Lombroso vé en él un pequeño delincuente. Las reacciones antisociales de los niños deben ser estudiadas mirándolas desde los dos puntos de vista a la vez, porque la delincuencia infantil puede ser una consecuencia de factores de orden social, y de orden patológico individual.

Tomando estos factores como causas, Collin ha separado los delinquentes del “tipo social” de los de “tipo patológico”. El Dr. Rojas completa

esta clasificación abriendo dos subdivisiones en el segundo tipo: el "falso anormal psíquico" y el "anormal psíquico verdadero". Estos últimos a su vez comprenden los "enfermos mentales alienados" y los "anormales psíquicos no alienados".

La investigación científica paciente apoyada por estadísticas numerosas ha señalado la gran importancia del factor patológico en la producción de tipos criminales, y la frecuencia con que se encuentran tipos anormales entre los menores delincuentes.

Esto ha determinado el reconocimiento de la gran importancia que en Criminología debe atribuirse al examen médico-psiquiátrico del menor delincuente, y la incorporación de la actividad médica en todos los casos en que un menor es intervenido por el Tribunal.

La intervención del médico-psiquiatra debe abarcar el estudio del menor, antes, durante y después del proceso.

El estudio de la vida del menor *antes del proceso*, se comprende que tiene un carácter preventivo; el médico debe hacerlo en cada niño anormal que encuentre. Abarcará la investigación de factores hereditarios y datos de afecciones de los padres especialmente la sífilis y el alcohol; comprenderá los antecedentes nerviosos de la familia; averiguará si el niño ha bebido alcohol; investigará la evolución nerviosa y mental del menor; constatará la función de su esfínter vesical ya que una anomalía en tal sentido puede ser indicio de epilepsia; averiguará sus antecedentes relativos a la escuela; la existencia de chocs afectivos, conflictos morales y mentales, y recogerá cuanto dato de todo orden pueda colaborar al conocimiento del pequeño anormal que tiene entre manos, a fin de poder prever todas las posibilidades de delincuencia y hacer así una efectiva profilaxia.

Durante el proceso el médico hará el examen psíquico completo del menor, para lo cual necesita un establecimiento especial de observación que entre nosotros es la Alcaldía del Patronato de Menores. Entre los anormales que han cometido delito el médico encontrará que es abundante el tipo del "perverso congénito". Esta perversidad que inspiraba los actos del tristemente célebre Santos Godino no es siempre congénita; puede ser también el resultado de un estado adquirido como en cierta forma de sífilis cerebral, o consecutiva a la encefalitis letárgica. Entre estos anormales el médico se hallará también en presencia de débiles hiperemotivos, de histéricos, u otros que padecen trastornos de carácter secundario o anomalías de las glándulas internas. Luego del examen detenido de cada caso el médico enviará al Juez los resultados del mismo, junto con su consejo sobre las medidas que pueden aplicarse.

Después del proceso, cuando el menor está ya ubicado en el Establecimiento que corresponde a sus características, el médico deberá vigilarlo de cerca dirigiendo su tratamiento.

Si la importancia del factor patológico es tan grande que merece tales atenciones, no es menos la del factor social. La situación económica de las clases pobres crea un ambiente de miseria, de pobreza fisiológica, que favorece el desarrollo de las predisposiciones patológicas; y aún no existiendo éstas, la sola situación económica conduce a la delincuencia como

medio de defensa. En apoyo de esta convicción está el hecho de que la mayoría de los menores delincuentes provienen de las clases pobres. Por este aspecto que muestra al desnudo una de las deficiencias de la organización social, el problema de la delincuencia infantil deja de ser solamente problema de médicos o de juristas, para ser también tema para obra de intelectuales, de políticos, de magistrados, y de todo individuo que se considere miembro consciente de la Humanidad.

El Servicio Social en la asistencia de la infancia abandonada y delincuente. Por Alberto Zwanck. — La intervención del entendido en Servicio Social es indispensable en la acción conjunta que médicos y pedagogos realizan por proteger la infancia abandonada y delincuente. La organización actual de la asistencia, en que Gobiernos, Instituciones e intelectuales estudian y tratan de dar solución al problema de cada vida que lo necesita es la culminación de una labor de siglos que se inició con la dádiva espontánea que se ofrecía para satisfacer necesidades inmediatas sin interesarse por el origen o las posibles consecuencias de las mismas. A esta asistencia *paliativa* siguieron la *preventiva* y la *curativa*. La asistencia actual, *constructiva*, pretende mucho más que las anteriores porque sabe también mucho más. Ha visto la solución del problema como una obligación y lo ha atacado con todos los elementos de la ciencia. Ha organizado así el Servicio Social destacando de su seno en tarea de buzos: las Visitadoras de Higiene y los Asistentes sociales.

La Visitadora es el portavoz de la Medicina preventiva. Trabaja en estrecha colaboración con el médico. Busca el necesitado de asistencia, le examina, recoge todos los datos de ambiente y lo presenta. El médico lo examina a su vez, establece el diagnóstico e indica el tratamiento. La Visitadora vela por su cumplimiento y atiende al mejoramiento del ambiente.

El Asistente social puede trabajar independientemente del médico, pues su función es ir a los casos de necesidad material. La Visitadora y el Asistente se identifican en un aspecto de su labor: la comprensión, la penetración de la psicología de cada individuo y su acercamiento efectivo.

La principal preocupación del Servicio Social es mantener la integridad del hogar. En los casos en que el hogar falta, el Servicio Social lo procura. Con esta norma, la evolución de las Instituciones de Asistencia se hace en el sentido de darles el aspecto de hogares en todo lo que sea posible: "NI CARCEL, NI ASILO: HOGAR". Se da a cada niño abandonado oportunidad para desarrollar su personalidad y se le capacita para sacar de sí mismo fuerzas para sostenerla.

Las Instituciones oficiales y privadas en la prevención y protección a la infancia desvalida y delincuente. Por J. M. Paz Anchorena. — Las Instituciones de protección a la infancia marchan siempre en retardo con respecto a las legislaciones. Esta situación es provocada ante todo por dificultades de orden económico. El esfuerzo por dar a nuestra legislación en este asunto la forma de las más adelantadas legislaciones del mundo, es un esfuerzo en el vacío si no se contempla a la vez la organización y la centralización de instituciones igualmente adelantadas. Para mostrar todo

lo que hay que hacer en nuestro país en ese sentido el Dr. J. M. Paz Anchorena realiza un estudio de nuestras Instituciones, las compara con las Europeas y sugiere la forma de adaptarlas. En principio considera que una centralización que abarque juntamente el contralor de las instituciones oficiales y privadas es imprescindible. Contempla igualmente la necesidad de una Institución que como la Escuela de Observación de Moll estudie al menor para enviarlo al establecimiento que más le convenga.

Las instituciones oficiales y las privadas deben organizarse en un engranaje común porque la acción que ambas realizan está estrechamente vinculada y es cooperativa. Por otra parte, las dos son igualmente necesarias.

La caracterización de los establecimientos es otra cuestión de suma importancia; es tan malo para el menor permanecer en un ambiente de hacinamiento, como ser enviado a una institución que le dé una educación en contra de sus disposiciones.

Las instituciones oficiales tienen una organización de grandeza, mucho número, mucha técnica, mucha instrucción y mucho sport. Se dá al niño un ambiente que no encontrará al salir de allí y no se le proporciona el ambiente de hogar que es el que le conviene. Las Colonias oficiales son modelos en su organización; pero podrían lograrse mayor número de instituciones si las cosas se encararan más modestamente.

Las instituciones privadas no pierden por lo general el punto de vista del hogar porque su organización es más en pequeño.

La organización ideal sería la que colocara al niño abandonado en el seno de una familia que lo eduque; práctica adoptada en Europa y Norte América.

El caso de los niños que no puedan ser asistidos por sus padres en forma completa, podría ser encarado de manera que el Estado se encargara de ellos en parte, no tomándolos a su cargo por completo. Con esto se evitaría que los padres los desatiendan y los olviden en las instituciones. Sería ideal una escuela que tuviera a su cargo los niños durante la mayor parte del día y los devolviera por la noche a sus hogares. Una organización así convendría al Estado, a quien impiden mayor dedicación a estos problemas sus dificultades económicas.

La familia en el abandono y la delincuencia infantil. Por Gustavo J. Franceschi. — Ilustrando el tema con múltiples ejemplos de marcado tono sentimental, Monseñor Franceschi trata de demostrar la importancia de la conservación de la familia en la organización social, como medio de evitar la existencia de menores abandonados y delincuentes.

El tema ha sido abordado en forma unilateral. Toda la importancia del problema ha recaído sobre las influencias sociales: la familia en particular. Se nace con tendencias buenas y malas y la educación hace lo demás. Escapa a su consideración que la individualidad del delincuente puede estar cargada de disposiciones heredadas que lo impulsen al delito; y así se comprende que afirme que "no debemos considerar al delincuente en sí" sino al ambiente que lo ha formado y que la delincuencia sea en-

tonces para él una parte del problema de la inmoralidad del que no difiere sino en grado.

Como la moralidad del ambiente forma la moralidad del individuo, todo lo que se haga por elevar el nivel moral de la familia "que es la célula social", por hacer más sólidos sus cimientos, y por evitar todo aquello que como el divorcio favorezca su inestabilidad, elevará la moralidad de sus componentes y será trabajo hecho en pro de la disminución de la delincuencia infantil.

Las causas de abandono, de desorganización, de rebajamiento moral en la familia son por lo general de origen económico. Es necesario entonces abordar el problema por el lado de la familia obrera y procurarle una forma de vida más humana, eliminando la casa de vecindad y el conventillo.

La readaptación social del menor delincuente. Por Carlos de Arenaza.— En la consideración y tratamiento de los menores abandonados y delincuentes, es necesario acabar con prácticas y prejuicios que retardan su eficacia. Esencial entre ellos el prejuicio de separar los niños abandonados de los delincuentes, marcando a estos últimos con un signo de oprobio. El niño delincuente no debe ser aislado por el sólo hecho de haber cometido un delito; sólo un estudio individual detenido debe aconsejar la separación. La legislación moderna da por eso al delito una interpretación de "accidente"; no es sino la señal que revela la existencia de una vida que reclama la ayuda social. Ante ella el estudio individual se hace necesario y aquí se plantea el problema de las condiciones en que el mismo debe realizarse. El menor procesado debe ser detenido e internado? La misma necesidad de conocer al menor en su medio aconsejaría la negación de esta práctica, porque al colocar al menor en un Instituto se le rodea de un ambiente artificial en el que él no ha actuado. Mas como la observación y el estudio médico-psicológico es imprescindible y sólo puede realizarse en un establecimiento equipado, la internación es conveniente. Un establecimiento como el de Moll llenaría esta necesidad.

Cuando el resultado de la observación indica que el menor no es peligroso y su internación no es indispensable, un organismo como la *libertad vigilada* es el camino más aconsejable. El niño es confiado a una familia que lo educa bajo el control de una organización central.

En cuanto a las causas de la delincuencia infantil, el Dr. Arenaza reconoce la influencia de factores biológicos y sociales.

La misión de la asistencia social no debe ser sólo la de aislar de la sociedad el elemento de peligro, sino reeducarlo para devolverlo en forma de miembro útil. Pero toda la impropia labor realizada para readaptar el menor abandonado o delincuente queda reducida a cenizas si no existe una Institución que mantenga contacto con él una vez devuelto a la vida social. Esta Institución que existe en Bélgica con el nombre de "Hogares de semi-libertad", en Inglaterra con el de "Auxiliar Home" y en España con el de "Casas de perseverancia", coloca al menor en la situación responsable de atender por sí mismo a su vida, pero continúa impartándole la ense-

ñanza profesional que lo habilita para ello, y le instruye en la administración de su dinero.

Dos son los sistemas ensayados: el hogar independiente y el hogar como sección anexa a las Escuelas, Reformatorios o Casas de detención.

Los menores se reúnen en el hogar para almorzar y cenar y realizan veladas después de la cena. La institución está atendida por un matrimonio y la capacidad es de menos de treinta personas ubicadas en dormitorios para tres o cuatro pupilos.

El ambiente es de franca camaradería y la vida, familiar.

La libertad que el menor adquiere es así progresiva, y la influencia de este tipo de hogar que mantiene en el menor el espíritu de laboriosidad y disciplina, permite a su tiempo devolver al seno de la sociedad en libertad completa un individuo con las máximas posibilidades de integrarla con provecho.

Agrégándose al pensamiento que fluye de los trabajos anteriores, el del Dr. Arenaza nos muestra que en este aspecto de la protección a la infancia, la Argentina tiene aún mucho por hacer.

La acción de la mujer en las Obras de previsión y asistencia de la infancia. Por Celia Lapalma de Emery. — Seguramente es este un tema que merece dedicación y estudio especiales. Cuando se piense en la mujer para hacerla cooperar en las obras de protección a la infancia, se la quiere llena de solicitud maternal y bien dispuesta a realizar campañas económicas. Aunque esto es ya mucho, debemos aspirar a que la mujer que colabore esté capacitada para penetrarla con el mismo interés científico y la misma preocupación social que el hombre. En la protección a la infancia como en cualquier problema social, el sentimiento es en verdad valioso cuando subraya lo que la inteligencia ha interpretado de antemano.

La Señora de Emery se pone al lado de los que piensan que si en la campaña de protección a la infancia abandonada la mujer no podía permanecer indiferente, es porque ella, con su amor a los niños, su facultad de comprensión y sus sentimientos, es necesaria junto a la labor científica y técnica.

En nuestro ambiente la mujer es cooperadora en esta obra y a su iniciativa y dedicación se debe el mantenimiento de muchas instituciones privadas. La *maternidad social*, da oportunidad a la mujer de posición holgada para colaborar poniendo al servicio de las instituciones su dinero, sus sentimientos o su influencia.

Tanto en las instituciones privadas como en las del Estado la mujer argentina presta su colaboración con sentimiento y desinterés. No escapa a su penetración que en el estado actual de nuestra organización social el mejoramiento de la condición de la infancia desvalida es de capital trascendencia, y en su campaña de proselitismo ella lucha por encadenar a su esfuerzo renovadas voluntades. — *Julia Laurencena.*

GOETHE Y EL PROBLEMA DE LA EDUCACION INDIVIDUAL, por Rudolf Lehmann. Traducción del alemán por José Ontanón. Un volumen (195 x 138) 175 páginas, Ediciones de La Lectura; Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1932.

Expone Rudolf Lehmann las ideas pedagógicas de Goethe. No existía en el poeta aquel instinto de educador del pueblo que movió a Schiller y a Fichte; no es ése el origen de su interés y sentimiento pedagógicos; lo reemplazó una directa relación con la infancia, en la cual participaba tanto el artista como el hombre. Ya desde sus primeros años sentía gran atractivo hacia los niños; con sólo mirarlos despertaba aquel mismo goce estético que en él produjera siempre la contemplación de la Naturaleza y de sus bellezas vivas, hallando realizada en el niño una igual idea de perfección. La crítica de Goethe, joven, va en primer término contra la deformación y recargo de la juventud, de acuerdo en esto absolutamente con las ideas de Rousseau, más al mismo tiempo le impulsa también su poderosa sensibilidad a intervenir por los fueros de la infancia, quitando valor a la acción educante en general y aún negándole en redondo. Una vez que reconocemos en el niño una naturaleza bella, integral y feliz, apenas puede la mano de los mayores hacer otra cosa que perturbar y hasta destruir esa condición a cuenta de un objetivo de porvenir incierto y aún ajeno a él mismo; y siendo siempre lo mejor entregarse a sí mismo y a la Naturaleza, que nos señala de antemano el camino para nuestro desarrollo, no queda al educador más misión que la de esperar la evolución de las facultades nativas y protegerlas en todo caso contra la obra nociva del exterior.

Con mayor amplitud rechaza la educación, en general, en las "Cartas de Suiza": "Lo que hacemos con nuestra juventud es desterrar cuándo uno, cuándo otro mal hábito, sin pensar que estas inclinaciones son casi siempre otros tantos órganos que auxilian al hombre durante su vida".

Así, vivificante y sólida como es la relación personal del joven poeta con el mundo infantil, resulta, sin embargo, puramente crítica y aun negativa su actitud con respecto a la educación. Ciertamente que ambas cosas no podían subsistir juntas a la larga, siendo el proceso mismo de la vida quien se encargó de resolver el conflicto, mediante el concurso de almas juveniles que se le aproximaron buscando sus luces. De la seriedad con que, ya hombre, realizara su tarea educadora, y de la conciencia de ser de ella responsable, resulta evidente contradicción con su primitivo punto de vista: aquello a que antes se sentía refractario vino a imponérsele al fin: el problema de la educación, respecto de cuyo valor se mostró escéptico hasta que hubo de comprobarlo y apreciarlo por la experiencia propia. Muy claro y notable testimonio de aquella época de crisis en sus ideas pedagógicas tenemos en el poema "Ilmenan" del año 1783. Queda íntegra en el alma del poeta esa contradicción entre la propiedad indestructible del individuo y los fueros que la educación reclama; abstraído el conflicto a la esfera de lo personal por los estudios biológicos y la amplitud de pensamiento que alcanzara el trabajo de Goethe en los decenios inme-

diatos, obtiene con ello una fundamental importancia para las ideas pedagógicas, llegando por último a resolver la antinomia merced a un más profundo concepto de la naturaleza y los métodos de la educación, colocando a ésta en la cúspide de la vida y no en forma de exposición sistemática, sino en varias poesías de denso contenido, según convenía mejor a su carácter.

Ya en el último tercio de su vida entraron en su horizonte aquellas ideas y tendencias de índole social, para las cuales le faltaba inclinación natural y dotes propios, aunque era forzoso admitirlas dentro de su evolución interior y externa, dada también su situación en el centro y pináculo de la vida alemana. Volviendo la vista atrás, a sus progresos juveniles, se le representaba necesariamente la subjetividad propia como un sello peligroso, y había que borrarlo para poder actuar en lo sucesivo con la comunidad y a favor de ella y ese mismo deber de renunciación, de dominio y limitación de sí mismo que le había dirigido en su propia vida y ahora, fué igualmente decisivo para la idea de educar a la juventud.

El nuevo concepto del mundo que comenzaba a influir en la época, tenía que remover las ideas en materia pedagógica. El nuevo pensamiento fundamental surge primeramente en Rousseau, consciente del valor revolucionario que contenía; después, lo abarca y profundiza Pestalozzi de un modo sistemático; pero fué Goethe quien comprendió en todo su contenido y alcance el problema que por fuerza había de aparecer ante el choque de la pedagogía tradicional con las consecuencias que trajo el nuevo mundo de ideas; y la situación que éste representa en la historia de la filosofía sirve a su vez de base a la importancia histórica del pensamiento acerca de la educación.

Para el racionalismo, frente a la facultad razonadora del hombre, figuraba el factor irracional de la vida anímica no sólo cual de menos valor, sino, aun psicológicamente, de una importancia subordinada: la voluntad depende en absoluto de la idea racional, que determina siempre, o puede determinar, su dirección. Por tanto, educar y formar no significan otra cosa que desenvolver la vida de representación del alumno, obrar mediante la razón sobre su razón. Y como el pensamiento racional es siempre el mismo y está sometido a unas mismas leyes lógicas, los hombres, y la juventud en particular, se hallan de todo en todo dispuestas a igual grado de influjo razonado y capaces de una igual evolución. Este concepto rígido del racionalismo fué, en primer término, criticado por Rousseau, que no considera ya el espíritu del alumno como algo impuesto, susceptible de formar desde fuera, mediante la labor de métodos con seguridad mecánica, pero admite este pedagogo la igualdad de las facultades humanas y su capacidad de desarrollo, que aparece con mayor relieve en la marcha graduada de la evolución natural desde la infancia hasta el hombre.

Esta convicción vaciló en su base al forjar Goethe la idea de lo orgánico llevada a sus extremas consecuencias, hasta dar en los conceptos de lo típico y lo individual. La naturaleza animada está regida, lo mismo que la inanimada, por leyes generales, aunque de distinto orden para cada

una, y no inducen a afirmar la uniformidad, sino la diferenciación de los procesos naturales. La esencia y también la actuación del hombre están determinadas, no por el imperio de leyes generales lógicas, según quiere el racionalismo, sino mediante la especialización de facultades orgánicamente individuales; conceptos que en modo alguno coinciden, como creía Rousseau. La esencia del hombre, en su fondo, no es comprensible por la razón; pertenece al reino que Goethe llamó "demoníaco", a la esfera de lo elemental e irracional. Queda con valor muy problemático aquella utopía de un método de resultado universal, porque es evidente que la diversidad de capacidades exige un procedimiento especial para cada determinado caso. No es sólo deber de la educación respetar la peculiar índole del educando, sino tarea única del pedagogo el desarrollarla como sólo medio de alcanzar una educación verdadera. Sólo puede la educación seguir, no guiar; tal es "el concepto sencillo, pero grandioso, de ella, que comprende en sí todos los demás". — *Rafael Rio*.

PEDRO B. FRANCO. — *Carlos N. Vergara*, el pedagogo de la libertad. Publicaciones del Instituto Cultural Joaquín V. González. 1 folleto, (120 x 180 mm.), 89 p. rúst. 1932.

Con el calor y la emoción de quien siente profundamente cual debe ser la actitud del maestro, Pedro B. Franco ha traducido en este folleto breve su noble intención de destacar al reconocimiento y emulación del magisterio la labor de un maestro de verdad. Antes de leer sus páginas, ya la fisonomía de Carlos N. Vergara, impresa en la tapa nos habla de un hombre recto y bondadoso. La relación que Franco nos hace de su vida nos confirma enseguida que esta rectitud — acuerdo con la propia conciencia — y esta bondad que impregnó de amor su batallar por los niños y por la humanidad, fueron normas en su vida llena de una heroicidad silenciosa.

Egresado en Diciembre de 1878 de la Escuela Normal de Paraná luego de haber acentuado su orientación original por la influencia de dos grandes educadores: Jorge Sterne y José M. Torres, hace sus primeras armas en la práctica de la enseñanza en el mismo establecimiento que lo formara. Debía impulsarlo en su tarea su profunda admiración por Sarmiento que ante su vista sacudía la apatía intelectual de la República. En 1880 ocupa un puesto en la escuela Normal de Mendoza, y al año siguiente baja a Buenos Aires y es nombrado por Sarmiento, entonces presidente del Consejo Nacional de Educación, preceptor de una escuela de la Boca, y luego Director de una escuela Nocturna. El mismo Sarmiento gestiona ante Doña Dolores Lavalle de Lavalle su nombramiento de Director de la escuela del Asilo de Huérfanos. En 1883 el Dr. Benjamín Zorrilla sucede a Sarmiento y lo designa Inspector Nacional en Mendoza. Desde este puesto Vergara inicia el edificio de su reforma pedagógica.

A iniciativa suya, tomada por Zorrilla e impartida como instrucción, todas las Provincias tuvieron una Revista educativa redactada por el

Inspector y estaba en la tarea de estos dar conferencias a los maestros. En 1885 es nombrado Inspector de escuelas en la Capital Federal. A esta altura de su vida traba amistad con José B. Zubiaur y juntos fundan la revista "La Educación", con la que agitan la opinión pública y el magisterio. En lucha abierta contra los males de la enseñanza prodiga con mano leal sus ideas y sus iniciativas; pide la libertad de acción para el maestro: quiere la libertad en la enseñanza popular, y ataca la ineptitud profesional como causa del mal estado de la enseñanza. En 1888, mientras él hace un viaje a Mendoza para ver a sus padres, el Consejo lo confina a Santiago del Estero. Responde con su renuncia y se retira al lado de sus padres.

El Dr. Zubiaur, su amigo, lo llama para dirigir la Escuela Normal de Mercedes recién creada. Viendo la posibilidad de un campo nuevo y libre donde hacer obra propia, acepta. Pero la reacción ante los innovadores no falta aún ni en materia educativa. Vergara aportaba a la enseñanza su concepto de la libertad, del desenvolvimiento autónomo de la personalidad, del gobierno propio y lo actualizaba en sus aulas. La reacción lo alcanzó en sus "locuras" y él debió soportar la destitución y vejámenes de todo orden.

De su experiencia en Mercedes le queda la amargura de la incompreensión, pero palpables entre sus manos los resultados promisorios de su esfuerzo. Ellos le muestran la posibilidad de hacer grandes cosas y así lo expresa, no sin subrayar que "no quieren hacerse". Esta forma leal de contemplar el estado de la Enseñanza le vale la supresión del cargo de Inspector General de Escuelas que su entusiasmo y su confianza en su orientación le habían hecho aceptar en su Provincia natal, Mendoza. Años más tarde, por gestiones de Zubiaur, es nombrado nuevamente Inspector Técnico en Buenos Aires. Otra vez trata de encaminar el magisterio hacia la libertad, la dignidad y el progreso; estimula y ayuda a algunos directores a realizar un plan propio; distingue y alienta a los maestros capaces; pero nuevamente la reacción se ensaña con él y le hacen jubilar. Sexagenario se retira del magisterio; pero ni la oposición ni los contratiempos amenguan su visión del programa que lo adelanta en muchos años a su época, y la energía de sus convicciones le lleva a aceptar la Dirección de las Escuelas Municipales de Córdoba, donde lo encuentra la muerte.

Las ideas de Vergara no nos fueron legadas en los límites precisos de una doctrina; pero a través de sus producciones se capta la idea fundamental de su arquitectura educativa: el gobierno propio, el gobierno por la conciencia. No reconoce cultura donde el individuo o la comunidad no se gobiernan a sí mismos.

Para alcanzar este gobierno propio en la escuela, debe respetarse la personalidad del niño; un régimen opresor lo degrada y extravía. La escuela debe dar al niño oportunidad de desenvolver sus posibilidades favoreciendo el libre curso de sus inclinaciones naturales. Este su concepto de la autonomía individual no es otra cosa que la educación autónoma que postula Ferriere. Están también entre sus concepciones: el germen de la moderna escuela productiva, la popularización de la enseñanza; la nacio-

nalización de la misma por medio de la escuela libre dotada de autoridades por la elección popular; la necesidad de la libertad profesional y política del maestro.

Su personalidad de sociólogo y filósofo entona junto al educador y al pedagogo. El hombre no les va en zaga.

“A los maestros que hacen de su oficio un acto de amor poniendo corazón, carácter, inquietud y fe al servicio del niño, para forjar la fraternidad y liberación humanas”, dedica Pedro B. Franco la exposición de la labor de este hombre, cuya dignidad de apóstol de la Educación le hizo vivir sin claudicaciones sus doctrinas generosas. — *Julia Laurencena.*

LA ESCUELA DE LA REPUBLICA. por *Marcelino Domingo.* — Editor: Aguilar.

Hace algunos años, al recorrer bajo la dictadura de Primo de Rivera la impresionante Exposición de Barcelona, me detuve en especial sobre “un pueblo español”. La fotografía y el cinematógrafo lo han hecho conocer ampliamente. No pretendo, por eso, descubrirlo. Se trataba, como se recordará, de una reconstrucción feliz de un pueblecillo español, de uno de esos pueblitos que Azorín nos ha hecho amar y que Fernández Moreno ha evocado entre nosotros en las páginas magistrales de su “Aldea Española”. Para el viajero que tenía muy fresca en la retina la imagen nítida de tantas aldeas recorridas, aquel pueblo abstracto representaba una síntesis completa de sus murallas y de sus callejas, de sus plazas y de sus mesones. Tan completa que se hizo célebre en Barcelona, la frase de un escritor francés que recorría por entonces la Exposición: “Este pueblo es tan castizo, que no tiene ni escuela...” La frase era de tal modo exacta y certera, que los organizadores del certamen se vieron obligados a injertar apresuradamente en la reconstrucción ya terminada, una rápida imitación de una escuelita.

El viaje por España que el mismo viajero podría realizar ahora a través de las páginas del libro de Marcelino Domingo, le mostraría que la frase cruel no tiene sentido ya en la República. Lo que malamente se hizo bajo la dictadura en aquel pueblo de cartón, acaba de hacerlo España en los poblachos reales de sus provincias. No somos de los que creemos que la república en España ha cumplido ni remotamente el programa que se impuso; pero es una alegría reconocer que, por lo menos, en la enseñanza se ha renovado ampliamente la vida de la Península. En poco tiempo, España ha alcanzado bajo ese aspecto el nivel cultural de que estaba, para su desgracia, tan pavorosamente alejada. “Salvar las almas que se perdían” fué uno de los propósitos más nobles de la joven República; en el libro de Domingo se puede comprobar que no ha sido aquella una promesa enfática. — *Lucas Godoy.*

Noticias y Comentarios

COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES DE ROSARIO

El Comité Organizador del *Colegio Libre de Estudios Superiores*, de Rosario, ha anunciado el programa de los cursos del corriente año, que se iniciarán el día lunes 2 de Mayo próximo, a las 21.15 horas, en el salón del Círculo Médico, sito en Italia N° 663.

En esa fecha, el Profesor Dr. Adolfo Elías iniciará su curso sobre el tema: "*Hacia la televisión por las sendas de la luz y de la electricidad*".

Para el acceso a estas clases, es imprescindible solicitar anticipadamente la tarjeta de inscripción a cada curso en particular, o al conjunto de todos ellos. Así mismo se ha resuelto crear un registro de adherentes, durante los meses de Mayo a Octubre, en que se desarrollará la actividad de la institución, y del que podrán formar parte todas aquellas personas simpatizantes con sus propósitos o interesadas en concurrir a sus clases.

Las conferencias se dictarán en la sede del Círculo Médico, en las fechas que oportunamente se irán indicando por la prensa.

El programa del presente año, está constituido por los siguientes cursos:

Carlos E. Dieulefait: *Introducción a la estadística matemática.*

Adolfo Elías: *Hacia la televisión por las sendas de la luz y de la electricidad.*

Angel Guido: *El arte del siglo XVIII en América.*

Juan Lazarte: *Crisis de la democracia.*

José Lo Valvo: *Urbanismo.*

Ardoino Martini: *El problema de la vida en el límite de lo orgánico y lo inorgánico.*

S. M. Neuschlosz: *Bases fisico-químicas de los fenómenos vitales.*

Juan A. Ortiz: *Las lenguas romances y la formación del castellano.*

Víctor R. Pesenti: *Literatura portuguesa.*

Aníbal Ponce: *Caracterología de Sarmiento.*

Además el Comité Organizador gestiona la cooperación de otros profesores de prestigio, cuyos cursos se anunciarán oportunamente.

Ante el número y el interés de los distintos cursos a desarrollarse, así como por la probidad científica de los profesores llamados a exponerlos, creemos que la acción en bien de la cultura superior, en sus más puras manifestaciones, se verá notablemente enriquecida entre nosotros con el aporte del *Colegio Libre de Estudios Superiores*, de Rosario, al que habrá de ratificársele el prestigio y la simpatía dispensados con motivo de su obra de 1931.